

DELITOS DE PASIÓN

UNA NOVELA POLICÍACA DE AMOR Y CRÍMENES

ADRIÁN Y MIGUEL

ARAGÓN

Delitos de pasión

Adrián y Miguel Aragón

Copyright © 2019 Adrián Aragón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

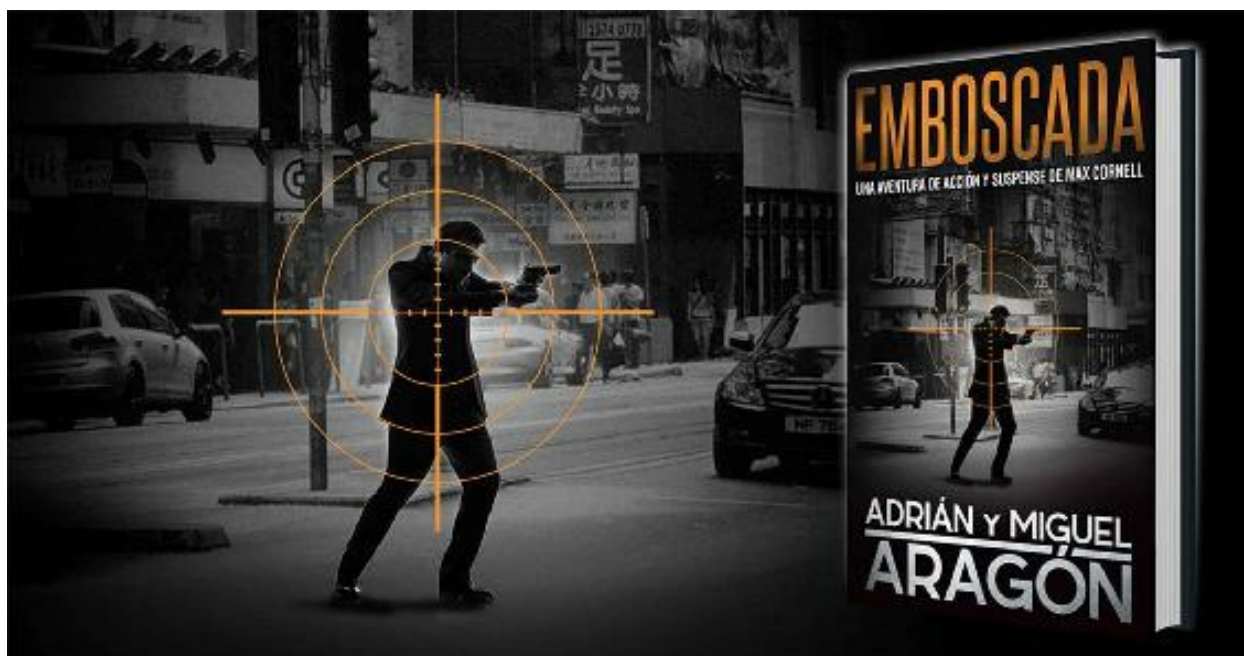
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

www.autopublicamos.com



Suscríbase a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de *Emboscada*: Max Cornell *thrillers* de acción n.º 1 y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Adrián y Miguel Aragón. Haga clic [AQUÍ](#)

Últimas publicaciones de los autores:

Todo Adrenalina: Los mejores thrillers de acción y suspense en español



Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Nota de los autores](#)

[Otras obras de Adrián y Miguel Aragón](#)

Capítulo 1

Un hombre se acerca, a pie, al número 334 de la calle Royal, en Nueva Orleans, estado de Luisiana. El edificio, de paredes amarillas y con columnas blancas de estilo neoclásico, es el Departamento de Policía de Nueva Orleans. Entra; en la ventanilla de información hay una mujer que parece estar leyendo algo bajo su mostrador. Cuando ve al hombre pararse ante ella, de mala gana, abandona la revista de cotilleo que leía y le pregunta, con una desidia que irrita a Travis Wells:

—¿Sí?, ¿qué desea?

—Buenos días —dice Travis remarcando cada sílaba, haciendo ver a la policía que no habría estado de más un simple y educado saludo—, vengo para denunciar la desaparición de mi novia, Cristina Wiggins.

Ante la posible seriedad del asunto, la funcionaria se recoloca en su asiento, enderezando la espalda, pero sin llegar a adoptar una actitud amable hacia Wells.

—Tendrá que esperar unos minutos. Para estos temas tiene que venir uno de nuestros detectives. Él le hará el informe preliminar y las preguntas que considere pertinentes.

La mujer descuelga un auricular blanco y al instante está hablando con un compañero.

—¿Dan? Aquí hay un hombre que quiere denunciar la desaparición de una mujer... Sí, de acuerdo.

—Ahora mismo baja nuestro detective, señor. Solo necesito apuntar su nombre en el registro.

—Me llamo Travis Wells.

—Bien, espere en ese sofá —dice ella sin mirarlo.

Travis se sienta, sin poder dejar de observar a la mujer que lo ha atendido. Ha vuelto a su revista como si todo lo demás no importase. Mueve la cabeza en horizontal, mostrando su descontento, pero la funcionaria ni siquiera se percata.

—Buenos días —dice un hombre grande, de metro noventa, ojos verdes, nariz larga y recta y voz muy grave—; soy el detective Daniel Connors.

Wells se levanta, inquieto, le da la mano con rapidez al detective, una mano mojada de sudor frío debido al nerviosismo que acumula.

—Travis Wells, encantado de conocerlo, señor Connors.

—Acompáñeme arriba, si es tan amable, allí hablaremos con más tranquilidad —pide Connors, que ha percibido de inmediato lo nervioso que está ese hombre.

En la primera planta del edificio, en una sala no muy grande, de paredes de color turquesa y sillas negras acolchadas, el detective Connors ruega a Wells que le explique la situación, tras ofrecerle asiento y algo para beber. Wells rechaza la bebida, pero se sienta. Todo su cuerpo transpira.

—No da señales de vida, no contesta al teléfono, nadie sabe nada, estoy desesperado. Hace dos días que la vi por última vez. Durante este tiempo...

—Un momento, señor Wells —interrumpe Connors—, vayamos por partes. Para hacer esto más corto y, también, más sencillo, cuénteme cuándo y dónde fue la última vez que estuvo con ella. Después, por riguroso orden, me cuenta lo demás.

—Bien, anteayer, por la noche, cenamos en un restaurante.

—¿Aquí en Nueva Orleans? —pregunta Dan.

—Sí, sí, en esta ciudad, por supuesto. Terminamos de cenar, hacia las nueve o un poco antes, y la llevé a casa en mi coche. No subí, pues estaba muy cansado y quería acostarme pronto.

—¿Fue todo bien durante esa cena, señor Wells?

—Sí, bueno... normal. Una cena de pareja normal y corriente, supongo.

—¿Supone?

—Bueno, ya sabe cómo nos gusta a los norteamericanos utilizar esa palabra. No es que lo suponga, en realidad, es que lo creo. Pero según mi punto de vista, claro. Es decir..., bueno, sí, hablamos y todo lo demás, tampoco mucho, por otra parte. No es que nos partiéramos de la risa, precisamente, pero bueno... Bien, lo importante, señor Connors, y es justo por lo que he acudido hasta aquí, es que Cristina ha desaparecido.

Daniel Connors está tomando buena nota de todo. Lo hace escribiendo con rapidez sobre el teclado de su viejo ordenador portátil. Intuye que durante la cena pasó algo, pero de momento prefiere dejarle que siga relatando los sucesos.

El nerviosismo del hombre podría ponerlo en contra del detective, pero Connors sabe que un hombre nervioso es solo eso, una persona que no es capaz de estar tranquila en una situación en la que es comprensible que así ocurra; en ningún momento se le ocurre pensar que su comportamiento esconda algo, aunque tampoco debe descartarlo.

—De acuerdo, señor Wells. Ustedes dos cenaron, después llevó a la señorita... —Connors pronuncia la palabra elevando la entonación, dando a entender que le solicita en ese momento el apellido de la mujer desaparecida.

—Wiggins —dice de inmediato Travis.

—Después llevó a la señorita Wiggins a su domicilio —continúa Connors —, usted se fue a su casa y ya no ha sabido más de ella. Dígame, ¿discutieron durante el trayecto?

—Apenas hablamos, creo. Solo algunas frases, ya sabe, comentando este o aquel plato. La comida en ese local es francamente deliciosa.

—¿Vio usted con sus propios ojos cómo ella entraba en la casa? O en el

portal, si es un bloque de apartamentos.

—Es un bloque de apartamentos, en realidad. Y sí, esperé en el coche hasta verla abrir la puerta de entrada. Primero tuvo que pasar delante de la garita de los vigilantes de seguridad. Fue entonces cuando arranqué.

—Podrían haberla estado esperando en la casa, entonces, esa misma noche; teniendo en cuenta que hay seguridad privada, es muy poco probable, pero no podemos descartar hipótesis. Lo que quiero decir es que ya no mantuvo usted contacto telefónico con ella en ningún momento.

—No, ya no hemos vuelto a hablar, así es. Temo que le haya sucedido algo terrible; no es normal, Cristina no había desaparecido de esta manera jamás. No es ese tipo de persona.

—¿A qué se refiere exactamente? —pregunta Connors.

—Quiero decir que no es el tipo de mujer que desaparezca de vez en cuando porque necesite tiempo, su propio espacio para pensar... He conocido a alguna así. Cristina es todo lo contrario. Algo grave ha sucedido. Yo... estoy muy nervioso, señor Connors, no sé qué hacer. He llamado a todos sus conocidos, al menos a todos los que yo conozco, por supuesto. Nadie sabe nada. Ni siquiera su mejor amiga, Mary, me ha podido decir nada.

Capítulo 2

Connors permanece callado, escuchando y escribiendo algunas notas en su ordenador. Se lleva la mano al mentón. Le preocupa mucho un asunto, pero prefiere no hacérselo saber a Travis, quiere que continúe con el relato de los hechos. Pero Wells ha dejado de hablar, parece confundido. Es entonces cuando el detective hace la pregunta que le inquieta.

—Señor Wells, permítame una observación. Dice usted que ha estado llamando a los contactos de Cristina. ¿Cuándo ha hecho eso? Son las nueve y media de la mañana. ¿A qué hora ha empezado a llamar a esos contactos?

—Perdone, ¿cómo dice?

—Digo que si los ha llamado a todos hoy o empezó ayer a hacerlo.

—Bueno... a algunos ayer por la tarde, sí, a otros esta misma mañana — contesta Wells, que tiene el cuello de la camisa empapado en sudor.

—Lo que no entiendo bien es por qué ha venido usted hoy a la comisaría, si ya ayer estaba preocupado por la desaparición de Cristina.

—Bueno, llamé a Cristina ayer por la tarde. Su teléfono no daba señal. Lo intenté otra vez dos horas después, pero ocurrió lo mismo. Entonces, envié un mensaje. Le escribí, nada más, que me llamara. Pero, como comprenderá, no he recibido ni llamada ni contestación al mensaje. Fue entonces cuando llamé a Mary Abbot, su amiga, para conocer si estaba con ella o sabía algo. Me dijo que no sabía nada. Todavía no estaba tan preocupado como para venir hasta aquí, señor Connors. Un par de llamadas sin atender no son motivo para denunciar la desaparición de nadie, creo.

—Pero dice usted que ayer mismo comenzó la ronda de llamadas a sus conocidos. Si dos llamadas perdidas no atendidas no son motivo de alarma, en

lo que puedo estar de acuerdo, ¿por qué estaba usted tan preocupado?

—No sé, lo estoy ahora, realmente, es hoy cuando he sentido que algo malo le ha sucedido, créame. Ayer solamente estaba, cómo lo diría, extrañado; sí, esa es la palabra, estaba extrañado de que no me contestara. Quería saber dónde estaba, qué ocurría, por qué no contestaba, si estaba enfadada, en fin, lo normal en una relación de pareja, supongo —dice Wells, terminando con ese verbo que parece no gustar demasiado al detective, pues ha fruncido el ceño en cuanto lo ha vuelto a escuchar.

—¿Ella suele contestar con prontitud a las llamadas de móvil?

—Casi siempre, sí. Y, si no puede, porque está reunida u ocupada, desconecta el teléfono. Es bastante cuidadosa en ese sentido. Por eso le digo que sé que le ha tenido que pasar algo grave. No es normal.

—Verá, señor Wells, es demasiado pronto para declarar a esta mujer desaparecida. Entiendo su preocupación, y, entiéndame, por favor, no estoy tratando de decir que no le haya pasado algo, de hecho, creo que puede ser así, solo le hablo de formalidades legales. En cualquier caso, voy a ponerme a trabajar en este asunto de inmediato. Lo que intento decirle es que hasta mañana no se activarán todos los protocolos establecidos por la ley. Espero que lo entienda. Además, y esto no es por darle tontas esperanzas, sino las conclusiones de mi dilatada experiencia, muchas veces todo es un gran malentendido: móviles olvidados, broncas entre parejas, entrevistas en otra ciudad que surgen de repente... En fin, mil cosas. Pero, por otra parte, otras veces las personas allegadas tienen razón en estar preocupadas. Espero que su caso entre dentro del primer grupo. Me gustaría que me facilitase ahora algunos teléfonos. Desde luego, el de Cristina en primer lugar. Localizaremos dónde se encuentra el aparato. Si está apagado, será más difícil, pero se puede también lograr. Deme también el número de su amiga, Mary... ¿Abbot?

—Exacto, Abbot —contesta Travis, gratamente sorprendido de la memoria

del detective.

Wells va apuntando en una hoja de cuaderno arrancada por Connors todos los números que le solicita. Dan observa que el nerviosismo del hombre no disminuye, más bien, al contrario. Le tiembla la mano al escribir los números. Estando tan nervioso, piensa, es más que probable que se confunda en alguna cifra, por lo que le ruega que compruebe cada número dos veces. Asimismo, le pide que le facilite los números de los amigos y familiares de la desaparecida. También le solicita el nombre del restaurante donde cenaron la última vez que estuvieron juntos. El nombre del restaurante no lo escribe en su ordenador, sino que lo apunta en un trozo de papel que hay en la mesa.

—Bien, señor Wells, vamos a hacer todo lo posible por localizarla cuanto antes. Como le he dicho, hasta esta noche no podremos considerarla oficialmente desaparecida, pero algunas veces las formalidades legales pueden hacer que llegemos demasiado tarde —explica Connors—. Tenga el móvil disponible las veinticuatro horas. En cualquier momento podrían surgir novedades.

—Se lo agradezco, señor Connors. A medida que pasan las horas estoy más y más preocupado.

—Es natural. Ahora cuénteme a qué se dedica usted y también en qué trabaja Cristina.

—Yo, en realidad, soy técnico en prevención de riesgos laborales. Me dedicaba a ir por obras de toda Luisiana inspeccionando que se cumplieran las medidas de seguridad. Hace un par de años he abierto mi propio negocio, relacionado con el turismo. Hago excursiones con guía para visitar la desembocadura del Misisipi, tengo un barco de cruceros y también organizo alguna que otra actividad aquí en Nueva Orleans.

—Ha dicho usted que se dedicaba. Por lo tanto, ha dejado su antigua profesión, entiendo.

—No del todo. Sigo trabajando para mi antigua empresa; llegamos a un acuerdo y solo trabajo dos o tres mañanas a la semana. Ellos me pidieron seguir con buenas condiciones. Así que, la verdad, estoy muy ocupado.

—Comprendo... —murmura el detective, dejando la palabra en el aire para permitir a Travis que comience a hablar de Cristina.

—Cristina... —empieza a decir Wells, sacando un pañuelo de tela blanco del bolsillo de su pantalón, pasándoselo por frente y cuello— es la hija menor de un gran magnate tejano del petróleo. No llevamos mucho juntos, menos de un año, pero yo estoy muy enamorado de ella, y ella también de mí. Le digo esto en lugar de la profesión de Cristina porque creo que es importante. Ella es de Dallas. Vino a Nueva Orleans para inaugurar uno de los bancos de crédito que posee su familia, en concreto, sus tíos. Ella y su tío decidieron hacer una excursión por el delta del Misisipi. El azar quiso que eligieran justo mi barco. Y digo el azar porque no es habitual que yo viaje abordo, pero aquella tarde estaba muy cansado y decidí que los aromas del río me podrían ayudar a relajarme. En resumen, allí nos conocimos. Tres meses después, ella anunció que se trasladaba a vivir a Nueva Orleans. Su familia no lo aceptó. Les contó quién era yo. No han querido conocerme. Ella, a pesar de todo, vino aquí y se instaló en un apartamento. Su padre ha dicho que la va a desheredar, pero ella es muy independiente y no acepta chantajes. Aún no he llamado a su familia. De hecho, tampoco sabría cómo hacerlo, pues ella jamás me ha dado su número, aunque el apellido Wiggins podría ayudar a localizarlos. En fin, estoy aterrado. Imagínese cómo se pondrá el padre cuando sepa que su hija ha desaparecido justo en la ciudad adonde le prohibió venir. Uno de los motivos es que él la considera peligrosa. El otro era, fundamentalmente, yo. No estoy, al parecer, a su nivel.

Connors escucha todo el relato sin escribir ni una coma.

—Le agradezco que me haya puesto en antecedentes, señor Wells. Sin

duda, el asunto del padre no es una cuestión baladí. Ese hombre puede organizar un gran escándalo que no ayudaría a localizar a su hija. De momento, al menos hoy, no seré yo quien informe de nada. A partir de mañana, es probable que nos veamos obligados a hacerlo.

—No he contestado aún a su pregunta. Usted quería saber a qué se dedica Cristina. Bien, ella me ayuda con mi negocio. Hace muy buena publicidad en las redes sociales. Tiene muchos contactos a lo largo y ancho del país, pero en especial en todo el Sur. Además, como estudió una de las mejores maestrías de Economía del mundo, en Hong Kong, ha encontrado un buen puesto en una filial de un banco alemán. Como suele decir ella, se gana bien la vida, y no necesita los petrodólares del padre. Por supuesto, esta mañana he llamado a su oficina preguntando por ella y me han dicho que aún no había llegado.

—¿A qué hora ha sido eso?

—Hacia las ocho y media.

—¿A qué hora empieza ella su jornada laboral? —pregunta Dan.

—A las siete y media suele estar en el banco. Algunos días incluso antes. Sale de casa a las seis y media. Es una mujer de ritmo diurno. Se duerme pronto y se levanta muy temprano.

—Bien, señor Wells. Pruebe otra vez. Vuelva a llamarla ahora. Eso sí, encienda el altavoz, si es tan amable —pide Connors.

Wells así lo hace. Enciende el altavoz. Sale una voz metálica anunciando que el teléfono no se encuentra disponible o está fuera de cobertura.

—Cada vez que llamo ocurre esto, el teléfono está apagado, pero no sé desde cuándo —explica Wells.

—Bien, es posible que se haya terminado la batería. Los teléfonos actuales, con tanta tecnología, no duran muchas horas sin ser recargados —comenta Connors.

Wells se queda pensativo y dice que sí, que es lo más probable. El

detective le ofrece de nuevo café, pero Travis lo rechaza. Se despiden en la puerta de la sala. Connors le vuelve a pedir que esté pendiente del teléfono. Si Cristina apareciera de pronto, debe comunicárselo de inmediato.

—Ah, una cosa más, señor Wells. Envíeme, desde su teléfono si quiere, una foto reciente de Cristina. Que se vea bien la cara.

—Ahora mismo —responde Travis, solícito.

Capítulo 3

Travis Wells baja las escaleras de la comisaría, cariacontecido. El móvil de Cristina está apagado. ¿Qué puede significar ese dato? Una y otra vez, una horrorosa duda le corroe. ¿Y si ha desaparecido voluntariamente de su vida? Es posible que haya tirado el teléfono al gran río americano y después haya emprendido rumbo a su Dallas natal. Esa y otras estupideces le bailan en la mente cuando, al abrir la puerta de entrada, se topa con una mujer a la que casi derriba.

—Discúlpeme, por favor, voy obnubilado con mis pensamientos. Ni siquiera me había fijado en que entraba otra persona —dice Wells bastante turbado.

—No se preocupe, a mí me ha pasado igual, venía despistada. Hemos tenido suerte de que nuestras cabezas no hayan chocado como dos nueces —dice la mujer, que lleva unas enormes gafas de sol.

—Visto así, desde luego. Que tenga un buen día, señorita.

—Lo mismo para usted.

Katherine Donovan se gira y ve cómo se aleja ese hombre extraño. Algo le dice que pronto sabrá quién es y para qué ha venido a la comisaría. Katherine cruza con rapidez el vestíbulo y sube a la primera planta en busca de su compañero, Daniel Connors. Llama con los nudillos a la puerta de Dan. Se oye un escueto «adelante» y ella entra en el pequeño cuarto.

—Buenos días, Dan. ¿Qué tenemos hoy?

Daniel está escribiendo en su portátil y saluda a Kate con un leve murmullo, como suele hacer cuando está concentrado en algo. Ella le deja terminar. Cuando lo hace, cierra el portátil y ve que su compañera ha venido a

la oficina con esas grandes gafas de sol que le ocultan gran parte del rostro. Suelta un bufido de descontento.

—¡Maldita sea! ¿Otra vez?

—Dan, por favor, no empieces. ¿Otra vez qué?

—Solo traes esas gafas cuando no quieres que te veamos la cara. Ha vuelto a ponerte la mano encima ese hijo de la grandísima puta.

—No hables así, no insultes, Dan.

—Un hombre que pega a su novia es eso y mucho más, me quedo corto. Mira, Katherine, sé que tú no vas a hacerlo nunca, así que voy a interponer una denuncia por malos tratos contra él. Nunca me has dicho su nombre, pero no tardaré en averiguarlo. Alguien tiene que hacerlo. Un día tendrás que venir no con gafas de sol, sino con muletas. Y otro día, quizá no muy lejano... a lo mejor no hay ninguna Katherine Donovan a la que saludar.

—Si vas a estar así todo el día, te dejo. No me meto en tu vida privada, Dan. Te pido, mejor dicho, te ruego, a ver si así me escuchas, que hagas tú lo propio. Sigamos cada uno con nuestra vida. El trabajo es el trabajo, lo personal es de cada uno.

—De acuerdo, Katherine, si todo está tan bien, si en verdad no ocurre nada y todo son imaginaciones y exageraciones mías, ¿por qué no te quitas esas gafas? Venga, quítatelas.

Kate se queda rígida, mirando a su compañero y moviendo la cabeza a derecha e izquierda. Entonces, sale dando un portazo. Katherine prefiere salir a la calle y sentarse en un banco del parque que está cerca de la comisaría antes que soportar los murmullos y las miradas de todos sus compañeros policías. Dan la ha sacado de quicio, pero ¿puede reprochárselo? Por supuesto que tiene una mejilla hinchada; la bofetada de la noche pasada ha dejado una marca en la parte superior del pómulo. Es una mañana calurosa de mayo. El sol, pese a no estar aún en su cenit, calienta bastante. A Katherine no le

importa. Aunque su piel es blanca como un yogur, le gusta sentir los benéficos rayos de la mañana. Se siente estúpida por haber salido de esa forma del despacho de Connors, pero no va a permitirle que haga cosas que solo a ella incumben, como denunciar o no al guapísimo y encantador Albert. Volvió borracho. «Si no bebiera...». Mientras se decía esa frase a sí misma, oyó un «perdona» a sus espaldas. Ni siquiera lo ha notado llegar. Dan es sigiloso a pesar de su gran tamaño.

—¿Puedo sentarme contigo?

—¿Desde cuándo necesitas mi permiso para hacer algo? Vas a sentarte de todas formas, así que da igual lo que yo desee.

—He venido a disculparme, y sabes lo que me cuesta hacerlo. Pero tienes razón, es tu vida. Si tú no tomas las precauciones debidas, nadie lo podrá hacer por ti. Eres mayor y, además, policía. Sabes bien a lo que te estás exponiendo. Pero dejemos el tema.

—Podemos hablar un poco del tema, Dan. En realidad, ayer volvió borracho. Yo estaba muy cansada, me había acostado temprano. Apareció hacia las dos de la madrugada. Se tropezó en la entrada con todos los muebles posibles. Ese ruido fue el preludio de lo que vino después. Le dije que me dejara dormir, aunque fuera con la peste de aliento que traía. Venía con ganas de marcha, pero no me apetecía ni mirarlo. Todo fue un estúpido accidente. Me empezó a bajar el tirante del sujetador, yo me revolví, enfadada, y, sin querer, le propiné un codazo en el labio. Sangró. Eso le puso como una fiera. Empezó a insultarme. Entonces, ya harta, le di, por primera vez en mi vida, una buena bofetada. No se lo esperaba. Lo malo es que me la devolvió. Me fui de allí antes de que todo pasara a mayores. Por eso no voy a presentar denuncia, al menos esta vez. Yo le golpeé primero. Además, estaba muy borracho. Mi vida es una mierda pinchada en un palo, Dan.

—No digas eso más, no me gusta. No permitas que otros te hagan sentir

así. Es una relación dañina, te está haciendo mal. Acaba con ella. Déjalo de una vez. Tú misma acabas de decir que es una mierda de tío.

—He dicho que mi vida es una mierda, Dan, no es lo mismo.

—¡Él sí que es un verdadero mierda! Un cabrón con pintas en el lomo, que como le eche el guante algún día...

—¿Qué vas a hacer, Daniel Connors? ¿Meterle una bala entre ceja y ceja por una bronca de pareja? ¿De verdad?

Connors enrojece, furioso. Prefiere callarse y no seguir por una senda donde no debería haberse metido, sobre todo tras el portazo de hace unos minutos. Algunas palomas se acercan zureando hasta la pareja, pensando que están ahí para alimentarlas, como algunos ancianos del barrio, que suelen acudir a ese banco con bolsas de semillas o trozos de pan. Dan las mira, intentando concentrarse en el trabajo. Le quiere contar a Katherine el asunto de Travis Wells, pero teme que ella esté aún disgustada por sus palabras.

—Bueno, voy arriba, mi intento de calmarte no ha tenido mucho éxito, por lo visto.

—No, Dan, espera. Quédate, por favor. Si no hablamos del tema, prefiero que estés aquí. Cuando llegaba, me he cruzado en la puerta de entrada con un tipo que iba muy nervioso. Algo me dice que venía de estar contigo.

—Tu intuición en el trabajo sigue siendo excelente. Así es. Se trata de Travis Wells. Ha venido para denunciar la desaparición de su novia, una tal Cristina Wiggins. Es hija de un magnate tejano del petróleo. Cenaron juntos anteayer. Como sabes, es demasiado pronto para declararla desaparecida, pero viendo lo angustiado que está, creo que ocurre algo serio.

—Ni siquiera me ha visto cuando yo abría la puerta. Me ha embestido como un toro de lidia. Menos mal que he podido hacerme un lado. No me apetece subir ahora a la oficina, Dan.

—Vale, espera aquí. Cojo mi ordenador y algunas cosas y nos vamos de

inmediato al restaurante donde cenaron. Quiero confirmar lo que me ha contado.

—Es pronto para un restaurante, a no ser que den desayunos —apunta Katherine.

—Miraré el horario por Internet. De todas formas, mientras llegamos, serán casi las doce. Es buena hora.

Capítulo 4

Donovan y Connors van en el coche patrulla. Conduce Donovan, ya que a su compañero no le gusta demasiado hacerlo y ha pensado que es mejor para Katherine estar atenta al volante que darle vueltas en la cabeza al incidente con el bestia de su novio. La mira de reojo; se dice que está bellísima en cualquier circunstancia, incluso con esas gafas marrones, gigantes y antiestéticas. No importa, la belleza de Katherine es, sobre todo, interior. Adora su sonrisa, las bromas que le hace cuando está de buen humor, su risa de tres ja cantarines, como si fuera un ruiseñor. Últimamente no ríe mucho. Ni siquiera recuerda cuándo fue la última vez que rieron juntos. Está muy preocupado por su situación personal, pero entiende que cuanto más la presione en este sentido, menos resultados logrará. Su madre siempre le había dicho que no hay nada peor para una pareja tóxica que atacarla o exponer sus maldades, se dice. Donovan nota, a pesar de que está atenta al fluido tráfico de Nueva Orleans, que su compañero está pensativo.

—Dime, Dan, ¿en qué piensas?

Connors no soporta que nadie le haga esa pregunta. Sus pensamientos son íntimos, son la parte más personal, y esa pregunta, que muchas veces solo sirve para romper el hielo o salir de un silencio que al otro le parece incómodo, debería ser siempre respondida con un «y a ti qué te importa» que la cortaría de raíz, de una vez y para siempre. Pero no puede hacer eso con Katherine. Aunque, por otro lado, si le dice en qué estaba pensando, tendrán que volver al asunto del novio, que ninguno de los dos quiere tocar de nuevo. Si calla, ella se ofenderá. No dirá nada, pero se sentirá ignorada. La conoce bien.

—La respuesta puede que no sea del todo de tu agrado, Katherine.

—Ese es un riesgo que estoy dispuesta a asumir, vaquero. Dispara.

—Pues pensaba en lo guapa que estás hoy. Siempre lo estás, pero hoy especialmente, pese a estar preocupada, dolida, y todo eso. Listo, ya lo dije.

—Dan, vamos, por favor... No creo que estuvieras pensando en que estoy guapa hoy. Te agradezco que quieras animarme y todo eso, que hayas inventado esa frase para arrancarme una sonrisa, pero hablaba en serio. ¿Piensas en esa mujer desaparecida?

Daniel siente de inmediato una punzada de dolor en su corazón. Ella no le toma en serio. Sus frases son como pequeños obsequios, florecillas insignificantes pero bellas, aptas solo para arrancar una sonrisa. Le ha dicho esas palabras de corazón, pero ella cambia de tema. Esta vez opta por no responder. Nunca conseguirá llegar al corazón de su compañera. Se dedica a mirar el paisaje que le ofrece la ventanilla derecha. Casas bajas, de una o dos plantas, muchos bares y restaurantes, algunas tiendas, gente variopinta que circula en bicicleta, andando, en patinete eléctrico...

El restaurante que buscan está abierto. Katherine se presenta y explica la situación al encargado. Quieren saber qué camareros estuvieron el martes por la noche trabajando. El encargado del restaurante les dice que, por desgracia, en ese momento no se encontraba ninguna de las dos chicas que sirvieron mesas el martes en ese turno. Una de ellas llegaría de un momento a otro; la otra no entrará hasta el viernes por la tarde.

—Pueden ustedes esperar aquí, no tardará. Será cosa de quince o veinte minutos. Puedo servirles algo. ¿Tienen hambre?

Daniel, que está hambriento siempre a cualquier hora y en cualquier lugar, dice que es una excelente idea. Katherine, en cambio, no tiene ganas de comer nada, pero tiene sed y pide una limonada. El restaurante tiene fama de servir el *po-boy* más famoso de toda Nueva Orleans. Es un bocadillo de ostras fritas

con algo de tomate, lechuga y salsas variadas, dependiendo del cocinero. Es el bocadillo favorito de Connors, pero esto solo le sirve para abrir el apetito y, de hecho, le da más hambre, por lo que pide también cangrejos con salsa *ravigote* (especie de vinagreta) y *jambalaya*, un plato de arroz sazonado con pollo, jamón, langostinos y muchísima pimienta; es un plato típico de la gastronomía criolla de Luisiana. Dan está encantado de poder esperar comiendo. A los pocos minutos ya tiene los cangrejos sobre la mesa, de los que da buena cuenta en menos que canta un gallo. A Katherine le gusta ver comer a Dan. No es habitual, no suele hacerlo de servicio, pero está claro que ese día tiene un hambre canina. Cuando está a punto de terminar con la *jambalaya*, aparece la camarera que esperaban. El encargado habla con ella un par de minutos, diciéndole que debe prestar declaración a dos policías que la están aguardando. Teresa, una joven costarricense que habla un magnífico inglés, se les acerca.

—Buenos días. Me llamo Teresa Fernández. Yo estuve trabajando el martes a partir de las cuatro de la tarde hasta el cierre.

—Buenos días, Teresa. Ella es Katherine Donovan y yo soy Daniel Connors; somos detectives del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva Orleans. Nos gustaría hacerle algunas preguntas. Verá, según he podido saber esta mañana, una pareja llegó a este local para cenar anteayer. Parece que fue hacia las siete o siete y media como máximo. Mire, Teresa, aquí tiene una fotografía de la mujer —dice Connors enseñando el móvil a la camarera, donde aparece una fotografía de Cristina Wiggins, enviada por Travis a petición expresa del detective.

—Esa mujer tan bella estuvo aquí, señor, sí. Ella cenó con un hombre. La recuerdo perfectamente porque yo los atendí.

—¡Qué suerte! —exclamó Katherine—, podría haber sido su compañera, la que libra hoy.

—Pues sí, parece que han tenido suerte. Díganme qué quieren saber. No sé si recordaré ahora mismo lo que pidieron, pero...

—No se preocupe, Teresa. Cuéntenos lo que recuerde, poco a poco. No tenemos prisa. Si llegaron juntos o por separado, si parecían estar en buena sintonía, en fin, lo que sea que recuerde.

—Pues lo cierto es que no llegaron juntos. Vino esa guapa señorita, se sentó en la mesa que está allí, en la esquina, junto a ese armario de los cubiertos. Bien, se sentó, le traje una carta y me dijo que estaba esperando compañía, que le trajese solo algo para beber. Pidió una copa de vino tinto español, el mejor que tenemos, un Rioja del año 1982, un vino carísimo. Él no llegaba, tardó bastante en aparecer.

—¿Como cuánto calcularía usted? —inquire Donovan.

—Teníamos el local a rebosar, yo iba de mesa en mesa a toda velocidad, así que si dijera una cifra, podría meter la pata, pero no fueron unos minutos.

—Diría usted que media hora por lo menos... —sugiere Daniel.

—Sí, sí, como mínimo media hora, es probable que algo más. Un par de veces la sorprendí mirando su reloj. Era una mujer muy elegante, muy fina. Por eso me acuerdo muy bien de ella.

—Bien, avancemos; al final el señor Wells apareció, supongo.

—Vino un hombre. Llegó con un ramo de flores, quizá para compensar la tardanza con la señorita, no sé. A ella, de todas formas, no le hizo mucho efecto el ramo. Solo señalaba el reloj. Ese gesto me indicó que a ella no le gustaba nada que la dejaran esperando. Él intentó quitar hierro al asunto, se le acercó y trató de besarla, pero ella se echó un poco hacia atrás. Yo vi esto porque iba con una carta para entregársela a él, pero no me pareció el mejor momento para interrumpir. No sé cómo continuó todo durante algunos minutos, ya que me fui a atender otras mesas. Los platos salían sin pausa y no dábamos abasto.

—Pero ellos cenaron aquí, ¿verdad? —quiere saber Connors.

—Sí, sí, desde luego; un rato después me acerqué para preguntarles si podía tomarles nota. Él había cogido la carta de ella y había elegido. Ella pidió un solo plato. Él parecía muy hambriento y pidió varias cosas. Ahora mismo no recuerdo bien qué, pero no creo que eso les interese.

—En efecto, Teresa. Eso no es trascendente. Díganos, ¿todo fue bien entre ellos durante esa cena?

—Bueno, señor, no muy bien, pero quizá no debería hablar así de nuestros clientes; las normas de esta casa son muy estrictas en ese sentido...

—Esto es distinto, Teresa. Nadie sabrá nada de lo que usted nos ha contado, nosotros no tenemos obligación de dar nombres, es la ventaja de ser policía. ¿Qué ocurrió? ¿Discutieron? —explica Katherine.

La muchacha queda un momento en silencio, valorando si el contar esto repercutirá en su empleo. Le ha costado mucho conseguir ese trabajo y no está dispuesta a perderlo por una simple regañina de una pareja. Mira hacia su encargado, pero él está ocupado con unos clientes, contándoles alguna de sus interminables historias.

—Lo cierto es que la cena fue un poco accidentada entre ellos. Al principio solo comían, pero luego, poco a poco, fueron empezando a hablar y a subir el tono. Se reprochaban cosas el uno al otro; era una clásica discusión de pareja, pero tampoco fue una tragedia. Solo que fue un poco incómodo para el resto de los comensales de la sala, que no hacían más que mirarlos. Yo intenté ir a la mesa lo mínimo posible, pero de vez en cuando no me quedaba más remedio que retirar los platos vacíos. Además, como él había pedido varias cosas del menú, según iban saliendo, se las iba llevando, como es lógico.

—Sé que, como bien dice, era una discusión de pareja, y no estamos aquí para chismorrear nada, pero esa mujer podría estar ahora en graves

dificultades. Es importante que nos cuente lo que recuerde, aunque sean frases sueltas, o palabras, no importa —pide Dan, que ha sacado una pequeña libreta con tapas de lino.

—Por lo que alcancé a entender, ella le reprochaba una y otra vez que se estaba dedicando demasiado a su negocio y que había perdido el interés por ella. Que no necesita tanto dinero, que para eso ya tiene a su padre y a su familia, que lo que quiere es que pasen más tiempo juntos y que, cuando lo hagan, ella no tenga que verse obligada a esperar casi una hora.

—¿Una hora? —pregunta Kate, sorprendida.

—Ya les digo que me es imposible calcular el tiempo, pero sí fue bastante rato, eso seguro. Podría haber sido cerca de una hora, sí, pero no lo sé. Mientras trabajo, prefiero hacerlo sin reloj, para no agobiarme con el paso del tiempo. Si lo miro, la jornada se me hace muy larga. Por eso no sé decirles qué hora era ni cuándo llegó ella ni cuándo lo hizo él.

—Entendido, Teresa. ¿Él replicaba algo a las exigencias de ella?

—Más o menos que todo lo que hace lo está haciendo por ella, y frases por el estilo. Que, al parecer, todo había sido por culpa de unos clientes que habían llegado a la oficina a última hora y que no había conseguido deshacerse de ellos a tiempo.

Katherine piensa que están ante una cotilla de tomo y lomo. En este caso, como policías de investigación, se ven beneficiados, pero no le gusta que se escuchen las conversaciones ajenas.

—Decía usted, Teresa —comenta Kate—, que intentó no aparecer demasiado por la mesa en vista de las circunstancias. Pero sabe usted muchos detalles concretos. ¿Cómo es posible? ¿Hablaban a gritos?

Connors, por debajo de la mesa, da con su pie sobre el zapato de Katherine, ante la inoportuna pregunta. El detective teme que la chica, a partir de ese momento, deje de contarles más cosas. La camarera, en efecto, se queda

callada de repente y no sabe qué contestar. Quiere colaborar con la policía, pero ahora parece que ellos mismos consideran que se dedicó a cotillear la discusión de unos clientes.

—Bueno, no hablaban lo que se dice en voz baja. El local, como ven, no es muy grande, y yo tengo bastante buen oído.

—Está perfecto, Teresa —dice Dan para conciliar y calmar a la joven—, mi compañera solo quería asegurarse de si hablaban a gritos, es todo lo que quería decir, ¿verdad, Katherine?

Kate ha entendido que su comentario ha sido poco afortunado y rectifica con rapidez.

—Sí, sí, desde luego. Su relato está siendo interesantísimo y de gran utilidad para nosotros. Continúe, por favor, Teresa, se lo ruego —dice con su mejor sonrisa; pero las grandes gafas, un tanto estrafalarias, y la acusación velada de indiscreta hacen que la camarera haya perdido el interés por repetirles más frases que recordaba.

—Básicamente, eso es todo lo que recuerdo. Siguieron hablando de manera encendida un poco más, pero ya no pude distinguir nada porque tuve que ocuparme de las mesas del centro —dice, tímida, casi arrepentida de haber contado tanto de una pobre pareja que tampoco había hecho nada del otro mundo—. Al final, tuvo que acudir Mike, el encargado con el que han hablado ustedes al llegar, para rogarles que bajaran un poco el tono de voz. Eso fue lo que precipitó la salida en estampida de ella. Se levantó y salió del local a toda velocidad. El hombre quiso salir tras ella, pero tenía que pagar la cuenta. Me pidió que trajera la cuenta lo más rápido posible. Se la llevé enseguida, pagó con tarjeta y salió como un rayo tras su chica. Eso es todo. Sobre lo que contestaron a Mike, deberán preguntarle a él.

Dan deja un billete sobre la mesa y, a continuación, tanto él como Kate se levantan para hablar con Mike, el encargado del restaurante. Le comentan la

situación y Dan le muestra la fotografía de la mujer. Él les dice que sí, que la recuerda bien. Tuvo que acercarse a la mesa y pedirles, con educación, que bajaran un poco el tono de voz, ya que estaban estropeando el ambiente tranquilo que caracteriza a su local. Dan le pregunta cómo lo hizo y qué contestaron ellos. Les dice que el hombre se lo tomó bastante mal. Puso muy mala cara y le respondió que no es muy educado interferir en discusiones privadas y que no estaban gritando, solo intercambiando pareceres.

—¿En algún momento el señor Wells se puso violento? —pregunta Connors.

—No, violento no, la verdad, pero ya les digo que no le gustó mucho que tuviera que llamarles la atención. Intenté calmar los ánimos con palabras amables, les dije que todos tenemos malos días, pero que los demás no tienen la culpa de nuestros problemas y blablablá, pero fue aún peor. La mujer, mientras tanto, movía la cabeza de lado a lado, muy avergonzada por la situación. La vi que quería irse, como finalmente hizo. Empezó a meter su móvil y algo más al bolso, se levantó de la silla y salió de aquí. En ese momento, su marido, o acompañante, me taladró con la mirada. Solo alcancé a murmurar un flojo «lo siento» y me escabullí como pude. Hice un gesto a Teresa para que le llevara con urgencia la cuenta, pues él lo que quería era salir tras la mujer, como es obvio. En fin, eso es, más o menos, el resumen de lo que ocurrió cuando me acerqué a su mesa. Supongo que Teresa les habrá podido dar más información. Es una chica lista y tiene una excelente memoria, jamás tiene que apuntar los pedidos, lo recuerda todo.

—Sí, nos ha ayudado mucho, esa es la verdad. Bien, pues, por nuestra parte, nada más. Ya hemos confirmado lo que queríamos, que cenaron aquí anteanoche. Ha sido un placer. Ah, la comida estaba deliciosa. Felicidades al cocinero —exclama Dan.

—Es mi esposa, una maestra de la cocina criolla de Luisiana. Se las daré

de su parte. Gracias.

Capítulo 5

Dan decide visitar, sin aviso, a Wells. Quiere que le diga por qué no le había hablado de la discusión en el restaurante. Tiene todos sus datos, tanto de su domicilio como de su oficina. Por la hora, los policías suponen que es poco probable que esté en casa, así que se dirigen a la oficina que tiene junto al río Misisipi, en uno de los embarcaderos, de donde parten las excursiones de su empresa. Cuando llegan allí, una mujer de edad avanzada les dice que el señor Wells ha salido para comer, pero que no tardaría en volver. Deciden esperarlo mirando el gran río americano, el más caudaloso de todos; un río que cruza diez estados de norte a sur y que ha inspirado grandes novelas, como *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, del escritor Mark Twain, o *The Confidence-Man*, de Herman Melville, una novela en la que los pasajeros de un vapor que desciende por este río se van contando historias. Sentados en un banco de color hueso, bajo un enorme sauce llorón, ambos contemplan el fluir del agua. Dan piensa que, a sus cuarenta años recién cumplidos, va a quedarse solo para siempre. Antes no pensaba en este aspecto; solo le preocupaba cambiar el mundo, aportar su granito de arena para una sociedad mejor, más justa, menos egoísta, pero cada vez tiene menos esperanzas en este sentido. Tiene que morderse la lengua para no volver a sacar el tema de los malos tratos ante Katherine.

Ella está a su lado, sigue con las gafas de sol puestas. Se siente incómoda sabiendo que Dan tiene razón en todo lo que le ha dicho por la mañana, pero se ve incapaz de romper con Albert Zacks, uno de los hombres más atractivos que ha conocido en su vida. No es solo su físico. Le encanta lo dulce que puede ser a veces, su carisma, sus rápidas respuestas. Es inteligente, fuerte,

animoso. Pero había cambiado. Antes no era así. Empezó a beber demasiado con un grupo de hombres algo más jóvenes que él que conoció en el gimnasio. Kate piensa que hay personas que no deberían probar el alcohol nunca, pues les cambia el carácter para siempre. Es justo el caso de Albert. Pero todo esto se lo ha reconocido a ella misma solo esa misma mañana, mientras llegaba a la comisaría, justo antes de que ese Wells estuviera a punto de arrollarla en la entrada. De todas formas, piensa, fue mucho peor lo de Will, su anterior novio. No le puso jamás un dedo encima, pero la torturaba psicológicamente. Era capaz de aparentar ser estúpido, sin serlo del todo, para empujarla a las situaciones más absurdas, para luego echarle a ella la culpa, diciéndole que cómo una mujer de tal inteligencia no había sido capaz de prever las consecuencias. «Tienes un problema, Kate, y desde hace mucho tiempo», se dice, mirando de reojo a Dan, que ha cogido una fina rama del sauce y está mordisqueándola, pensativo. Corre una brisa deliciosa, que, unida a la frescura de la ribera del gran río, hace que el calor quede aplacado, casi neutralizado en ese preciso recodo del Misisipi.

—Katherine, dime, ¿cuánto mide y cuánto pesa ese cabrón? —pregunta de repente Dan, sorprendiendo a su compañera, que, al menos ese día, ya no esperaba más menciones a Albert.

—Unos cien kilos, supongo. De alto es más o menos como tú, quizá un par de centímetros más, pero no lo sé exactamente. Lo he dicho a ojo de buen cubero.

—Te he visto deshacerte, en los cursos de defensa personal, de hombres más voluminosos, y con facilidad. Eres muy ágil, y tienes fuerza. Podrías haber esquivado sin problemas ese golpe, y más aún viniendo de un... como dices, de un tío que estaba borracho.

—¿Qué tratas de decirme, Connors? —dice ella, que no suele utilizar su nombre de pila cuando está alterada.

—Lo que he dicho. Que podrías haber esquivado la bofetada, o el puñetazo. Para llevar unas gafas como esas, la bofetada tuvo que ser monumental.

—¿Vas a seguir con esto todo el santo día? Porque, si es así, me vuelvo a la oficina. Cuántas veces voy a tener que repetirte que es mi vida, que no te entrometas, como yo no me entrometo en la tuya.

—No podrías. No hay nada digno en lo que entrometerse. Mi vida, fuera del trabajo, es aburrida.

—Dime, Connors, ¿por qué eres tan jodidamente controlador? Necesitas controlarlo todo, saberlo todo, intentar adivinarlo todo... Basta. Guarda tus intuiciones y tus sospechas para los casos que se nos presentan. No desperdicies tu talento con estas nimiedades de pareja, no merece la pena.

—La próxima vez podría ser tarde, ¿sabes? Si quieres irte a la oficina, adelante, estás en tu derecho, hazlo, pero no voy a callarme más. De hecho, voy a buscar a ese tío y voy a tener una conversación con él.

—Ya, de hombre a hombre. Un debate tranquilo, sosegado, pleno de respeto y buenas maneras, como si lo viera. Déjalo, anda. Si se te ocurre hacer eso, no vuelvo a trabajar contigo en lo que me queda de vida —gruñe mientras se levanta y se queda de pie, dándole la espalda.

Dan expulsa aire de su boca hinchando los carrillos, al tiempo que se lleva una mano al mentón. Sabe que está a punto de cruzar el límite. Un comentario más por su parte y Katherine Donovan podría irse de su lado para siempre. Ante esa fatal perspectiva, decide callar, por el momento. La providencial aparición de Travis Wells consigue que la campana del trabajo dé un momentáneo respiro a los púgiles. Es Kate la que avisa a Dan de que un hombre está entrando en la oficina. Connors se vuelve de repente y comprueba que es Wells.

—Vamos, es él —exclama, satisfecho de que la actividad los saque a

ambos de ese bucle incómodo en el que se habían vuelto a introducir.

Los detectives entran en la oficina. Travis está hablando con la mujer que les ha atendido antes. Cuando ve a Daniel, se sorprende.

—Señor Connors, ¿hay novedades? ¿A eso debo su visita? Podría haberme llamado por el móvil, siempre lo tengo conectado.

—Respecto a la aparición de Cristina, me temo que no. Es otro asunto el que nos trae aquí. Le presento a mi compañera, la detective Katherine Donovan.

—Travis Wells —dice, tendiéndole la mano a la mujer. De inmediato la reconoce—. Oh, vaya, es usted, a la que casi derribo esta mañana.

—Encantada de conocerlo. Sí, soy yo.

—Acabamos de estar en el restaurante donde cenó usted con Cristina hace dos días —dice Dan, yendo al grano.

Travis se teme lo que va a venir a continuación, pero se muestra tranquilo. No dice nada.

—Nos han asegurado que su cena no fue, lo que se dice, tranquila, más bien, al contrario. Hemos venido a que nos explique a qué se debe que usted no me hablara de esto por la mañana —explica Connors.

—Es algo personal, temas de pareja. No era, para nada, relevante. Simples reproches de uno y otro, lo normal. No fue una pelea, solo estuvimos cambiando impresiones. Me parece muy mal lo que han hecho en ese restaurante. Claro, como le dije expresamente al dueño, o lo que fuera, un hombre calvo, con mucha barriga, que no debía meterse en asuntos ajenos; ha querido vengarse, supongo, yendo con el cuento de que tuvimos una trifulca. Nada más lejos de la realidad.

—Por eso estamos aquí, señor Wells, para que nos explique, de primera mano, lo que sucedió en realidad —interviene Kate.

—Ya les digo que son cosas nuestras. No voy a reproducir la conversación

íntegra, no creo que sea pertinente. Cristina no ha podido desaparecer porque yo llegase un poco tarde a esa cena. Ella estaba disgustada, básicamente, por ese hecho. Se me hizo tarde debido a que aquí mismo, donde estamos ahora, tuve que atender a unos clientes que quieren organizar una excursión para cincuenta personas. No podía irme, sin más. Avisé a Cristina con un mensaje, le dije que me retrasaría un poco. Nunca pensé que tanto. Llegué cuarenta y cinco minutos tarde. Pero, como les digo, son cosas de pareja, asuntos personales. A Cristina, una niña rica criada siempre entre algodones y acostumbrada a que todos la esperen, no le gusta esperar a nadie. Yo soy puntual, no suelo retrasarme, pero esa noche las cosas se dieron de esa manera. Ella no se calmaba con ese asunto y me reprochó que me ocupase más de mi negocio que de ella. Eso me dolió, pues no es cierto. Bien, resumiendo bastante, ese fue el tema de la discusión. El hecho de que ella saliera precipitadamente del bar fue debido a que ese barrigón vino a imponernos silencio. Yo contesté, ya que estaba caliente por la discusión con ella, y Cristina, al final, estalló, levantándose de repente de la mesa.

—Nos han dicho que ella salió y que usted se quedó a pagar la cuenta. ¿Consiguió alcanzarla más tarde? —pregunta Connors.

—No tuve que hacerlo. Ella estaba a unos pocos metros del local, sentada, mirando su teléfono. Me pidió que la llevara a casa. La discusión había terminado. Ninguno de los dos abrimos la boca. Fue un trayecto tenso. En ese momento pensé que lo mejor era que cada uno se fuera a su casa, y, al día siguiente, todos tan amigos, como antes. Pero me equivocaba.

—Usted me ha dicho esta mañana que no hablaron mucho, pero que sí comentaron ese o aquel plato, que hablaron sobre banalidades, pero ahora dice, en cambio, que no cruzaron palabra. ¿Con qué versión hay que quedarse, señor Wells? —expone Dan.

—Como no he querido hablarle de nuestra pequeña discusión, le he dicho

eso, sí, no era cierto. No pronunciamos una sola palabra en ese trayecto hasta su casa. Esa es la verdad.

—Cristina podría haber vuelto a su ciudad, quizá solo por unos días, no lo sé, pero está claro que, a veces, una discusión puede ser la gota que colme el vaso. Solo digo que lo que sucedió en el restaurante tiene mucha más importancia de lo que usted pueda creer —tercia Kate, tratando de volver a coger a Travis en un renuncio.

—No estoy de acuerdo, señorita Donovan —replica Travis—. Les digo que en absoluto fue una bronca. Fue un simple cambio de impresiones. Que levantáramos un poco el tono de voz no cambia nada. No sé qué puta historia les han contado esos cotillas del bar ese, pero pienso ir allí y exigir una explicación.

—Por lo pronto, modere su lenguaje, señor Wells —le pide Daniel—; nosotros estamos hablándole con respeto y educación; en segundo lugar, no le aconsejo que vaya allí. Se han limitado a relatar lo que vieron, dando su propia opinión. Eso, en este país, no es ningún delito. La policía ha ido al local a indagar y hemos conseguido esa información. Si usted quiere ir allí y montar una bronca, hágalo, pero créame si le digo que eso no va a beneficiarlo en nada, al contrario.

—Bien, bien, olvidemos a esa camarera y al tripudo del dueño. De acuerdo, no pienso ir allí nunca más, eso por descontado. Lo que importa es que Cristina aparezca, creo yo, no de si llegué tarde. Ayer ella se enfadó y acabamos discutiendo por una tontería, como sucede muchas veces a todas las parejas.

—Déjenos que juzguemos nosotros, señor Wells, lo que es importante para el caso o no —dice Katherine, sin duda influida por su propia situación de pareja—. Todo es importante, y cuantos más datos sepamos, mejor. No le había costado nada decirle esta mañana a Daniel que había tenido una

discusión con su novia. Usted podía haberle quitado hierro, ya que lo ve así, pero sin ocultarlo, como ha hecho. No ha sido una buena idea. No es imposible que esté disgustada y que haya apagado el teléfono.

—No ha ido a la oficina, no se trata de una pataleta, créame, señorita Donovan. No es que estemos discutiendo todo el día, nos llevamos, en general, bastante bien, pero sí hemos tenido alguna escena similar otras veces y nunca había desaparecido al día siguiente. Es más, de hecho, suele ser ella la que escribe el primer mensaje o llama antes para intentar reconciliarnos cuanto antes. No le gustan los conflictos; tiene un fuerte carácter, y a veces es ella la que los inicia, precisamente, por ese rasgo suyo. Pero no, estoy seguro de que todo esto no obedece a nuestra discusión del martes.

—Bien, señor Wells, está todo claro ahora. Le ruego que no salga de la ciudad hasta que se aclare todo esto —advierte Connors.

—No tengo intención de hacerlo. Bueno, si Cristina no aparece mañana, había pensado ir a buscarla a Dallas. No se me ocurre otro lugar donde pueda estar. Les informaría a ustedes.

—Como le digo, no debe usted salir de la ciudad por ningún motivo. Déjenos hacer nuestro trabajo —insiste Dan.

Capítulo 6

Cuando salen de la oficina de Travis, Dan decide ir directamente al piso de Cristina. Kate alega que no tienen orden judicial y ni siquiera ha pasado el plazo legal para considerarla desaparecida. Podrían meterse en un buen lío. Connors contesta que la vida misma es un gran lío y que si prefiere irse a la oficina, lo entenderá. Ella le contesta que eso es un vil chantaje emocional y que por supuesto que va a acompañarlo. Connors sonríe en cuanto ella mira hacia otro lado.

* * *

Cristina Wiggins vive en uno de los mejores edificios de apartamentos de Nueva Orleans. Hay dos hombres de seguridad en la entrada. Connors se baja del coche para hablar con ellos y explicarles la situación. Les dice que el caso es de vida o muerte, que temen que la chica pueda estar herida en su apartamento o algo peor. Que no hay tiempo para obtener la orden del juez; la espera podría ser fatal. Tanto el tono del detective como su aspecto físico imponente, su cara de urgencia y la placa terminan de convencer a los guardas, que se miran significativamente entre ellos. Connors les tranquiliza diciéndoles que si al final todo está bien y la chica estuviera dentro viva, ellos asumirán toda la responsabilidad. Uno de los custodios deja a su compañero en la garita y acompaña a los policías.

Con mucho temor y preocupación, el vigilante abre la puerta tras llamar un par de veces al timbre. Connors ha tenido la precaución de volver a llamar al móvil de Cristina, pero continuaba desconectado. Entran en el piso. Está todo

muy ordenado, limpio en extremo. «Como si, sospechosamente, acabasen de hacer limpieza». Es justo este orden lo que preocupa a los detectives, al contrario que al guarda. Al estar todo limpio y ordenado, piensa que nada malo ha podido ocurrir.

—¿Lo ven? Todo en regla, parece —dice el hombre, que aparenta unos cuarenta años.

Kate y Dan registran todas las habitaciones, pero no hay nadie. No quieren tocar nada, por si han de venir los de la científica a recoger huellas. Le piden al guarda que no toque nada y que no se mueva de donde está. No hacía falta que se lo dijiesen, pues no pensaba hacerlo de ninguna manera.

—Demasiado recogido todo, no sé. ¿No te parece que alguien acaba de limpiar todo esto hace muy pocas horas? —pregunta Kate.

—Es justo lo que he pensado nada más entrar. Aquí hay gato encerrado. Ahora es cuando creo de verdad que esa chica está en problemas. Tenemos que actuar con rapidez. No podemos registrar esto sin una orden judicial. Salgamos.

En el descansillo, preguntan al vigilante de seguridad si conoce a Cristina. Les contesta que sí, que lleva algunos meses viviendo en el edificio y entra y sale a menudo.

—¿Recuerda haberla visto salir ayer, a alguna hora concreta? —pregunta Katherine.

—Por desgracia, ayer y anteayer no trabajé. Hoy, desde luego, no he visto a esta señorita, eso seguro. Tendrán que preguntar a mis compañeros.

—El que está abajo, con usted, ¿tiene el mismo horario?

—No, él trabajó ayer, pero no anteayer.

—Perfecto, nos interesa mucho preguntarle —contesta Kate.

Se acercan los tres a la garita de los vigilantes. El compañero se encuentra rellenando unos documentos. Le explican la situación. Él también conoce a la

señorita Wiggins y asegura que el día anterior no la vio ni entrar ni salir. Dan piensa. De repente, pregunta:

—¿Ella tiene coche?

—Sí, señor, lo tiene. Es un Mercedes deportivo, blanco, muy bonito — contesta el guarda que no ha subido al piso—. Ayer ese coche no salió de aquí, señor. No sé si estará en el aparcamiento, pero ayer ni salió ni entró. Tengo muy buen ojo para los coches y para las matrículas. De todas formas, en un par de minutos podemos salir de dudas.

—¿Tienen cámaras en el aparcamiento?

—Hay solo una cámara, a la entrada, que controlamos. Lo que hacemos es darnos una vuelta de vez en cuando en persona. Tendremos que entrar para comprobar si está ahí. No sé cuál es su número de plaza, tengo que consultarlo. Un segundo... Cristina Wiggins... aquí está. Su plaza es la número 39. Phil, acompaña a los señores al aparcamiento, tengo que terminar de rellenar esto, es urgente.

—Sígueme, por favor.

Entran por una pequeña puerta de color gris azulado que está en la parte trasera del gran edificio. La plaza 39 está al fondo, es la más alejada de la puerta. Unos metros antes de llegar, Phil les confirma que ese es el coche de la señorita Wiggins. Kate se para y quiere darse la vuelta, pero Connors continúa.

—Dan, ¿qué ocurre?

—Solo quiero comprobar que no haya nadie dentro. Imagina que ha salido, no sé, ha bebido... Qué sé yo, cosas mucho más raras hemos visto, Kate.

—Sin duda, no cuesta nada acercarse a mirar, señor —corroboraba el vigilante.

Connors se acerca y mira a través de los cristales. El coche está vacío. En ese momento, recibe una llamada a su móvil. Es Travis Wells, quiere saber si

hay alguna novedad. Connors, alejándose del vehículo, le contesta que están en el aparcamiento privado del edificio y que el Mercedes blanco de Cristina está ahí. Wells queda muy extrañado ante esa noticia. A Cristina le gusta mucho conducir y no coge jamás un taxi si puede evitarlo. Se lo comenta al detective. La llamada se corta por la mala cobertura que hay en ese subterráneo. Cuando sale a la calle, Dan le devuelve la llamada y hablan un par de minutos más. Le dice que han estado en la casa, que ella no está ahí, que está todo limpio y recogido y que no puede darle más información, por el momento. Travis le agradece a Dan que se esté implicando en el caso de esa manera. Connors le contesta que es su trabajo. Se despiden de los dos vigilantes, recomendándoles no contar nada a nadie, de momento, pero sí les piden que les avisen si de repente apareciera Cristina. Ya en la patrulla, Kate y Dan se muestran preocupados por el hecho de que esté el coche aparcado, la casa limpia y sin signos de violencia alguna, el teléfono apagado y también que nadie la viera salir del edificio.

—Esto no pinta bien, Kate, nada bien —declara Connors, que no suele utilizar frases de ese tipo al inicio de ningún caso.

—Sí, es todo bastante extraño. Si el coche no estuviera, podríamos pensar, como Travis, que se ha vuelto a Dallas, bien para siempre, bien para una temporada, pero así... No sé qué pensar. ¿Crees que Wells puede tener algo que ver con su desaparición?

—No puedo decir que me encante el tipo, la verdad, pero no; salvo sorpresa mayúscula, o es un actor merecedor de todos los premios de la Academia, o está francamente desconcertado, nervioso y preocupado. Que nos haya ocultado la discusión no significa mucho, aunque ha sido un error, por descontado. De todas formas, no podemos descartarlo. Ahora mismo es, a falta de otros candidatos que vayan surgiendo, el principal sospechoso, no cabe duda. ¿Me lo has preguntado porque tú sí lo crees sospechoso?

—No, quería saber tu opinión, nada más. Necesitamos hablar, en primer lugar, con esa chica, la amiga de Cristina que has mencionado antes. No se me ha quedado grabado el nombre.

—Mary Abbot —responde Dan de inmediato—. Sí, es buena idea. Ahora mismo es lo único que tenemos. Voy a llamarla.

Mary contesta al segundo tono. Connors se presenta, le resume con eficacia la situación y le pide recibirlo a él y a su compañera cuanto antes para que les hable un poco de Cristina. Ella se muestra preocupada y dice que podría recibirlos en su casa dos horas más tarde, pues está terminando un asunto importante en la oficina. Le da su dirección, que Dan repite en voz alta para que Kate la anote, y quedan en verse en dos horas justas en su domicilio.

Capítulo 7

Mientras se dirigen a la casa de la amiga de Wiggins, conduciendo de nuevo Kate, suena el móvil de la detective. Ella decide ignorarlo; el aparato sigue sonando un buen rato, tiene melodía y vibración. Dan hace como que no se está enterando, le gustaría disimular, pero a medida que los tonos se van sucediendo, entiende que no puede ser otro que la pareja de su compañera. Agarra con fuerza el tirador que está en la parte superior de la puerta del copiloto. Lo sujeta con tal intensidad que se le quedan blancos los nudillos de la mano derecha. Al final, el teléfono se calla. Pero cinco minutos más tarde, mientras esperan la luz verde en un semáforo, vuelve a sonar. Dan nota lo tensa que está su compañera. Está al borde de la histeria, pero intenta disimular, ya que está trabajando y tiene a un compañero al lado. Ella coge el teléfono del hueco para las botellas, que está cerca del enganche del cinturón de seguridad, y lo apaga. «Al fin», piensa el detective. Siguen unos instantes de silencio, lo que es muy difícil de resistir para Dan. Ya no puede continuar tragándose lo que piensa y estalla.

—Kate, para el coche, por favor.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué?

—Para ahí, hay un hueco. Es solo un minuto —dice Daniel muy serio.

La detective aparca donde le pide.

—¿Y bien? —pregunta ella, que sabe de qué quiere hablar Dan, pero no va a ponérselo sencillo.

—Mírate, Katherine, hazme el favor. Baja el protector de sol y mírate en el espejo.

Ella mira a Dan, pero no solo no hace lo que le dice, sino que lleva su

mano a la manilla para abrir la puerta. El detective la detiene, agarrándola con suavidad del hombro.

—Espera, Kate, no salgas así, enfadada conmigo. Solo digo que esto tiene que acabar. Te has puesto tensa, muy nerviosa, y solo porque ese tipo te llama. Le tienes pánico. Soy policía, como tú. Además de que te conozco un poco, cualquier persona vería que estás a punto de estallar por culpa de los nervios. Tu propio cuerpo te avisa, ¿no lo ves? Por mucho que tú prefieras seguir engañándote, estás muy asustada, y eso es por algo. Si fuera un buen tío, que tuviera a veces mal carácter, eso sería distinto. Una discusión puede suceder siempre, pero no que estés asustada de él. Eso no es sano, no es digno, además. Ninguna persona, ni hombre ni mujer, debería tener miedo de su pareja. Esa relación, Katherine, te está haciendo mucho daño. Solo quiero ayudarte, en serio.

—Es cierto que últimamente ha cambiado. Antes no se comportaba así. Es, al menos era, un buen tío. Ahora, a veces, queda para beber con unos amigotes que se ha echado en el gimnasio. Son todos muy brutos. Los conocí un día. Le dije que no quería volver a quedar con ellos. Bebe mucho y llega a casa tarde. Él dice que no bebe casi nada, pero que basta una cerveza para ponerse borracho. Le digo que más a mi favor, que el alcohol le está haciendo mal, le sienta fatal, le afecta sobre todo al carácter; pero cuanto más se lo digo, peor se pone la situación. Ya prefiero no decir nada. Y cuando estoy de servicio, sabe que no debe llamarme, en ninguna circunstancia. No es tanto que le tenga miedo, que no se lo tengo, en general, sino que me fastidia horrores que me llame cuando le he repetido un millón de veces que no lo haga.

—Ni siquiera te respeta, entonces.

—Conozco a otro hombre que tampoco respeta demasiado mis deseos. Está muy cerca de mí ahora mismo —dice ella con un tono huraño—. Agente Connors —continúa sin subir la voz, silabeando despacio, lo que sabe que

saca de quicio a su compañero—, mis asuntos personales son justo eso, personales. Te agradezco la preocupación, pero déjame resolver esto a mi manera. Sé lo que tengo que hacer, no soy una niña, ¿de acuerdo? Si esto va a seguir así, hablemos con Frank para que nos separe. No voy a soportar ni tus resoplidos ni tus miradas de reojo ni tus enojos. Ya estoy harta.

—Agente Donovan —dice él imitando el tono de ella—, vuélvase a la comisaría si cree que no está en condiciones para el servicio, por favor.

—Pero ¿qué chorradas dices? Estoy perfectamente. Venga, vamos a la casa de esta tal Mary, el tiempo corre. Dejemos ese otro asunto de una maldita vez, si eres capaz.

—¿Estás bien para conducir? —pregunta él.

—Mejor llévalo tú. Así tendrás que tener la mirada fija en el tráfico, en vez de en mis reacciones.

Dan baja del coche y, moviendo la cabeza de lado a lado, rodea el vehículo para sentarse en el asiento del conductor. Ajusta el asiento, echándolo bastante hacia atrás y cambia todos los espejos. Se abrocha el cinturón y arranca sin decir palabra, muy ofendido por las palabras de Kate. Empieza a conducir hasta la casa de Mary Abbot. No lo está haciendo con demasiado tacto; frena con brusquedad, acelera demasiado al salir de los semáforos. Está muy irritado. Katherine siente que ha ofendido a una buena persona que solo quiere ayudarla. Su tonto ego se ha impuesto a todo lo demás. No ha sido ecuánime con él. Dan Connors es obstinado y se implica en los problemas de los demás como si fueran los suyos. Sabe que no va a dejar así el asunto. De momento ha accedido a no seguir hablando del tema, pero ahora está convencida de que, si ella misma no hace algo rápido, va a ser su compañero quien se ocupe, y será mucho más desagradable para todos y bastante humillante para ella. Siente deseos de disculparse y de decirle que quizá sí necesite su ayuda, tragarse su orgullo femenino e intentar salir de un

bucle donde ni siquiera ella misma sabe cómo ha llegado a meterse. Falta poco para llegar a la casa de Mary. Decide esperar. Quizá después de la conversación con esa mujer el ambiente esté algo más distendido.

Capítulo 8

Abbot vive junto a la avenida Napoleón, en la calle Carmen, muy cerca del famoso parque Lafreniere. Dan aparca junto a la entrada de la casa. En la acera hay tiradas varias bicicletas y algunos niños corren y gritan. Entre el alboroto, que nunca le distrae, el detective ve que las cortinas de la casa de Abbot se han descorrido un poco. Está esperándolos. Ese gesto lo graba Daniel en su memoria. Una mujer joven, de unos veinticinco años, les abre la puerta. Está en camiseta muy ajustada y lleva unos minúsculos pantalones cortos que más bien parecen un cinturón muy ancho. Ambas prendas son de color blanco. Tiene la piel muy tostada por el sol. Su pelo es castaño y tiene grandísimos ojos verdes almendrados. El detective no puede evitar pensar en que es una mujer muy atractiva físicamente, pero lo que le interesa es lo que pueda contarles. Les pasa al salón, un cuarto no muy grande, recargado de muebles antiguos y con estilo. De repente, un fuerte «por qué» sorprende a los detectives, que no saben quién ha pronunciado eso. Tanto Kate como Dan buscan a la persona, les ha parecido la voz de un niño, aunque un poco extraña, pero no la hallan.

—No se preocupen, por favor. Se trata solo de mi loro, Sébastien. ¡Sébastien, calla!

—Por qué, por qué —contesta el loro, que parece estar en otra habitación, aunque se le oye perfectamente.

Katherine no puede evitar una carcajada. Ese «por qué», dicho con una erre larga y gutural hace sonreír también a su compañero, algo que la sorprende. Intenta recordar la última vez que lo vio sonreír. No puede recordarlo. «Dan, creo que voy a regalarte un loro en tu próximo

cumpleaños». Ese pensamiento le hace reír de nuevo. De repente, se siente mucho mejor, y todo por la frase de un divertido loro.

—Bien, señorita Abbot, ya conoce el asunto que nos trae a su casa — comienza Dan.

—Sí, es muy extraño lo que me han dicho, eso de la desaparición. En fin, no creo que Cristina haya desaparecido, es horrible. Antes de nada, ¿les apetece beber algo?

—No, gracias — responde Dan de inmediato.

—A mí sí me gustaría beber un poco de agua, si es tan amable — pide Kate.

—Por supuesto, señorita Donovan, un segundo — contesta Abbot, solícita.

Dan mira a Katherine, intentando pedirle su opinión sobre ella con gestos, como hacen a veces. Es un código secreto que solo conocen ellos. La detective encoge los hombros, diciendo que es demasiado pronto como para pensar nada. Extiende el dedo índice y lo gira repetidas veces. Mary aparece de repente, es muy silenciosa, no la han oído volver. «Sigilosa como un leopardo», piensa Daniel. Mary vuelve con un vaso grande de agua para Kate. Cuando se lo tiende a la detective, Dan percibe que le tiembla ligeramente la mano izquierda. Tiene que asegurarse de que no es un temblor permanente en esa joven. «O padece un párkinson precoz o nuestra visita la ha alterado más de lo normal». Un poco de agua se derrama cuando Katherine coge el vaso. Abbot finge no haberse percatado del detalle.

—Bien, señorita Abbot — dice Daniel, intentando comenzar ese interrogatorio—, díganos, ¿sabía usted que su amiga, la señorita Cristina Wiggins, está ilocalizable? Fíjese bien en que no quiero usar, de momento, al menos todavía, la palabra desaparecida. Digamos que su móvil está apagado y que nadie sabe decir dónde se halla desde el día de ayer.

—Bien, yo... bueno, es que su novio, Travis, me llamó ayer para

preguntarme sobre ella, entonces, no puedo decir que no supiera nada, pero tampoco me imaginaba que, en realidad, hubiera desaparecido. Quiero decir que él solo me llamó para preguntarme por ella, si sabía yo algo, porque su teléfono estaba apagado y eso, a él le extrañaba enormemente.

—Bien —dice Katherine para tomar parte en la ronda de preguntas—, ¿cuándo vio usted a la señorita Wiggins por última vez?

En este punto, la muchacha mira hacia arriba, al techo, y resopla de forma aparatosa. Los detectives vuelven a establecer su particular mirada de inteligencia mutua.

—Hace dos días, el martes por la noche, ellos, me refiero a Cristina y Travis, por supuesto, tuvieron una cena. Parece ser que allí hubo un pequeño escándalo, poco más o menos, según la versión de Cristina. Ella me llamó poco antes de las diez para decirme si podía ir a su casa y estar un poco con ella, ya que se encontraba bastante nerviosa y alterada. Le dije que se calmara, que me esperase. Yo estaba en ese momento con una mascarilla de pepino en la cara, con todo el rostro verde. Tardé un poco en desembarazarme de ese potingue, cogí el coche y me fui al apartamento de Cristina.

—Entendido. ¿Sabría decirnos la hora en la que llegó allí? —pregunta Dan, que de momento decide no sacar de su bolsillo la pequeña libreta que utiliza solo cuando hay demasiados datos, horas o fechas para ser recordados.

—Yo creo que entre diez y once, más cerca de las once, quizá. No miré el reloj, no puedo decirles con precisión.

—Quiero hacerle una pregunta, antes de que se me olvide —interrumpe Kate—; es referente a la llamada del señor Wells. ¿Le notó preocupado cuando la llamó a usted? Quiero decir, ¿por el tono de su voz deduciría que pensaba que ella había en verdad desaparecido?

Abbot lo medita unos instantes.

—Yo diría que, más que preocupado, estaba extrañado. Noté sorpresa en

su voz, no sé bien cómo describirlo, pero no, no me pareció preocupado en exceso. Pero sí estaba extrañado, así lo definiría, al menos.

—Perfecto, gracias —dice Katherine.

—Continuemos —propone Dan—. Usted llegó a su casa no más tarde de las once, por lo tanto. Lo primero que me interesa saber es cómo vio usted a Cristina.

—Bueno, estaba disgustada por la trifulca del restaurante. La vi un poco alterada.

—¿Se conocen ustedes bien? ¿Son buenas amigas? —interrumpe Kate.

—No somos amigas del instituto, si se refieren a eso. En realidad, Cristina llegó a Nueva Orleans hace poco, creo que alrededor de un año o poco más.

—¿Cómo se conocieron? —pregunta Dan.

—No nos conocimos aquí, en realidad, sino en Dallas. Yo estuve trabajando allí en un banco. Era propiedad del tío de Cristina. Ella, de vez en cuando, se pasaba por allí. Un día, no recuerdo cómo, terminamos tomando un café en el restaurante de al lado. Congeniamos. Quedábamos a veces para charlar. Es una chica muy inteligente y divertida. Después volví a Nueva Orleans, conseguí un trabajo mejor aquí. Perdimos el contacto. Después, hace unos meses, la vi a ella y a Travis paseando por el parque Lafreniere, que está aquí, debajo de mi casa. Yo volvía de la oficina. Me llevé una gratísima sorpresa. Cristina también se alegró mucho de volver a verme. Nos habíamos escrito algún correo, pero prácticamente habíamos dejado de tratarnos. Las distancias... ya se sabe. Nos fuimos los tres a tomar un helado. Estuvimos hablando bastante. Ella me contó todo el asunto de su venida a Nueva Orleans por amor. Yo le hablé de mi nuevo empleo en Luisiana y en las cosas que echo de menos de Dallas, una ciudad de la que siempre tendré un excelente recuerdo.

—Muy bien, señorita Abbot —dice Katherine—, ¿qué le pareció, en ese

primer encuentro, el señor Wells?

Mary no esperaba esa pregunta cuando estaba hablando sobre Cristina y ella.

—Bueno, yo... no sé muy bien qué decir. Era un chico joven, muy bien vestido, me pareció educado, pero estuvo bastante callado mientras nosotras recordábamos viejos tiempos.

—Comprendo. Quería decir si le pareció una persona posesiva, o violenta en algún modo —continúa Kate.

—Miraba a Cristina todo el tiempo con una sonrisa. Se veía que estaba muy enamorado de ella, eso sí me lo pareció.

Abbot, de repente, se fija en el reloj de muñeca.

—Disculpen, esta noche no tengo demasiado tiempo. He quedado con una persona, creo que voy a llegar tarde. Si no tienen más preguntas... —dice ella, mostrándose nerviosa por primera vez en toda la conversación.

—No queremos entretenerla más, señorita Abbot. Solo una última cosa, si me permite —dice Dan—. Aunque nos ha contado que no son, lo que se dice, amigas íntimas, sí conoce a Cristina lo suficiente como para saber si ella sería capaz de desaparecer de repente debido a una fuerte discusión. Apenas nos ha contado nada de la conversación con Cristina. Eso es lo que más nos interesa ahora mismo. Dejemos otros asuntos para, quizá, otro día, y centrémonos en esa charla, y podrá irse a su cita. Es muy importante lo que ella le dijo, compréndalo.

Mary continúa nerviosa, mirando mucho el reloj. Aun así, trata de calmarse y de responder a las cuestiones del detective.

—Como les he dicho, la vi bastante nerviosa, agitada. Nunca la había visto así. Cristina es una persona bastante lineal. Es tranquila, por lo general, aunque pueda ser muy firme y hasta dogmática, a veces, en sus opiniones, pero no se altera nunca. Anteayer sí lo estaba. Me dijo que no estaba segura de su

relación con Travis. Al parecer, cuando se vino aquí por él, le parecía un hombre muy inteligente, con muchos proyectos, muy interesante. Pero ha descubierto que es más materialista de lo que pensaba, y eso no le gusta. El hecho de que la dejara allí plantada, el martes, parece que desbordó el vaso. No tenía, en realidad, grandes quejas sobre él, pero ahora está insegura. Se planteaba todo.

Abbot hace una pausa. Katherine la aprovecha para intercalar una pregunta importante.

—¿Tanto como para volver a su Texas natal y abandonarlo a él y su trabajo?

Las preguntas directas de Kate confunden a Mary. Prefiere las de Dan, pero no puede evitar tener que contestarlas también.

—Podría ser, pero en ningún momento me dijo que pensara hacerlo. No mencionó su vuelta a Dallas, esa es la verdad. Pero sí dijo que ya no estaban como antes y que era probable que hubiera cometido un grandísimo error al dejar su ciudad y a su familia, enemistándose con su padre. Todo esto la preocupa mucho.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en su casa? —pregunta Dan.

—No, yo diría que unas dos horas, como máximo. Hacia las doce y media me fui. La tranquilicé, diciéndole que seguramente todo se arreglaría y que no le había hecho nada grave, solo llegar tarde a una cena. Ella me escuchaba, pero noté que lo único que quería era desahogarse, contárselo a alguien. Y la única persona que conoce en Nueva Orleans con la que pueda hacerlo soy yo.

—¿Cristina tenía pensado salir esa noche?

—Me dijo que iba a acostarse y a tratar de dormir. Que probablemente por la mañana vería todo bajo un prisma distinto. Esas fueron sus palabras. Me acompañó hasta la puerta y me dio las gracias por haberla escuchado. Eso es, en resumen, todo.

—De acuerdo, señorita Abbot. Gracias por atendernos —dice Dan—. Nos gustaría poder hablar con más tranquilidad con usted otro día, ya que tiene que irse ahora.

—Sí, lo siento, ya llego tarde. Tienen mi número, así que, para lo que quieran, aquí estoy.

Capítulo 9

Esa misma tarde, ya en comisaría, los detectives discuten los pormenores de la entrevista con Mary. Ambos albergan bastantes dudas debido al cambio de actitud sufrido en cuanto se mencionó el nombre de Travis Wells.

—Katherine, dime una cosa, pero como mujer, no como policía.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te parece que Abbot podría haber tenido algún lío con Wells? No digo que haya ocurrido mientras salía con Cristina. Quizá lo conozca de antes, no lo sé. Me ha dado la impresión de que quería obviar ese tema, aunque con nosotros no ha tenido éxito, por supuesto.

—He notado también que se ponía nerviosa. Como mujer, lo que he notado es que pasa algo, sí, pero pueden ser tantas cosas... Que fueran novios con anterioridad y ambos tuvieran que disimularlo si es que en aquel encuentro no lo dijeron. Que se hayan liado durante la relación de Wiggins y Wells, que él haya intentado algo con ella, a saber con qué consecuencias...

—O ella con él, también, ¿por qué no? —apunta Dan.

—Desde luego. Por eso te digo que teorizar sobre este asunto solo nos haría perder el tiempo. Y tampoco estamos seguros de que el nerviosismo se deba solo a él.

—Es cierto; supongo que te has dado cuenta de cómo le temblaba la mano cuando te daba el vaso de agua.

—Sí, cómo no me iba a dar cuenta, si incluso se ha derramado un poco sobre mis pantalones. Pero mira, Dan, hay algo que me preocupa más que ese supuesto, o real, nerviosismo. Y es el hecho de que la preocupación por su amiga Cristina no me ha parecido auténtica. Has sido tú el que la ha llamado

por teléfono. No me has contado qué te ha parecido la reacción ante la noticia.

Daniel se lleva la mano al mentón, tratando de rescatar de su memoria esos instantes.

—Se ha quedado un par de segundos en silencio. Lo he achacado a la sorpresa.

—¿Te ha parecido que mostraba una, como te diría, preocupación excesiva o exagerada? —pregunta Katherine.

—No, solo me escuchaba, como extrañándose de que Wiggins pueda desaparecer así como así. La conversación fue demasiado corta, no noté nada especial, pero podría ser muy bien como dices. Lo que está claro es que algo nos oculta, y creo que es en relación con Wells. Ya has visto la prisa que tenía por irse. Es muy probable que la cita sea real, pero no será tan fácil demostrar que la había preparado. Le preguntaremos por eso también y nos enteraremos. Si ha sido una cita improvisada, es porque necesita más tiempo, pero la pregunta es ¿para qué?

—¿Se ha mostrado nervioso Travis esta mañana cuando te ha hablado de Mary Abbot?

—Ya venía hecho un flan, la verdad. Distinguir los distintos grados en un primer encuentro no es tan sencillo, pero no me ha parecido que le cambiase el gesto ni que desviara la mirada cuando me ha comentado sobre la existencia de esta mujer.

—En fin, que no tenemos nada en absoluto, de momento. Todo hace pensar que esa mujer se ha ido voluntariamente a alguna parte, no sé. Quizá quiera pensar unos días antes de dar un paso importante —estima Kate, pero con un tono de poco convencimiento.

—Lo que dices es lo más lógico y la mayoría de estos casos quedan en un mero susto, pero podría ser otra cosa, no hay que relajarse —sostiene Dan.

El móvil de Kate suena. Ella mira la pantalla; es Albert. No quiere coger

el teléfono ahí, delante de Dan. Y, además, él sabe que no debe llamarla mientras trabaja, se lo ha dicho decenas de veces. Piensa en dejarlo sonar, pero Dan interviene.

—Kate, por favor, dile que estamos trabajando, que llame más tarde.

—Tienes toda la razón.

Ella contesta y dice, con el tono más neutro que puede, sin demostrar enfado, pero tampoco dulzura, que está muy ocupada y que no puede hablar en ese momento; también dice, antes de cortar la llamada, que será ella quien lo llame cuando pueda. No le ha dejado a Albert meter ni un simple balbuceo. Como Katherine imaginaba, unos segundos después vuelve a sonar. Ella, harta y enfadada, cuelga sin contestar y apaga el aparato.

—Esto empieza a ser muy serio, Kate. Cuidado. Ese tío está a punto de estallar, espero que puedas verlo, pero si no, estoy yo aquí para hacértelo entender.

—Lo sé, Dan, gracias. Esta misma semana quiero ir a su piso a recoger mis cosas. No voy a permitir que una persona así arruine mi carrera.

—Yo hablo de otra cosa, además de la carrera. Es tu integridad física. Y está en peligro. Ven a mi casa a dormir. Tengo sitio. Sabes que vivo solo. Tengo un cuarto de invitados. No es el Audubon Cottage, pero creo que se puede pasar ahí alguna que otra noche bastante cómodamente.

—Gracias, Dan. Mira, creo que esta vez voy a hacerte caso. Me preocupa Albert. Es capaz de plantarse en mi casa y aporrear la puerta hasta que abra. Sé lo cabezota que es; puede llegar a ser el tipo más pesado de Luisiana, o de toda América del Norte, si me apuras.

—¿Por qué crees que te lo digo? Sé que va a ir, no tengo dudas. No ahora, por supuesto, aún no es muy tarde. Quizá sería mejor, para evitar problemas con tus vecinos, que le digas que vas a estar toda la noche en la comisaría, o algo por el estilo.

—Es capaz de venir hasta aquí con cualquier excusa, trayendo una llave o algo así, pretendiendo que es muy importante.

—Joder, Kate, ¿qué hace una mujer como tú con un espécimen como ese?!
—exclama Dan, bastante irritado por la presión continua a que somete a su compañera.

—Desde luego, nunca he tenido suerte con los hombres. Eso hay que reconocerlo. Bien, dejemos el tema, aunque solo sea por esta noche.

—Concedido.

Capítulo 10

Daniel Connors vive en una acogedora y amplia casa de una planta, en el barrio Lake Forest, en el este de la ciudad. Kate ha dejado su coche aparcado en la comisaría. Todos los compañeros de Katherine están al corriente de que, de vez en cuando, tiene problemas con su pareja, por lo que, si apareciera Albert en su busca, sabrán tratarlo como merece.

Dan le dice a Katherine que se ponga cómoda. El salón es grande, espacioso, con enormes ventanales que dan al oeste. Hay un gran diván de color crema, viejo, muy cómodo. Él le ha dicho que espere, que va a preparar una suculenta cena para ambos. Como adora comer, es también un habilidoso cocinero. Conoce multitud de recetas de la cocina criolla de Luisiana, pero también prepara diversos platos con carne y especiales salsas que le enseñaron su madre y su abuela. La cocina está junto al salón, separada solo con un biombo rojo de dragones chinos, por lo que ella está oyendo todos los ruidos de cazuelas, picaduras de verduras y sofritos diversos que prepara su compañero. Kate se dice que pasar una noche junto con un hombre al que no teme está muy bien, para variar. Albert jamás le ha preparado nada. En primer lugar, porque no sabe cocinar, pero, aunque supiera, está segura de que jamás cocinaría para ella. No es tacaño, y sí la invita, cada vez con menos frecuencia, a restaurantes, pero siempre son lugares donde a él le gusta comer, de carne, hamburguesas, y ese tipo de sitios.

Le es inevitable pensar en ese momento en Cristina. Cree que esa mujer se ha marchado, dejándolo todo, sin avisar, para escapar de una relación tormentosa que estaría acabando con sus nervios. Ella puede comprenderlo. Alguna vez ha estado tentada de salir de Nueva Orleans, dejarlo todo atrás,

buscar otro trabajo en la ciudad más lejana del noroeste, en el estado de Washington, por ejemplo, en la húmeda Seattle. Pero luego jamás lo hace; algo le impide tomar control pleno de su vida. Está harta de tener que dar explicaciones cada cierto tiempo, de tener marcas en los hombros, en los antebrazos, en las muñecas, porque Albert la agarra con demasiada fuerza cuando discuten. Sí, definitivamente, va a largarse de su piso. Ha tomado la decisión. Pero ¿cómo ir a esa casa y recogerlo todo? El escándalo será monumental. Tiene muchas cosas importantes allí, como fotos, recuerdos valiosos... La ropa no supone mayor problema, no tiene demasiada, pero casi prefiere renunciar a todo antes que tener verle de nuevo. Se lo dirá por teléfono, si es que la deja hablar. Ensimismada con tales pensamientos, Dan la llama. La cena está lista. Ha preparado gamba criolla, trucha del Misisipi a la *meunière* y un pollo criollo con la receta especial y secreta de su abuela materna, Elizabeth. Algunos amigos de Dan, dueños de restaurantes o conocidos de ellos, le han propuesto comprarle la receta, pero hasta ahora no ha dado su brazo a torcer. El que quiera comer ese pollo y disfrutar de esa deliciosa salsa, tendrá que hacerlo en su casa; ese es el trato. Kate jamás había estado en esa casa ni, por descontado, probado nada hecho por las manos de Dan. Se queda estupefacta. Está todo delicioso. Resulta que el escrupuloso, terco y estricto Daniel es un cocinero de primera, todo un chef. Se ganaría mucho mejor la vida con esta otra faceta suya, pero no osa decírselo. Simplemente, se dedica a gozar de esos manjares y a darle a Dan las gracias por ocuparse así de ella. Él está radiante de alegría. Aunque tenía mucha hambre, está demorándose con la comida a propósito, para poder ver mejor a Kate. Le encanta verla comer. Está, al fin, contenta, sonriente. Él sabe que ha ido a su casa solo por desesperación, pero está contento de poder ayudarla, aunque no sienta por su persona lo que él siente por ella.

—Dime, Dan, ¿dónde has aprendido a cocinar así? No soy ninguna experta

en gastronomía, pero sé distinguir cuándo la mano del cocinero tiene un toque especial, genial, y tú lo tienes, vaya que sí. La salsa de este pollo no es la clásica, es muchísimo mejor.

—Es una variante de la criolla, en realidad. El mérito es de mi abuela, ella la inventó. Le encantaba experimentar con todo tipo de platos, rellenos, salsas, condimentos. Era muy innovadora. Mi madre la heredó de ella y ahora... aquí la tienes.

—Pero no solo el pollo, la trucha se deshace en la boca, es una delicia. Dan, quiero darte las gracias por todo lo que te preocupas siempre por mí. A veces, en vez de agradecértelo, me pongo agria y un poco desagradable, pero es que no sé qué hacer. Bueno, ahora sí. Mientras preparabas estos manjares dignos de un rey, he decidido que no voy a volver más a esa casa. Tengo muchas cosas allí, pero ni siquiera me apetece ir a recogerlas, ¿sabes? Eso es lo de menos, claro, pero es que quiero cortar así, de repente. Quizá quede con él en un sitio público, para decírselo a la cara. Lo conozco, y sé que no aceptará que lo deje por teléfono, aunque sería la mejor idea.

—¿Qué importa lo que ese tipejo acepte o deje de aceptar? Hazlo como tú hayas considerado. No le debes nada, ni siquiera explicaciones. Si no es retrasado del todo, entenderá por qué te ha dejado escapar. Las razones son más que obvias, Kate.

—Lo sé, Dan. Gracias de nuevo. Por cierto, Cristina quizá estuviera atravesando por algo similar. A mí me parece que esa chica ha decidido largarse así, sin más. Ha dejado ahí el coche, quizá haya tirado el teléfono al Misisipi y ahora ni siquiera su familia sabrá dónde se encuentra. Ojalá sea así, como creo.

—Es posible, pero también puede ser que ese Wells haya hecho alguna barbaridad de la que ahora se esté arrepintiendo. Se me ha olvidado decírtelo. Antes, en comisaría, mientras estabas abajo, he llamado a los de la caseta de

seguridad de la vivienda de Wiggins. Han confirmado que el coche de Travis paró allí, junto a ellos, esa noche, a las nueve horas y quince minutos. Aseguran que se bajó ella sola. Él dio marcha atrás y salió de la zona conduciendo despacio. Así que, en principio, dice la verdad respecto a que la dejó allí pronto. También les he preguntado si ese coche volvió más tarde, algunas horas después, esa misma noche. Han estado mirando las cámaras y han dicho que no.

—Dan, ¿crees que él tiene algo que ver? ¿Que la ha matado?

—Todo puede ser, Kate. Solo digo que no está exento de sospecha. Los hechos, de momento, juegan en su contra, pero es demasiado pronto. Bueno, te veo agotada. Venga, tomemos el postre y te vas a ir a dormir. Tú duermes en mi cama, es la más cómoda de la casa.

—De eso ni hablar, Dan. Solo faltaba que te sacara de tu cama. No, no, me has dicho que tienes una habitación de invitados. Como parece que es lo que soy, allí me voy.

—Lo he dicho, pero en ningún momento he mencionado que esa cama estrecha y no muy cómoda fuera para ti. No discutas, es tarde. Vas a ir donde te he dicho y punto.

—Ay, Dan, ¿siempre has sido tan obstinado?

Él encoge los hombros, sabiendo que es absurdo negar una obviedad como esa. Ella ríe.

—Mañana, a primera hora, podríamos ir a meter un poco la nariz en la oficina de Cristina. No espero sacar mucho de eso, pero no podemos no acudir —propone el detective.

—Me has dicho que trabaja en un banco alemán, ¿no?

—Sí. Quiero que nos cuenten sus horarios, sus costumbres, ya sabes. Ahora deberías irte a dormir. Estás cansada, Kate.

—¿Tanto se me nota? —pregunta ella, que se ha quitado las gafas para

cenar. La marca de la bofetada se ve, es una extensión roja por la mejilla, pero no es tan grave y ya ni siquiera le duele. Se sentía muy incómoda con las gafas en la casa de Dan.

—No se te nota, lo disimulas bien, pero yo lo sé.

Dan la acompaña hasta su cuarto. Le dice dónde está el baño y le pide que lo llame a cualquier hora si necesita algo.

—Hablemos un poco en el salón, Dan. Se estaba tan bien. Aunque es cierto que estoy agotada hoy, no me apetece dormir aún.

—De acuerdo, Kate, es buena idea.

Dan prepara café por si la conversación se alarga más de lo debido. Aunque no suele tomar café por las noches, hoy haría una excepción. Kate empieza preguntándole por su infancia. Como quiere evitar el tema de Albert, no se le ocurre nada mejor. Él le cuenta sus primeros años en Nueva Orleans, una ciudad que estaba mucho más viva y poblada que la actual. Sus peleas en el colegio, contra chicos negros, contra chicos blancos, defendiendo a los mismos negros con los que se había peleado y que acabaron siendo grandes amigos, con los que solía ir al río a pescar, a bañarse y a espiar chicas. Como era muy alto ya a la edad de trece años, le dio por el baloncesto. Jugaba muy bien. Estaba en el equipo del colegio y destacaba. Durante un tiempo pensó que quizá su vida podría decantarse por el deporte profesional, pero una inoportuna lesión de rodilla dio al traste con aquellas esperanzas. Ya no volvió a saltar como solía. Era un gran reboteador y tenía un salto prodigioso con el que conseguía, con su metro noventa, dar unos mates que casi desprendía el aro del tablero. Kate comienza a mirar a Dan con nuevos ojos, nunca lo había visto así, hablando de otra cosa que no fuera trabajo, delincuentes, corrupción, amoralidad, sobornos, etcétera. Kate sabe, pues Daniel es transparente, lo que siente por ella desde siempre, pero jamás se había planteado que él podría muy bien ser el tipo que nunca encontró. Un

hombre bueno, comprometido con cualquier causa que suponga ayudar a los demás, valiente; por el lado negativo, es terco como una mula, no sabe debatir sin alterarse, pero no suele hablar de lo que no sabe, por lo que, cuando discute, a menudo tiene razón o se acerca mucho a ella. Y ahora está ahí, abriéndole su corazón solo porque ella ha propuesto ese tema para romper el hielo.

—Dime, Dan, nunca hemos hablado de esto, siempre he querido preguntártelo, pero no veía jamás la ocasión de hacerlo; ¿por qué decidiste hacerte policía?

—Supongo que lo he llevado siempre dentro. Lo pensé luego de dejar las fuerzas especiales. No soportaba ningún tipo de injusticia, ya desde los primeros años de escuela. Intentaba mediar en los conflictos, arreglarlos, pero no podía evitar, muchas veces, acabar peleándome también. Creí que, como policía, podría ayudar a mucha gente, pero la vida me ha ido enseñando que estamos dentro de un sistema en el que, muchas veces, no importa cuáles sean tus deseos, estás con las manos atadas. Hace unos diez años estuve a punto de abandonar el cuerpo, ¿sabes?

—Puedo entenderte. ¿Fue por algún asunto en especial?

—No, no ocurrió nada. Me dije que mi presencia no aportaba nada significativo, que esta ciudad estaría igual teniéndome a mí de policía o teniéndome a tres mil kilómetros conduciendo un camión, por ejemplo. Ese tipo de cosas que se nos pasan a todos por la cabeza.

Kate asiente, identificada plenamente con las palabras de su compañero. Ella está entendiendo que ha conseguido abrir una brecha en la coraza que parecía llevar siempre, pero no quiere ser egoísta y decide que quizá luego él se arrepienta de haberle contado esas cosas. No quiere presionar esa herida. Bosteza sin querer, y eso da pie a que él dé por finalizada la conversación.

—Es tarde, Kate. Vayamos a dormir. Ya sabes dónde está tu habitación.

—Dan, muchísimas gracias por esta maravillosa tarde, por la cena, por tu apoyo, por no dejarme sola con mis miedos... Eres un gran compañero.

—Ya sabes que siempre estaré para lo que necesites.

Dan intenta que no se le note el puñetazo que le ha supuesto ese «compañero». Aunque no es otra cosa para ella, no ha podido evitar que le doliera. Con una sonrisa triste, se despide de ella y se dirige al cuarto de invitados, donde pasará la noche. Kate, por su parte, ya en la habitación de Daniel, decide encender el móvil. Por una parte, desearía no hacerlo, intuye lo que puede encontrarse, pero tampoco puede estar desconectada siendo detective de una ciudad como Nueva Orleans. A los pocos segundos le llegan avisos de llamadas perdidas. Dos son de Albert. Y después hay varias de números diferentes, todos desconocidos. Al principio, piensa que pueden ser de comisaría, pero ella tiene guardados, con nombre, todos los números de la centralita y de todos los compañeros. Es imposible que sean ellos. Un poco más tarde, empiezan a llegar mensajes de texto. El primero dice así:

«Kate, ¿dónde coño te metes, joder? Me has dicho que me llamarías en cuanto pudieras. Has apagado el teléfono y te has quedado tan ancha. Pero ¿qué te ocurre?».»

El segundo hace que su rostro adopte un cariz de franca preocupación.

«Estás con otro tío, ¿verdad? Siempre he sabido que eras una zorra de cuidado. Tan modosita, con tus principios y tu moral de servidora del orden y todas esas mandangas. Venga, vuelve a casa. Sabes que sé perdonar. Si has hecho algo que no deba saber, no pasa nada. No me hagas ir a buscarte, porque será peor. Estoy en la comisaría, abajo. Veo tu coche. O sea, que estás ahí dentro, pero no quieres salir. Bueno, ya veremos quién aguanta más».

Kate decide contestar al segundo mensaje.

«Albert, no empieces con paranoias de las tuyas. He estado trabajando. Ni sé las veces que te habré dicho ya que no llames cuando estoy de servicio. Mi trabajo no es un juego, me estás perjudicando. Podrías ser más educado y evitarte esas sucias palabras. No te aguanto más faltas de respeto. Hasta aquí hemos llegado. Espero no verte nunca más. Adiós».

Después de dar a la tecla de enviar, se siente fatal. En principio, parece que ha conseguido hacer aquello a lo que no se atrevía, pero así, de esa manera... No es como lo había pensado. Está segura de que él no va a aceptarlo. Sin saber qué hacer, espera unos minutos, tumbada, para ver si él responde algo, pero no llega mensaje alguno. Entonces decide avisar a Dan y contarle cómo está la situación. Llama a la puerta de su habitación. Él sale vestido solo con un pantalón de pijama, sin nada en la parte de arriba. Kate teme haberlo despertado, pero él insiste en que estaba despierto. Le enseña los mensajes de Albert y le cuenta que ella le ha respondido, aunque ese prefiere no mostrarlo.

—Has hecho muy bien en decírmelo. Con estos mensajes, no estás segura en tu casa. Voy a llamar a los compañeros. Seguro que está ahí, es posible que te haga algo malo en el coche, rayártelo, romperte los espejos, pincharte las ruedas o cualquier memez así. Ese tipo no parece encajar bien las derrotas.

Daniel llama. Explica la situación y les pide vigilar el coche de Katherine. El agente Spencer decide salir por si acaso. A continuación, suena el teléfono de Dan. Es Spencer. El tipo estaba intentando abrir el coche con una barra. Cuando ha sido sorprendido por el agente, ha echado a correr y se ha metido en su coche. Ha tomado buena nota de la matrícula. Spencer dice que el vehículo no tiene desperfectos. Han llegado a tiempo.

—Kate, ahora escúchame. Esto es serio. Ese tío está ahora furioso, créeme. Hay hombres, y también mujeres, que pueden reaccionar muy mal en

momentos como este. Es muy probable que vaya a tu casa e intente algo, no sé el qué, pero voy a ir ahora mismo a vigilar. Si aparece por ahí e intenta destrozarte la casa, lo detendré.

—Pero, Dan, no, no creo que sea necesario esto. Nunca ha vivido en mi casa. No recuerdo si alguna vez le di una copia de la llave, creo que sí, pero no estoy del todo segura. O sea, que es probable que pueda entrar.

—Más a mi favor. Imagina lo que puede hacer si además puede entrar sin tener que forzar las cerraduras. Venga, quédate aquí, trata de dormir o, si no puedes, espérame.

—No, Dan, esto no es justo. Es mi problema, voy a ir contigo. Vamos juntos.

—No es bueno que te vea ahora, Kate, hazme caso. En serio, solo voy a echar un vistazo. Mira lo que ha pasado con tu coche. Si con el coche no ha podido y a ti no puede hacerte nada porque ignora dónde estás, o no se atreve a entrar en la comisaría, de momento, lo más lógico es que la pague con la casa. Esa es la lógica de algunas personas cuando no pueden sobrellevar bien su frustración.

—Pero no puedo quedarme aquí, como una tonta inútil, sin hacer nada.

—Puedes y debes. Te llamo en cuanto llegue.

Daniel se viste en medio minuto y sale deprisa de casa. A Katherine no le da tiempo a ir tan rápido, pero no se queda parada. Llama un taxi.

Capítulo 11

Dan llega al domicilio de su compañera, un pequeño bloque de apartamentos de cuatro pisos de altura. No conoce a Albert, ni tampoco qué coche tiene, por lo que le va a ser difícil identificarlo, pero sí sabe el número de la casa de Katherine. Ella le ha dicho el código del portal para abrir la puerta. Pulsa una letra, tres cifras, otra letra y dos cifras más y la puerta se abre al instante. Para no hacer ruido, por si Albert ya se halla dentro del piso, sube por las escaleras hasta el tercer piso. El absoluto silencio hace que oiga su propia respiración a medida que asciende escalones. Llega a la puerta, pega la oreja derecha para tratar de oír algo. Silencio. La puerta está cerrada y no hay signos de violencia en la cerradura. Sigue escuchando. Silencio. De repente se oye el ruido del ascensor. Alguien ha entrado en el edificio. Daniel supone que es Albert. El ascensor para en el tercer piso. Dan, preventivamente, se coloca en el descansillo entre el tercero y el cuarto. Se abre la puerta. Es Katherine. Un resoplido de Dan indica a la detective dónde se halla su compañero. Ella mira, asustada, hacia arriba.

—Dan, ¿qué haces ahí?

Él desciende hasta el rellano del tercer piso y, en voz muy baja, en susurros, le pregunta a ella por qué ha tenido que venir. Kate le contesta, también susurrando, que es su casa y que no iba a dejarle solo. Que Albert puede ser un tipo muy peligroso cuando está irritado.

—Con más motivo para no haber venido —replica Dan.

—Voy a abrir —dice ella sacando la llave.

—Déjame a mí, por si acaso.

Daniel abre la puerta del apartamento. No se oye nada. Está a oscuras.

Kate quiere encender la luz, pero Dan se lo impide con un gesto de la mano. Recorren la casa, pero no hay nadie. Entonces, Katherine enciende las luces.

—Me parece que esto ha sido un error, Dan. No podemos volvernos locos por este tío. Mira, paso de él, no voy a volver a verlo en la vida, pero olvidémoslo. No voy a permitir que me condicione así la vida.

—No ha sido ningún error, Kate. Podría haber estado. Eso no quiere decir que no haya estado, aunque yo he salido de inmediato. Quizá haya venido justo detrás de mí y me haya visto entrar. Mira por la ventana a ver si ves su coche aparcado fuera.

Katherine echa un vistazo, pero el coche de Albert no está allí. De repente, un ruido de cristales rotos se oye fuera. Dan abre, con la mano cerca de las cachas de su pistola. De inmediato, se echa hacia atrás, de un salto.

—¡Kate! Trae un extintor, rápido. Acaban de tirar un cóctel molotov en tu puerta, está empezando a arder.

Ella lo trae de inmediato y Dan apaga el fuego en treinta segundos. La puerta queda toda ennegrecida. Esos segundos han permitido al autor del acto escapar. El detective baja por las escaleras a toda velocidad, saltando los escalones de cinco en cinco, sale a la calle, pero está desierta. Tampoco ve ningún coche huyendo del lugar. Nada.

—¡Maldita sea! He llegado demasiado tarde —se lamenta, dando una palmada de rabia.

Capítulo 12

Por la mañana, los detectives llegan al banco donde trabaja Cristina. Son las ocho y media. No han querido ir antes para así poder hallar al mayor número de trabajadores posibles dentro. Kate se presenta y pregunta por Wiggins. El bancario contesta que lleva dos días sin acudir al trabajo. Nadie sabe qué ocurre. La llaman, le han escrito correos electrónicos y le han dejado algún mensaje de voz también, pero el teléfono siempre está desconectado. El detective pide mantener una breve charla con el director. Los acompañan hasta el despacho de Jeremy White, el director principal de la sucursal.

—Buenos días, señores. Me han dicho que vienen por el asunto de la señorita Wiggins —declara un hombre de edad indefinible; podría tener entre cuarenta y sesenta años.

—Así es. Su novio, el señor Wells, ha denunciado su desaparición —expone Dan.

—Dios mío, esto es muy serio. Pobre Cristina. Es una gran empleada, muy eficiente. Nos extrañaba muchísimo su ausencia. Al principio pensamos que se retrasaría, pero al no tener respuesta a nuestras llamadas, empezamos a preocuparnos.

—Señor White, ¿había ocurrido algo así alguna vez? Me refiero a Wiggins, por supuesto.

—Jamás. Es la más puntual. Bueno, de hecho, suele venir incluso antes. No sé cuándo duerme esa mujer, pero siempre está activa y dispuesta para hacer un buen trabajo.

—¿Fue usted el que la llamó personalmente a su móvil? —pregunta Kate.

—Al principio, la llamó Michael, el interventor. Después me contó que no

daba señales de vida y que su teléfono estaba siempre apagado. Lo intenté anteayer por la tarde, el primer día que faltó. Siempre está apagado, por desgracia.

—Sé que puede parecer una pregunta indiscreta, ya que es un banco privado y no están obligados a responderla, pero nos ayudaría si nos dijera si tenía pensado cambiar de trabajo o si ustedes le habían dicho, de algún modo, que iba a ser despedida —dice Daniel.

White abre los ojos cual lechuza en una noche sin luna.

—¿Cristina? Jamás. Es, con diferencia —dice mientras mira de reojo si hay alguien cerca de la puerta, para evitar ser oído por otro empleado—, la mejor de todos. Tanto por preparación como por trato, puntualidad, eficacia... En fin, es una joya y no puedo permitirme el lujo de prescindir de su buen hacer.

—Perfecto, señor White, no lo molestamos más. Una última pregunta. El último día que vino, ¿cómo la encontró? ¿Le pareció que estuviera todo bien? —interrogó Dan.

—Sí, no noté nada extraño. Ninguno de nosotros. He preguntado a toda la plantilla de la oficina, y nadie encuentra una explicación razonable. ¿Podría haber sido un accidente?

—Si se refiere a accidente de tráfico, tiene el coche en el garaje de su casa. Bien, gracias, señor White.

Hablan con el interventor, que les dice más o menos lo mismo, con otras palabras. La detective propone echar un vistazo a la mesa de trabajo de Wiggins. Él los lleva hasta ella. Está muy ordenada. Hay un ordenador del banco, algunas libretas, todas bien apiladas, varios papeles amarillos pegados en la pantalla, como recordatorio. Dan lee todos. Son asuntos del banco, clientes, cifras, citas... Los detectives agradecen a todos su colaboración. Cuando se dirigen a la puerta de entrada, pasan junto a la chica que los atendió

al principio. Ella abandona su silla y se dirige a los policías.

—Verán, no sé qué ha pasado con Cristina, a mí no me dijo nada de nada, pero hay una circunstancia que creo que deben conocer —dice la joven, nerviosa.

—Adelante, señorita —la anima Daniel.

—Verán, Cristina hablaba a veces con un mendigo que suele hacer su ruta dos calles al norte de aquí. Ese hombre es travesti, así se gana la vida.

—¿Cómo sabe usted esto? ¿Usted también conoce a ese hombre?

—No, pero yo tomo esa ruta para ir a mi casa, y he visto a Cristina hablar con él varias veces. Supongo que son amigos, o ella deseaba ayudarlo, no lo sé.

—Perfecto, gracias por la información.

Los detectives salen y se encaminan hacia las calles que les ha dicho la chica, andando.

—Sé quién es ese tipo, Kate.

—Ah, ¿sí?

—Se llama Sam Marsh. Lleva años trabajando esta zona. No se mete en líos, al menos no en demasiados. Alguna vez hemos tenido que venir porque alguno de sus clientes comenzaba a agredirlo.

—Por favor, qué horror.

Suena el móvil de Kate. Ella mira la pantalla. No es otro que Albert. Cuelga al instante. «Aún tiene la desvergüenza de llamar, qué tipo», piensa. Dan ha entendido que era él, pero no quiere hablar de ese tema ahora. Cuando el autor de la puerta incendiada escapó, volvieron a casa de Dan. Él le ha recomendado no volver por su casa en un tiempo. Le ofreció la suya, pero ella dijo que iría a casa de una buena amiga que se acababa de divorciar, y que necesitaba un hombre donde llorar sus penas de pareja.

—No creo que ese hombre esté por aquí tan pronto.

—Al revés, Kate. La mañana es su mejor hora de trabajo. No te imaginas cuántos hombres, muchos ejecutivos, solicitan sus servicios antes de ir a la oficina.

Kate hace un gesto de incredulidad con la cabeza y continúa andando. El detective divisa enseguida al travesti. Está apoyado en una farola, lleva peluca de color rubio oscuro con mechas verdes, un bolso y tiene el pie izquierdo apoyado en el poste. Lleva minifalda de color blanco. Es un hombre de raza negra, alto y musculoso, con enormes manos. En cuanto él se percató de que la pareja es, en realidad, la policía, y que vienen justo hacia él, se asusta, abandona la farola y finge irse por otro lado. Dan, en unas pocas zancadas, lo alcanza.

—Señor Marsh, oiga, espere un momento, por favor. Es importante.

Sam se vuelve, muy asustado. Vive en permanente miedo. Pero reconoce al detective. Es un policía que siempre lo ha tratado con respeto, a diferencia de otros compañeros.

—Es acerca de Cristina Wiggins, una mujer que trabaja en un banco cercano. Nos han dicho que ella y usted podrían ser amigos —explica Dan.

A Marsh, al oír el nombre de su benefactora, se le iluminan los ojos.

—Es mucho más que una amiga, señores. Ella es mi ángel de la guarda. Eso lo sé, lo sé. Sí, mi ángel...

Kate cree que padece algún tipo de enfermedad mental debido a los exagerados gestos y a la repetición de palabras y frases.

—¿Está todo bien con la señorita? —pregunta él con miedo en la mirada.

—No, señor Marsh, no está bien, me temo —contesta Katherine—. Desapareció hace dos días y nadie sabe nada de su paradero.

Él se lleva su enorme mano, con uñas postizas pintadas de rosa chicle, a la boca. Se le ve francamente alterado por la noticia.

—No pensarán que yo... ella es mi ángel. Si sigo vivo, vivo, vivo, es

gracias a ella, ¿saben? Nadie me habla con ese cariño, con respeto, como a una persona, que es lo que soy. Lo soy, ¿soy o no soy?

Dan no recordaba en él esa forma extraña de hablar. Parece que su cerebro se ha ido degradando con el tiempo.

—Por supuesto que lo es, señor Marsh, como todos nosotros. Ni más ni menos. Ahora, díganos, ¿cuándo fue la última vez que vio a la señorita Wiggins?

—Ella, eeella, un momento, esta vieja memoria va perdiendo alguna que otra neurona. Sí, la vi el lunes, sí, lunes, lunes. Sin duda. El lunes por la mañana. Ella se acercó, como siempre. Era muy pronto, acababa de amanecer. Me preguntó cómo me encontraba y si necesitaba algo. Le dije que no había comido en dos días. Ella movió la cabeza, como suele hacerlo, como el ángel que es, ¿saben? No le gustó esa noticia. Me dijo que la acompañara, que me invitaba a desayunar. Que ella no había desayunado en casa ese día y que también estaba hambrienta. No pude negarme. Intento que no me dé tantas propinas, pero es muy generosa, siempre lo es, lo es. Le dije que podía traerme un café caliente, nada más, con eso me bastaba, pero ella insistió, insistió, en que teníamos que ir juntos.

—¿De qué solían hablar ustedes? —pregunta Katherine.

—De todo un poco. A veces del tiempo, otras veces de la situación del país. Ella me dijo que económicamente estaba todo mejor que antes, pero que seguía habiendo muchos problemas. Claro que mis problemas son diferentes de los suyos. Mi problema es qué voy a comer cada día. El lunes fuimos a esa gran cafetería. Es muy grande, todo limpio. Había tantos bollos y tantos tipos de café. Amo el café, pero pocas veces lo tomo.

—¿Le pareció nerviosa por algún motivo? Me refiero al lunes, cuando lo invitó a desayunar.

—No, me pareció alegre, buena, como siempre, siempre, siempre. Ella

está así, alegre, dispuesta a ayudar, a tener una palabra amable. Me gusta mucho que se acerque a hablar conmigo.

—Su oficina está cerca de aquí, pero tampoco es que esté justo al lado. Ella, cuando lo ve a usted, ¿se baja del coche? —pregunta Dan.

—No, no, nunca la he visto bajar de ningún coche. Ella va andando, siempre anda. No sé si tiene coche, pero parece que va a la oficina a pie.

—Su casa está bastante lejos de la oficina. Me extraña que venga a pie. Tendremos que investigar eso —dice Kate, más para Dan que para Marsh.

—Quiero ayudarla si está en problemas. Díganme qué podría hacer por ella. Es mi ángel. Es muy triste. ¿Alguien le ha hecho daño? Si es así, lo cogeré con estas manos y apretaré su gárganta hasta que... Pero no soy violento, no vayan a pensar.

—¿Conoce usted al hombre con el que sale? —pregunta Dan.

Marsh mira para otra parte. A los policías les queda claro que no es de su agrado, pero esperan alguna respuesta.

—Lo he visto un par de veces, quizá tres, no sé. Ese engreído, me parece engreído, engreído, sí, señor. Un chulito. A mí me miró con mucho desprecio, con asco. Le doy asco. Es al revés que ella. Me extrañó verla con un sujeto como ese.

—Cuando aparecía él, ¿a qué hora era? ¿También iban andando?

—Siempre por la tarde, hacia las cinco o seis, supongo que cuando ella acababa su trabajo, pero no lo sé. No, andando no. Si estaba él, siempre se bajaba ella del coche que conducía ese hombre. Él me miraba con la ventanilla bajada, con desprecio. Supongo que no le gusta nada que su chica ande con mendigos travestis como yo. Puedo entenderlo. Tampoco le culpo, en realidad.

Los detectives se despiden de Sam Marsh y se acercan a la cafetería donde les ha dicho que lo invitó a desayunar aquella mañana. Es un local de moda,

moderno, con música muy baja, lo que agradecen Kate y Dan para poder hablar así con el personal. Dan se identifica y busca al encargado del bar. Es una mujer de unos cincuenta años, prima del dueño. Le explican la situación y solo quieren que les confirmen si conocen a Cristina y si ella estuvo allí esa mañana del lunes con Sam. La encargada la reconoce al instante en cuanto Kate le muestra una fotografía. Les dice que suele ir a desayunar a su local; si bien no a diario, sí tres o cuatro veces a la semana. Algunos días incluso va a almorzar hacia las doce y media, pero es más común verla por la mañana, a veces nada más abrir. Acerca de su estancia junto a Sam, ella no lo recuerda y, por eso, decide mirar el horario para ver quién estuvo esa mañana trabajando. En ese momento, solo está uno de los camareros que estuvo el lunes. Se llama Richard, es un joven de dieciocho años, tímido pero sonriente, y muy amable. Dice conocer bien a Cristina, la señorita Wiggins, la llama él. Conoce su apellido porque a veces paga con tarjeta y se le ha quedado grabado en la memoria. También recuerda el desayuno del lunes con esa extraña mujer. Dan le dice que es un travesti. Él enrojece, pues ni lo había pensado. Kate lucha por no sonreír ante un joven tan ingenuo, pero le gusta el muchacho.

—¿Podría decirnos si todo fue bien entre ellos? ¿Discutieron o notó algo extraño? —pregunta Dan.

—Al contrario. La señorita Wiggins es un dechado de amabilidad, siempre sonriente, agradable, muy educada. No, yo los vi muy bien. Ella parecía interesada en lo que le contaba la... el... bueno, esa persona.

—¿Cuánto tiempo estuvieron? —consulta Kate.

—Ella no suele estar más de veinte minutos, más o menos. Él se quedó más tiempo, ella tenía que irse. Me dijo, no delante de él, claro, que podía pedir lo que quisiera, que por la tarde pasaría ella a pagarlo. Y así lo hice. Ese hombre pidió otro desayuno completo. Se le notaba muy hambriento, la verdad —explica el joven.

Los detectives se despiden, agradeciendo a Richard su colaboración. Ya en la calle, comentan, preocupados, que parece que Cristina está en graves problemas.

—Desde anoche están activados todos los protocolos de búsqueda — menciona Dan—. Volvamos a comisaría, quizá tengan ya algún dato que ofrecernos.

—¿Quién se encarga de comunicárselo a su familia? Se va a montar un buen escándalo si son miembros de la oligarquía del petróleo. Los periodistas nos van a acribillar con sus preguntas, como si lo viera —dice Kate.

—Ese tema es para el jefe. Que lo haga él. Nosotros bastante tenemos con buscarla.

Capítulo 13

Kate y Dan, ya en la comisaría, comprueban que se han rastreado aeropuertos, estaciones de tren, de autobuses, han llamado a todos los hospitales de Luisiana y de otros estados, pero el resultado es siempre el mismo. No hay ni rastro de Cristina Wiggins. Su teléfono no ha sido encendido en ningún momento. Ninguna de sus tarjetas de crédito (han sabido que tenía nada menos que nueve) ha sido utilizada. No tienen absolutamente nada de lo que poder tirar. Acerca del teléfono móvil, la compañía les ha comunicado que la última vez que estuvo encendido fue en la zona donde vive, quizá dentro de su casa. No se sabe más. Kate se queda trabajando, repasando las listas de los hospitales y los pasajeros de los vuelos, por si hubiera alguna pista. Dan, por su parte, ha hablado con el compañero que lleva el caso de Albert Zacks. Le dice que el coche con el que huyó de la puerta de la comisaría no era el de Zacks. Este tiene una furgoneta, una Ford con la caja abierta. El coche era un Toyota Corolla viejo. Han comprobado la matrícula. El dueño del vehículo se llama Frank Bull. Es un tipo de veintiocho años sin profesión conocida. Ha tenido algunos altercados con la policía en años pasados, pero no ha estado en la cárcel; los jueces solo llegaron a multarlo. Participó en disturbios contra la policía y colaboró montando barricadas. El agente le da la dirección a Dan, que no va a dejar de ayudar a su compañera. «De manera que el tal Zacks se sirve de amigotes para amenazarla, para parecer que él no tiene nada que ver. ¡Valiente fantoche!». Con la excusa de que tiene un asunto familiar urgente, se despide de Kate. Ella queda extrañada, pues no le había contado nada por la mañana, pero sabe que Dan es, a veces, imprevisible y no le quiere dar más vueltas.

* * *

Frank vive en Desire, uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, con gran parte de la población desempleada y que subsiste gracias a la economía sumergida, que no pocas veces consiste en el trapicheo de diversas sustancias, sobre todo pastillas y marihuana. Dan lo conoce bien, ha tenido bastantes actuaciones allí, algunas de ellas con tiroteo incluido. Sabe que ir solo a ese barrio no es la mejor de las ideas, pero no quiere involucrar a nadie del cuerpo. Lo considera algo personal, y así lo va a llevar hasta el final. El domicilio de Frank es una destartalada y pequeña casa, sita entre dos viviendas abandonadas. Algunos vidrios de las ventanas están rotos y la casa presenta un aspecto sucio y desagradable. Un perro grande, una especie de mastín con morro de pastor alemán, está tumbado junto a la verja de madera de la entrada. No hay timbre. El perro mira a Dan. No gruñe, no ladra, ni siquiera se levanta; indiferente. Pero en cuanto pone su mano en el picaporte, este salta como un resorte y se aproxima a la verja, gruñendo y enseñando los enormes colmillos. Su mirada ahora es fiera. A Dan no le queda otro remedio que gritar el nombre a ver si así sale de la casa y aparta al perro para poder hablar.

—¡Frank Bull! ¿Está usted ahí? Salga, por favor, quiero hablar un minuto con usted —vocea Dan, haciendo que se abran algunas ventanas de las casas de enfrente.

No ocurre nada. El perro, al oír las voces del detective, ha comenzado a ladrar con fuerza.

—Maldita sea —se queja Dan.

Sin una orden del juez, no puede abrir esa verja. Lo están observando. Sería un error muy grave, y no es tan imbécil como para hacerlo. Decide volver a llamar a Frank. Esta vez se oye un ruido en la puerta, alguien

manipula varios cerrojos.

—Joder, ¿quién coño es a estas putas horas? —grita un hombre muy musculoso, con incipiente calvicie y aspecto de haberse despertado hace cinco minutos.

—¿Es usted Frank Bull?

—Soy Frank Bull, sí, ¿qué mosca te ha picado a ti? ¿Qué pasa?

—Me llamo Daniel Connors, soy detective de la Policía de Nueva Orleans y necesito entrar para hacerle algunas preguntas. ¿Podría apartar a su perro? Creo que todavía no somos íntimos él y yo, aunque, quizá, con el tiempo...

—Un madero gracioso, lo que me faltaba por ver. Puedes preguntar desde ahí, pero abrevia, que no tengo todo el día.

Dan comprende que va a ser difícil conseguir entrar. No le queda más remedio que mantener la charla desde la verja. Frank no hace intención de alejarse de la puerta, que dista unos ocho metros de donde se halla el detective.

—Voy a ser muy breve y directo, no se preocupe por eso. ¿Por qué atacó usted el coche de la detective Donovan?

—Atacar un coche, de una de la pasma, además. Estás como una cabra, tío, perdona que te lo diga. Te han informado mal, amigo. Yo no he atacado nada.

Dan le pregunta si es el propietario del coche que salió a toda velocidad de comisaría. Le dice de memoria la matrícula. Frank se queda pensativo; al final, reconoce que sí, que es su coche, pero que a veces se lo deja a algún colega y que él no es responsable de lo que hacen sus amigos. La burda mentira colma la paciencia de Dan. Saca la pistola de su funda sobaquera y apunta con ella a Frank, al que le cambia la cara.

—Calma al perro y sal aquí a hablar conmigo. Ya me has tocado demasiado los cojones, imbécil. No voy a repetirlo. ¡Ahora!

Frank se acerca al perro, con la palma de la mano hacia arriba, tratando de

tranquilizar al policía. El perro había estado ladrando mientras hablaban, y eso ha terminado por desquiciar al detective, unido a las burlas y a los gestos del dueño de la casa, acostumbrado a despreciar a los policías y a enfrentarse a ellos. Se lleva al animal y lo mete en su caseta, atándolo con una fina cadena. Vuelve a la verja, donde lo espera Dan.

—Bien, tío, aquí me tienes, como querías.

—No soy tu tío, no se te ocurra volver a pronunciar esa palabra para referirte a mí, tonto de los cojones.

Dan, de repente, empuja a Frank, que cae hacia atrás. No se lo esperaba. Se levanta como un resorte, dispuesto a pelear con el policía. No sería la primera vez. Dan sigue con la pistola en la mano, y eso hace que se lo piense dos veces.

—Vamos, ahora en serio, o te llevo detenido de inmediato. Dime qué hacías por la noche en la comisaría, junto al coche de la detective Donovan. Lo estabas rayando y pensabas hacer algo más. ¿Por qué lo hiciste?

—Vale, sí, era yo. Ya está. Ahora qué vas a hacer, tipo duro, ¿esposarme? Es ridículo, no me jodas.

—¿Qué relación tienes con Katherine Donovan?

—No la conozco, pero mi amigo Albert sí. Le está puteando, se está riendo de él, y decidí darle una pequeña lección. Las tías, a veces, necesitan entender quién manda.

—Vaya, vaya, conque necesitan entender eso. Y dime, *chuloputas* de cuarta, ¿quién manda? Ese Albertito, que no es capaz ni de ir él mismo a rayar un coche, como si fuera un adolescente, ¿tiene que enviar a uno de sus pseudomatonzuelos que no llegan ni a ayudante de gorila de discoteca de pueblo?

La frase hace mella en Frank. Las pullas de ese policía están sacándole de quicio como nunca. Está a punto de abalanzarse sobre él. Es rápido y cree

poder sorprenderlo. Dan, que se percata de ello, introduce de repente la pistola en la sobaquera. Es el momento, se dice Frank. Dan está esperándolo. Un puñetazo pasa junto a su nariz, pero no la roza. La cara del policía, que debería haber estado ahí para que el puño aplastara ese tabique nasal, se ha desplazado a gran velocidad. La punta de un zapato se incrusta en un lado de la rodilla de Frank. El dolor le hace caer. Le ha destrozado la rodilla con una patada lateral.

—¡Hijo de puta! Vas a pagar esto, cabrón de mierda —aúlla, asustado.

Dan lo levanta y, de un brutal puñetazo en la nariz, lo envía a tres metros, chocando contra una de las paredes de la casa. Queda ahí, sangrando, con la nariz rota, pues el hueso se ha quebrado con un estremecedor chasquido, sentado, con la camiseta empapada en sangre. El detective se acuclilla para decirle, en voz muy baja, mientras le aprieta la nuez con el dedo pulgar, la siguiente frase:

—Dile a la gallinita de tu colega, tu tronco o como lo llames en tu jerga de gilipollas integral, que los que mandaban han dejado de mandar para siempre. Ah, y no os columpiéis. Esto es un pequeño aviso. No se os ocurra hacer más tonterías. Lo del cóctel fue muy divertido, pero tendrá consecuencias. De momento vamos a dejarlo aquí entre tú y yo. Como ella no quiere interponer cargos contra vosotros, yo tampoco lo haré, pero voy a estar vigilante. No quiero volver a ver tu jeta en lo que me queda de vida. Trata de cambiarte de acera si me ves venir alguna vez, porque no voy a olvidar esto. Recuerda que me he defendido. Tú has atacado a un agente de Policía. Que tengas buen día, imbécil.

Se despide de él dándole cuatro suaves sopapos con la punta de los dedos sobre la mejilla izquierda. Frank solo puede gemir y taparse la nariz, que no para de sangrar. Nunca le habían dado una paliza como esa con solo dos golpes. El perro, al empezar la pelea, se ha puesto histérico y ha conseguido

soltarse de la cadena. Cuando Dan abre la verja para salir de la casa, el fuerte animal ya se abalanza sobre él, pero el detective lo ha visto por el rabillo del ojo. El perro da un gran salto, dirigiendo sus colmillos a la yugular de Dan. Este lo agarra con una mano del cuello, impidiendo la mordida, y, con la otra mano, le da dos fortísimos puñetazos en un costado, dejando al perro gañendo, en el suelo, sin aliento. Lo que ha hecho con el perro deja a Frank aterrizado.

Capítulo 14

Tras salir de casa de Frank, Dan se dirige a buscar a Albert a su domicilio. No cree que pueda hallarse en casa a esas horas, ya casi es mediodía, pero decide intentarlo antes de ir a su trabajo. John McManaman, gran amigo de Dan, un policía ya veterano, le ha hecho este pequeño favor de buscar todo lo referente a Albert Zacks. El último novio de Kate vive en el barrio de Metairie, en una calle con casas bajas adosadas, la mayoría de dos plantas, algunas de una sola. La casa tiene mucho mejor aspecto que la de Frank. Es antigua, pero muy cuidada. No parece haber perro esta vez. No hay verja. Directamente se encamina al porche, donde hay un timbre de color blanco. Dan lo pulsa. Suena como varios pájaros piando a la vez. No abre nadie. Vuelve a llamar. Una persona que pasa junto a la casa se dirige al detective, de buenas maneras.

—Disculpe, ¿busca a Albert? Ha salido hace más de dos horas —dice un anciano que necesita bastón para caminar.

—Entiendo, gracias. No sabrá usted, por casualidad, a qué hora suele regresar a casa.

—No lo sé, no conozco sus rutinas. Solo sé que hoy ha salido porque yo estaba sentado en ese banco de ahí y lo he visto. Ha salido, ha arrancado su coche y se ha ido como una exhalación. Siempre digo que ese muchacho conduce demasiado deprisa. Algún día vamos a tener un disgusto en el barrio, sí señor. ¿Es usted amigo de él?

—No, no lo soy. En realidad, solo quería charlar con él de un asunto importante. En fin, volveré en otro momento.

—Puedo dejarle algún recado cuando vuelva, si lo veo. Soy su vecino.

Conmigo se habla, al menos.

Dan entiende que ese anciano, deseoso de poder entablar una conversación con alguien, podría facilitarle algún dato extra interesante.

—Eso significa que el resto del vecindario no le habla, entiendo.

—No es lo que podríamos llamar el vecino ideal. No es muy popular. A mí siempre me saluda, por eso yo no tengo nada en contra de él.

—¿Por qué no es popular?

—Ha tenido algún que otro enfrentamiento con los vecinos. A veces vienen sus amigos, organiza barbacoas, fiestas, cosas así. Si alguien viene a decirle algo, que baje la música o que sean algo más silenciosos, se pone como una fiera. Tiene muy mal genio, eso es un hecho que vemos todos. Es un tipo muy fuerte, bastante musculoso. La gente creo que le tiene miedo.

—Comprendo. Le agradezco la información.

John descubrió que Albert, desde hace cuatro años, trabaja sin contrato en un gimnasio de las afueras. Es monitor de pesas y da clases de boxeo tailandés, del que llegó a ser subcampeón nacional en su juventud, hasta que una lesión en un tobillo lo alejó demasiados meses de la competición de alto nivel y decidió ganarse la vida enseñando a dar, encajar y esquivar mamporros de todo tipo. Es un gimnasio para tipos duros, donde acuden expresidarios, yonquis que necesitan aprender a defenderse, muertos de hambre que aspiran a trabajar algún día de matones para el jefe que sea... En fin, el peor tugurio de toda Luisiana, como le dijo John cuando le ha pasado la información. Para llegar allí, ha de cruzar toda la ciudad, pues está en el sur, cerca de Bell Chasse, junto al río Misisipi. El gimnasio se llama Broken Gloves. El nombre le provoca a Dan un bufido de desprecio, por la poca imaginación y la horterada unidas. Tras perderse dos veces, al fin llega a un descampado donde hay una pequeña nave que parece un granero. No hay ningún cartel indicativo de que eso pueda ser, ni por asomo, un gimnasio, pero

está convencido de que tiene que ser lo que busca. Cuando baja del coche, aprecia que sí está escrito el nombre, pero con tiza blanca, en vertical, en una de las paredes laterales. Un movimiento de cabeza le corrobora la pésima impresión que ya traía de antemano. A Dan no le gusta prejuizar, pero se dice que esos son hechos, no prejuicios. Un gran portón verde parece ser la entrada a ese olimpo del entrenamiento, pero está cerrado. No hay timbres, ni parece haber ninguna otra puerta. Entonces, decide aporrear el portón hasta que alguien le abra, como así sucede un minuto después. Un tipo mulato de casi dos metros, con numerosas cicatrices en rostro y tórax, sin camiseta, luciendo una espectacular musculatura, le gruñe:

—Eh, tú, te has equivocado, no queremos nada, largo de aquí. No serás un vendedor, ¿verdad?

—Vengo para hablar con Albert Zacks, es importante.

—Oh, el señorito cree que es importante. Mira tú, no tengo más tiempo para ti, ahora Albert está dando una clase, y eso sí es importante, tío, eso sí. ¿Lo captas?

—Parece que el que no captas eres tú, especie de fideo hinchado por esteroides. He dicho que es importante. La clase tendrá que pararla por unos minutos; después, quizá, podrá continuar.

El mulato ríe con ganas. Le ha hecho gracia la forma de hablar de Dan. Ese «quizá» del final le ha parecido magistral.

—Como bufón eres bueno, tío, en serio. No te ganarías mal la vida yendo por baretos de mala muerte exhibiendo tu «ves» cómica.

—Antes de intentar usar un latinajo, pelele, aprende cómo se dice. Tú no necesitas explicarme cómo te ganas la tuya. Lo siento por ti, es triste, pero me importa una mierda. Ahora déjame pasar, no necesito hablar contigo.

Intenta cerrar la puerta, pero Dan, con la experiencia de los años, ha puesto el pie en medio y se lo impide. Harto de tener que perder el tiempo con

los chulillos admiradores del maestro Albert, da un fuerte empujón al portón, abriéndolo de par en par al tiempo que derriba sin contemplaciones al mulato. El famoso gimnasio consiste en una gran nave central donde hay varios cuadriláteros, muchas peras colgadas de las desconchadas paredes, algunas barras y discos y espalderas. En una esquina hay una especie de cuartucho minúsculo que es posible haga las veces de oficina, o eso piensa Dan. Hiede como si hubiera habido una manada de cien hienas africanas encerradas durante un mes. Apenas puede soportarlo, pese a que se esperaba un aroma similar. «En unos minutos me acostumbraré, espero». El fuerte golpe y la aparatosa caída de Joe hacen que todos dejen lo que estaban haciendo para pasar a observar con detenimiento al intruso. Dan no permite que ese momento dure demasiado y pregunta por el novio de Kate.

—He venido para hablar con Albert Zacks. ¿Está aquí?

A pesar de que Dan ha mirado algunas fotos en la comisaría para conocer su cara, no ha conseguido detectarlo en esos breves instantes tras abrir el portón. Va mirando uno a uno a todos los hombres que estaban entrenándose. Al final lo ve. Está cerca de uno de los cuadriláteros, al parecer dirigiendo a dos jovencísimos púgiles con guantes y sin protecciones en la cabeza.

—Soy yo, capullo. ¿Quién te crees que eres para entrar así en este lugar? Mira, te daré un buen consejo, pero ni lo voy a repetir ni te daré ninguno más: gira sobre tus talones, súbete al coche y vuela de aquí lo más rápido que puedas.

Dan, el que no se asusta con bravuconadas, sabe que está en serio peligro a no ser que se identifique como detective, pero prefiere, de momento, no hacerlo. Considera el asunto no oficial, algo personal. Lo está haciendo por Kate. Sabe que por las vías oficiales es demasiado lento y habría muchos riesgos para ella. Ha decidido resolver esto por la vía rápida. Algunos de los luchadores ya lo miran con ojos asesinos, inyectados en sangre. Percibe el

odio que tienen dentro y la falta de escrúpulos. Ha de ir con pies de plomo si quiere salir de ahí por su propio pie. Albert no se ha movido de su sitio, agarrado a una de las cuerdas del cuadrilátero. Joe, el tipo que le ha abierto el portón, se ha levantado y se le está acercando por detrás.

—Ten cuidado, hijo, no hagas lo que estás pensando, podrías hacerte daño —advierte Dan sin volverse.

—Maldito cabrón, chulo de tres al cuarto. Te voy a enseñar a respetar a la gente, perro sarnoso.

Joe está a punto de golpear a Dan, pero un gesto de Albert se lo impide. Allí todos obedecen a su maestro y están pendientes de cada uno de sus gestos. Es como un ídolo para ellos.

—Bien, aquí estoy. Ya veo que no te gusta seguir los buenos consejos. Di rápido lo que sea y después desapareces, como si no hubieras venido —dice Albert.

—No necesito espectadores. He venido a hablar en persona contigo. Todos estos me la pelan, y su curiosidad me revienta —replica, seco, Dan. Les dobla la edad a la mayoría. Sus cuarenta años destacan mucho entre tanto veinteañero. Algunos no pasan de los dieciocho años.

—No vas a decidir, además, dónde debo hablar. Dispara ya o esfúmate, joder.

—El cóctel en la puerta de Kate ha sido demasiado, ¿no te parece? Supongo que es tu particular forma de ir dejando avisos. Pues bien, yo he venido a darte otro; déjalo correr, olvídale o te saldrá muy caro.

—Ah, vaya, mira, tú eres entonces el hijoputa que se está tirando ahora a Katherine. Es por un tío como tú por quien va a dejarme... Me esperaba algo mejor. Al menos algún millonario, un modelo de veinticinco años, un delantero de fútbol con brazos como muslos, algún banquero. Pero esto...

—Te equivocas. De todas formas, quién sea yo ni te va ni te viene. Voy a

demostrar que fuiste tú el que atacó su casa, incendiando su puerta. Podrías haberla matado. El fuego se propaga en pocos segundos. Eres culpable de intento de asesinato, espero que seas consciente.

—Eh, «Alb», ese tío es de la bofia, estoy seguro. Lo he visto a veces patrullando con su coche —interviene un joven alto, muy fibroso, con guantes de boxeo puestos.

—Un madero en nuestro humilde agujero. ¡Cuánto honor! —exclama Albert.

—También fuiste tú el que fue a comisaría y empezó a rayar su coche. Tuviste la precaución de ir con el coche de tu coleguilla Frank, pero sé que fuiste tú. Me lo acaba de confesar hace poco.

—Está claro, eres el compañero de Katherine. Me parece que te estás equivocando en todo, polizonte. No sé de qué cóctel me hablas ni de qué rayaduras de no sé qué coche. Tengo trabajo, así que, como no te largues de aquí cagando leches, tendremos que acompañarte, amablemente, hasta la salida.

Dan está perdiendo la paciencia. La chulería del sujeto le desquicia, pero hay demasiados tipos fuertes como para reaccionar de forma impulsiva.

—Vas a acompañarme a comisaría para declarar dónde estuviste y qué hiciste por la noche, cuando se produjeron los ataques contra la vivienda de la detective Donovan.

Albert, por primera vez, pierde el gesto chulesco y la sonrisa de superioridad. Pero echa una mirada a todos sus pupilos y se viene otra vez arriba.

—¿Me vas a poner las esposas tú solito? ¿Qué hago? ¿Me arrodillo y me vendo los ojos poniendo las manos atrás?

Las carcajadas de todos los luchadores empiezan al unísono, impidiendo la respuesta de Dan, al que las risas enardecen aún más. Le están dando

motivos suficientes para actuar de manera contundente.

—Preferiría que vinieras por propia voluntad. Si, como dices, no has hecho nada, no será ningún problema venir y declarar allí dónde estuviste y qué hiciste. Ya ves que no parece muy complicado, al menos para un cerebro mínimamente normal.

Las tres frases del detective cortan de raíz los últimos estertores de las risas y borran de las caras las sonrisas. El portón de entrada se cierra de repente con un fuerte golpe. Alguien echa los cerrojos, que, de lo oxidados y viejos que están, chirrían.

—Bueno, Albert, ¿salimos? —pregunta Dan.

—Me parece que ya es tarde para salir. Ahora te quedas —contesta Albert con fuego en la mirada.

Dan entiende que ha debido haber algún gesto que se ha perdido. Hace amago de sacar su pistola, pero el cañón de un revólver se clava en sus riñones, impidiéndole hacerlo.

—Ni se te ocurra intentarlo, abuelete —dice un enorme hombre de dos metros, vestido con camiseta de tirantes, sudoroso.

Dan se vuelve para ver quién lo amenaza. Hasta ese momento no ha detectado a ningún delincuente peligroso, él los tiene a todos fichados en su mente. Pero esa mole... ha tenido que aparecer de repente de algún rincón; no estaba al principio. Se trata de Marc Morris, un peligroso criminal al que Dan creía aún pagando condena. Es autor de varios robos con fuerza, algunos a bancos, y de dar palizas por encargo a muchos ciudadanos de Luisiana que no comulgaban con las formas de la mafia local. Dan piensa que es posible que haya escapado de prisión, pero le extraña que se muestre así ante un policía.

—¿Qué hace un pájaro de tu calaña fuera de su jaula? —pregunta Dan, mirándolo a los ojos.

—No se te ocurra tocar el arma, perro, o lo pagarás caro. Levanta las

manos y enlázalas en la nuca. ¡Ahora!

—¿Qué vas a hacer, Marc? Creo que ni a esta distancia me acertarías.

A Marc le sorprende que lo haya reconocido y que hasta conozca su nombre. Ese segundo lo aprovecha Dan para coger la muñeca que empuña el revólver. Se produce un forcejeo y el arma se dispara tres veces. Las tres balas han terminado en el techo de la nave, sin herir a nadie. Dan, con un rodillazo preciso a los genitales del gigante, consigue dejarlo fuera de combate. Se retuerce de dolor en el suelo, pero sigue empuñando el revólver. Albert, tras ver el rodillazo, intenta estrangularlo por detrás con una llave Nelson, pero Dan ha bajado bien la barbilla y, solo gracias a su enorme fuerza en los dedos, consigue, apretando la muñeca de Albert, que este suelte la presa. Se ha formado un círculo entre ambos. La pelea es inminente. Esos segundos han permitido que otro hombre coja el revólver de las manos de Marc y apunte al detective con él.

—Sal de aquí, tío. Me da igual quién seas. Déjanos en paz. Es el último aviso. Has tenido suerte hasta ahora, no la tienes más.

—Dispara, niñata —ruge Dan, que a estas alturas ya está fuera de sí de rabia, pues lucha por su vida.

La reacción del policía sorprende al macarra, que no sabe lo que tiene que hacer. Creía haberlo intimidado, pero ha ocurrido justo lo contrario. Dan saca su arma con tranquilidad.

—Tírala, ahora, o te vacío el cargador entre los ojos —advierde Dan.

El joven, que no llega a los veinte años, deja caer el revólver. Dan está vigilando de reojo a Albert, que es quien más le preocupa.

—Albert, sal de la nave y sube al coche que está fuera. No voy a repetirlo.

—Tendrás que matarme, hijo de puta. No pienso hacerlo —dice Albert, desafiándolo con la mirada y con todo el cuerpo.

Dan acaricia el gatillo. Los pupilos de Albert creen que el policía podría,

en efecto, disparar a su maestro y tres de ellos se abalanzan contra Dan a un tiempo, haciendo que suelte la pistola reglamentaria. No pueden sujetarlo. La fuerza bruta de Dan es demasiado incluso para ellos, acostumbrados a la lucha cuerpo a cuerpo. Se deshace, no sin dificultades, con empujones y algún que otro tortazo con la mano abierta, del trío. Busca su pistola, pero la empuña Albert.

—Ponte de rodillas, cabrón. No vas a salir de aquí vivo.

A Dan se le ilumina el rostro. Hace muchos meses que soñaba con tener a ese cerdo delante y poder darle su merecido. Ahora, sabiendo que es experto en artes marciales y que, además, lo está apuntando con su propia pistola, se lo ha puesto muy fácil. No se lo piensa. Con una velocidad que sorprende a todos los presentes, un descomunal puñetazo en la nariz derriba a Albert. No ha visto venir el puño. Tiene la nariz fracturada, pero aun así, intenta levantarse para luchar. Es inútil, está fuera de juego. Ni siquiera ve debido a la fractura múltiple del tabique nasal. Dan le arrebató con rapidez la pistola y dispara dos tiros al aire. El techo de la vieja nave está empezando a parecer un queso gruyer más que un tejado.

—Todo el mundo fuera —grita Dan con un vozarrón y un gesto de ira tales que todos le obedecen.

En ese instante se oye el ruido de sirenas de la policía que se van acercando. «Mierda, ahora que lo tenía solo para poder hablar...». Kate y tres policías más entran en la nave con las pistolas desenfundadas.

—Policía, ¡todo el mundo al suelo! —grita Hermann, un agente veterano, amigo de Dan, que ha intuido lo que este se disponía a hacer en cuanto John le informó de que había salido.

Cuando Kate observa la escena, se lleva las manos a la boca, horrorizada.

—Dan, ¿está muerto?

—Claro que no, solo se ha llevado un guantazo. Me he contenido, pero

debería haberle vaciado todo el cargador. Menuda joya.

Dan explica a los policías todo lo ocurrido. Un coche patrulla que ha llegado después de Kate se lleva detenido a Marc, que estaba, en realidad, en libertad condicional, y se quedan en la nave a la espera de la ambulancia para atender a Albert. Dan quiere quedarse para interrogarlo. Kate pide a Dan hablar con él a solas sobre el tema.

Salen a la calle y se suben al coche de Connors para poder hablar con calma y sin testigos.

—Pero ¿se puede saber qué demonios te ocurre, Dan? Venir aquí solo, para provocar a Albert y conseguir así darle el golpe que ansiabas poder darle. No te creía tan alocado. Me has mentido con eso de que tu prima se había puesto enferma... Qué triste. No hace falta mentirme, si al final siempre haces lo que te sale de... ya sabes de dónde, no me obligues a ser soez.

—Solo he venido a interrogarlo, nada más. Pero ya has visto el ambiente que había. No tengo que justificarme de nada. Han empezado a burlarse de mí, hasta me han sacado un arma con la que es posible que me hubieran disparado. Mira el historial del tal Marc Morris. Solo quiero que se haga justicia con tu caso. Sé que tú jamás vas a denunciarlo. Puedo entenderlo, aunque no lo comparto. Pero yo no tengo ni recuerdos ni ningún lazo afectivo con ese cabrón, un macarra de tres al cuarto. Ahora voy a entrar ahí y voy a interrogarlo hasta que cante que fue él quien incendió tu puerta, quien atacó tu coche, y sabe Dios qué más cosas habrá planeado para ti.

—¿Por qué no me has avisado, al menos? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Te habrías negado en redondo, te conozco. Mira, no tenemos mucho tiempo, hay que encontrar a esa chica, pero este asunto también es muy preocupante. En cualquier momento puede descubrir el domicilio de esa amiga tuya donde vives ahora. Nueva Orleans es una ciudad pequeña, Kate, esto no

es Nueva York ni Los Ángeles. No estás a salvo.

—Me vuelvo a la comisaría, Dan. No quiero hablar más contigo. Hasta luego —dice bajándose del coche y cerrando de un portazo que hace que Dan golpee el volante con furia.

—¡Maldita sea, joder!

Capítulo 15

Los tres policías están junto a Albert. La ambulancia ha llegado y están atendiendo su nariz, rota por tres puntos distintos. Tendrán que operarlo, le comentan a Dan.

—¿Nos lo llevamos detenido cuando terminen de curarlo, Dan? — preguntó Jack, uno de los policías.

—He venido a interrogarlo y es lo que voy a hacer. Ahora será más fácil, espero. En realidad, deberíamos detener a todos ellos por lo que ha ocurrido, pero ya sabéis, ¿cuánto tardarían en salir libres?

—Unas pocas horas, sí.

—Por eso. Estad conmigo durante el interrogatorio, para que no pueda alegar luego estupideces.

—De acuerdo, Dan.

Cuando Albert recupera la conciencia y le han limpiado y curado por encima la nariz, lo acompañan hasta el coche patrulla de Hermann. Dan está en la parte de atrás. Hermann y Jack se sientan en la parte delantera para ser testigos de las preguntas. El otro policía se queda fuera del coche, para que ninguno de los luchadores intente nada.

—¿Quién te ha enseñado a preparar el cóctel molotov? —pregunta Dan a un abatido Albert, que ha perdido la confianza que tenía dentro de la sala.

—No sé hacerlo, ni idea de lo que hablas.

—¿Qué pretendías lanzándolo contra la puerta de la detective Donovan? ¿Asustarla, matarla, asfixiarla, carbonizarla viva?

—Esto es ridículo. No soy responsable de eso. No tengo ni idea. Estuve en casa por la noche, no me moví.

—Antes o después vamos a encontrar las pruebas que te incriminen, tanto si lo has hecho tú personalmente como si has enviado a cualquiera de esos patéticos esbirros que tienes, que parecen más bien maniqués. No los veo capaces ni de traerte un helado, así que me temo que el único responsable de todos estos ataques eres tú. Te conviene cantar rápido. Cuanto más tiempo pase, será peor para ti.

Albert decide callar. Permanece en silencio ante esa y las sucesivas preguntas del detective. Dan entiende que, de momento, sin una sola prueba, aunque esté convencido de su autoría, poco más puede hacer. Podría detenerlo por lo que ha acontecido en el interior del gimnasio, pero le interesa más dejarlo suelto para vigilar sus próximos movimientos.

—Sal del coche ahora —pide de pronto Dan en voz neutra y baja.

A Albert le extraña que le deje en libertad tras lo ocurrido, pero decide hacer lo que le dice por si cambia de opinión. Mientras abre la puerta del coche patrulla, murmura:

—Esto no va a quedar así, *politroncho*.

Dan alcanza a oír cada palabra. Con un gesto de la mano, les pide a sus compañeros que le esperen en el coche. Se baja por la misma puerta por la que ha salido Albert, lo agarra del cuello y le dice al oído:

—Efectivamente, cerdo de mierda, esto no va a quedar, ni muchísimo menos, así. No lo dudes. Has acertado con la frase. No lo olvides. Ni siquiera he empezado.

—No sabes dónde te has metido, cabrón. Pronto lo irás viendo. Disfruta del día, te queda poco.

—No me gustan las palabras, pelele. Siempre he preferido los hechos. Vamos a esperar qué le sucede a cada cual. Cuídate la nariz.

Albert se mete en la nave dedicándole a Dan los peores insultos que conoce más algunos nuevos que le surgen de la rabia contenida que lleva. La

ambulancia, el coche patrulla y Dan, solo en su coche, se alejan del lugar entre una nube de polvo amarillento.

Capítulo 16

Kate está en comisaría, repasando los datos que le han proporcionado sus compañeros. No hay rastro de Cristina por ninguna parte. Ni billetes de avión a su nombre, ni de tren, ni figura que haya ingresado en ningún hospital estatal... En definitiva, siguen sin tener una sola pista de la que tirar. Acaba de recibir el permiso del juez para entrar, ahora oficialmente, en la casa de la desaparecida para registrarla más a fondo. Kate quería ir con Dan y el equipo habitual de registros de domicilios, pero después de la tensa conversación en el coche, no está segura de que quiera ir con él. Mientras piensa en esto, entra John McManaman al pequeño despacho de Kate. Le pregunta si puede hablar con ella unos instantes. Ella le responde que por supuesto, pues, por la cara, parece algo importante.

—Con tu permiso, Kate, voy a sentarme. Esta espalda... se hace vieja. Verás, quería hablarte de Dan, quizá lo hayas imaginado. Sabes que no me meto nunca donde no me llaman, pero creo que es justo que te diga algo.

—John, preferiría que dejáramos esto, en serio.

—No, Kate, escúchame. No vengo a convencerte de nada, tienes tu propio cerebro para creer lo que quieras, pero lo que ha hecho Dan por ti no lo hace cualquier policía, y llevo muchísimos años en el cuerpo. Solo quiere protegerte. Que no te gusten sus formas, a veces, puedo entenderlo, pero qué puede hacer un hombre solo. Él ha ido allí para intentar que ese tipo deje de molestarte para siempre. Sé lo que ha pasado, acaban de contármelo. Si quieres mi opinión, te la daré. Yo no tengo los huevos de Dan para hacer eso, y creo que ni uno solo de los policías de toda Luisiana los tendría. Ha ido a un antro de maleantes, pues eso no es ningún gimnasio, Kate, eso es otra cosa, él

solo, de donde podría haber salido cadáver o muy mal herido. Y lo ha hecho por ti. Todo esto lo sabes. Lo que no me ha gustado es lo que ha pasado en el coche entre vosotros. Los chicos dicen que te has enfadado y has salido de su coche dando un portazo. No es justo, Kate, no lo es, y quería decírtelo. Sabes cómo te respeto, y siempre he valorado tu trabajo, eres una gran policía, pero en este caso, no estás siendo justa.

Kate, ante las palabras del veterano John, solo acierta a bajar la cabeza. Sabe que tiene razón, ella misma se arrepintió en el momento mismo de cerrar de esa manera la portezuela del coche.

—Los cursos que das a mujeres maltratadas, amenazadas, agredidas, son fantásticos, pero dime, ¿de qué hablas siempre? De la cobardía, de que por culpa de ella se producen tantas desgracias. Pero tú misma te has dejado llevar por ella en tu vida personal, Kate. Tengo que decírtelo. Has dejado pasar demasiado tiempo, y lo sabes, y ahora esa olla está a punto de reventar. Por suerte, Dan ha ido por ti a sufrir su explosión, pero si no llega a ir, habrías sido tú la que podría haberla padecido. Además de su trabajo, que no es fácil, está empleando su tiempo en ayudarte. Solo quiero decirte que apoyo a Dan en este caso. Quería que lo supieras. Si por esto no vas a volverme a hablar como antes, lo entenderé, pero sabes que no soporto las injusticias. Dan es un policía como la copa de un pino, y da su vida por un compañero, no lo olvides nunca. Nada más, Kate, solo quería decirte eso. Si necesitas ayuda con tu caso, yo también puedo ayudarte, de otra manera, claro, pero lo haré gustoso. No vamos a permitir que ese tipo te arruine la vida. Anímate, ya ves que todos estamos contigo. Pero no podemos hacerle sentir a Dan como el violento loco que se toma la justicia por su mano. No es así, en absoluto. Sé que él fue allí solo para hablar, pero en ese ambiente, bastante bien ha ido todo para lo que podría haber ocurrido.

—¿Qué puedo decir, John? Tienes razón, en todo. Últimamente no estoy

tratándolo demasiado bien, lo sé. Es demasiado protector. Me gusta cómo es, pero a veces...

—Dan es así solo con la gente que merece la pena para él, como tú. Y con alguno de nosotros también lo es. A mí me ha salvado la vida ya dos veces, quizá no lo supieras.

—Sabía lo del tiroteo en el río, hace unos años —dice Kate.

—Sí, esa vez creía que no vería amanecer más, pero ahí estaba Dan. Sin yo saberlo, me siguió y me cubrió en una operación en la que me pidió estar, pero no se lo autorizamos. Como siempre, pensamos que podríamos hacerlo solos. Al final, los hechos están casi siempre con Dan. Será cabezota, pero no falla cuando da consejos. Tiene una intuición especial.

—¿Cuál fue la otra?

—La otra fue hace ya muchos años, tú no estabas todavía trabajando. Dirigí una importante operación contra el narcotráfico de heroína en Luisiana. Arrestamos a algunos de la cúpula, pero alguien de dentro me traicionó informando sobre mi domicilio a miembros de la banda. Dan, no me preguntes cómo, consiguió enterarse. Una noche llegó un coche con cinco tipos. Llevaban ametralladoras y hasta granadas. Acribillaron la casa. Me refugié en la bañera. A mi familia la había enviado a otra ciudad hasta que se calmaran las cosas. Dan estaba en los alrededores, vigilando. Mató a dos de ellos, hirió a otros dos y tuvo una bestial pelea con el quinto en mi salón; ese tipo, que era una especie de oso gigantesco, pasó tres meses en el hospital, y eso que Dan luchó contra él con dos balas en el cuerpo. Recibió dos disparos, uno en el hombro, que solo afectó al músculo deltoideo, y otro en la espalda, que le dio muchos problemas. ¿Entiendes qué hago aquí y por qué te he dicho esto? Espero que comprendas quién es Dan para mí, Kate. Como amigo, no lo hay más fiel ni mejor. Ahora, como enemigo, buff, no sé si habrá uno peor. Su experiencia en las fuerzas especiales lo marcó para siempre. Por eso, y esto es

lo último que quería decirte, pues conozco bien a Dan, quizá deberías, a través de alguien, no tú directamente, avisar a ese Albert de que abandone Nueva Orleans por una temporada. Sé que, con lo que ha pasado, intentará vengarse de él, y también de ti, supongo. Y eso es lo peor que se puede hacer con una persona como Daniel Connors. Temo que esto termine mal, pero para él.

—Sí, John, lo haré. También lo he pensado. Intentaré hacerlo. Ni siquiera le he preguntado, me refiero a Dan, al entrar en esa nave, cómo estaba. Solo le he preguntado si Albert estaba muerto. Me he portado como una verdadera estúpida.

—No es fácil saber qué decir en una situación así. Además, podría haber estado muerto, como pensabas. Si se ha contenido y solo le ha propinado ese puñetazo, creo que ha sido por ti. Hasta luego, Kate, ambos tenemos mucho que hacer.

—Gracias por tus palabras, John.

—Espero que no te hayan sentado mal.

—Al contrario. Me las merecía; alguien tenía que decírmelas.

* * *

El jefe del Departamento de Policía de Nueva Orleans llama a Kate a su despacho. Su nombre es Ronald King. Es un hombre flemático, muy preocupado siempre por el qué dirán. Está muy inquieto por el asunto de Cristina.

—Katherine, he tenido que ser yo quien llamase a la familia texana de la señorita Wiggins. Se han puesto como locos, especialmente el padre. Dice que va a venir aquí hoy mismo y que, si no aparece hoy, tiene sus métodos y sus propios detectives y que los va a usar. Por supuesto, no puedo impedirle que use detectives, pero quiero advertiros, a ti y a Daniel, de que es posible que os

encontréis con curiosos o con auténticos matones que vayan haciendo preguntas por ahí. A ese hombre lo que le sobra es el dinero, así que no creo que escatime en gastos. Me ha preguntado la dirección del novio de Cristina.

—¡Qué descarado! —replica Kate.

—Por descontado, no se la he dado, intentando ser amable, pero no se ha conformado. Me temo que podría ocasionarnos no pocos problemas. Además, parece ser que él le advirtió de que no se le ocurriera venir a vivir aquí bajo ninguna circunstancia. Este hecho le otorga, según él, cierta superioridad moral. Como si nuestra querida ciudad fuera un nido de corrupción y secuestros constantes.

Kate no dice nada, pero resopla.

—Lo sé, Kate, tampoco es un jardín de infancia, tenemos nuestros problemas, pero podemos controlarlo. Necesitamos que encontréis alguna pista. Aquí tenéis la orden del juez para registrar el domicilio de la señorita Wiggins. Id ahora mismo, antes de que aparezcan los esbirros de ese hombre, destrocen la cerradura y arruinen cualquier indicio que pudiera haber. Por cierto, ¿dónde está Dan?

Nadie ha querido contar al jefe lo que ha tenido lugar en el gimnasio. Al final tendrá que saberlo, pero están esperando a que vuelva Dan para ver si lo hace él mismo.

—Ha salido por no sé qué asunto familiar —dice Kate, sabiendo que, aunque es mentira, es justo lo que le ha dicho Dan a ella para poder así escabullirse.

—Pues llámalo y que se reúna contigo en esa casa. No tardará la prensa en conocer la noticia. Y ahora, con estas malditas redes sociales, donde se magnifica, manipula y expone todo, no podremos ocultarlo por más tiempo.

—Lo importante es que siga viva y que podamos hallarla —dice Kate.

—Desde luego —susurra un preocupado Ronald, pasándose la mano por

su brillante calva.

Capítulo 17

Dan, tras el intenso encuentro con Albert y sus esbirros, decide ir a casa a darse una buena ducha y tratar de relajarse un poco. Se siente mal por la reacción de Kate cuando ha entrado y lo único que hizo fue interesarse por el estado de salud de Albert. Los celos, a pesar de que parece que ha dejado al fin a ese hombre, lo torturan. Además, ni siquiera valora el que se juegue la vida por ayudarla, como lo está haciendo. Bastante desencantado, harto y con la mano muy dolorida por los puñetazos dados, conduce el coche a poca velocidad, con la ventanilla bajada. Sabe que a partir de ahora se ha creado un numeroso grupo de enemigos que, ante la humillación que les ha infligido, se querrán tomar venganza. Analiza bien cada matrícula, ya en casa, para ver si son los coches conocidos de sus vecinos. Todo parece en orden. Busca, en un cajón de su mesilla, un poco de cocaína, pero no la encuentra. De vez en cuando, Dan, al sentirse agobiado por los problemas, busca refugio en una o dos rayas de esta droga. No le es difícil conseguirla, pues de las requisas del Departamento, a ciertos detectives se les dan unos pocos gramos como pago a ciertos confidentes que lo valoran mucho más que el dinero en efectivo o los beneficios penitenciarios. No le queda nada. «Mejor así, esto solo va a agravar mis problemas». Tras salir de la ducha, ve que hay dos llamadas de Kate. Aún con la toalla enrollada en la cintura, la llama.

—Dan, ¿estás bien? —dice Kate con un tono muy diferente al de la conversación en el coche; parece sinceramente preocupada por él—. ¿Dónde estás?

—He venido a ducharme a casa y a ponerme un poco de hielo en los nudillos. Los huesos de esos tipos parecen de acero —dice, intentando quitar

hierro al asunto.

—Ronald me ha dado una orden del juez para que entremos en el apartamento de Cristina Wiggins. En cuanto puedas, vete para allá. Yo estoy saliendo. Quiere que lo registremos más a fondo. Vienen también Phil y Nancy, para coger huellas.

—Estaré ahí cuanto antes.

—Dan, quería decirte...

Se produce un silencio en la llamada que es incómodo para Kate, pero como un rayo de sol para Dan, que sabe que Kate quiere decirle, al fin, algo más positivo.

—Muchas gracias, Dan. Luego hablamos.

A Dan le vale con esa escueta frase. Más animado, introduce unos cuantos hielos en una bolsa de plástico y se la ata alrededor de los nudillos de la mano derecha, que le duele bastante, pues el puñetazo a Albert ha sido brutal, uno de los más fuertes que ha dado en toda su vida. Pensaba que se había roto la mano. Dan ha conocido épocas malas, como cuando estuvo cinco años en las fuerzas especiales, pero la de ahora la califica como la más difícil. Enamorado de Kate hasta las trancas, cree que no tiene una sola oportunidad con ella. Hace tiempo que se ve tentado de decirle a Ronald que lo separe de ella, pero el hecho de no verla cada día, aunque ella lo considere solo un compañero más, le es insoportable. Pero se dice que esto tiene que acabar. Apenas puede ya trabajar tranquilo a su lado. De todas formas, en esa última frase le ha parecido percibir un matiz, en su tono, que no había escuchado antes cuando se dirigía a él. Una especie de cariño diferente, no de amiga, sino de una mujer cuando podría empezar a admirar a un hombre. O eso cree. En cualquier caso, no tiene tiempo que perder. Ella lo espera en ese domicilio. Cuando está a punto de salir de su casa, la llamada de su amigo Gerard hace que se quede con la mano en el pomo de la puerta, sin abrirla. Gerard quiere

invitarlo a una fiesta esa noche. Lo han ascendido en el trabajo, y quiere tener a sus mejores amigos juntos para celebrar la ocasión. A Dan le parece extraño; Gerard no es un tipo que se anime a celebrar cualquier cosa. Tiene que haber algo más, pero no dispone de tiempo para una larga conversación. Es el mismo Gerard el que le da la clave.

—Me trasladan a Nueva York, Dan. Me voy dentro de diez días. Es una gran noticia, estoy contento, pero, por otro lado, voy a estar muy lejos de todos vosotros. En fin, esta noche hablamos.

—Me alegro mucho por ti, Gerard. No desaproveches la ocasión. Nueva York... No sé si podré llegar a la hora, Gerard, hay un asunto grave, pero prometo ir, aunque sea el último.

—Lo comprendo, Dan. Si no pudieras, quedaríamos tú y yo otro día.

—No, no, quiero estar ahí, con los demás. Ahora tengo que salir.

* * *

Dan llega solo un minuto después que Kate y los dos policías expertos en registros y huellas. Kate anda revisando cajones, leyendo papeles por si hubiera alguna nota explicativa, bien de suicidio o bien algún mensaje que ella quisiera que alguien viera, pero no hay nada. Está todo extremadamente ordenado. A pesar de que Wiggins podría ser una persona amante del orden y la limpieza, tanto a Kate como a Dan les parece que está todo muy muy pulcro, incluso el suelo, pero eso no constituye ninguna pista ni les conduce a parte alguna. Debajo de la cama de lo que parece el dormitorio principal, Kate encuentra una caja de zapatos de una marca cara. Tanto ella como Dan llevan guantes de látex para no dejar huellas en los objetos que toquen. La detective la saca y observan, con extrañeza, que está inmaculada; ni una sola gota de polvo. La abre y comprueban que hay dos zapatos de tacón bajo negro que

parecen no haber sido estrenados. Son del número 38. Bajo ellos hay un papel protector. Dan lo saca. Debajo de ese papel hay un teléfono móvil.

—¡Bingo, Kate! Aquí está el teléfono. Estoy seguro de que es el de Cristina. Han destrozado la pantalla. Voy a intentar encenderlo.

Dan manipula todos los botones, pero el teléfono no se enciende. Es como si lo hubieran destrozado por dentro también, aunque solo parece dañada la pantalla.

—Da la impresión de que lo hubieran golpeado con un objeto fino, un punzón, o la punta de un cuchillo —observa Kate.

—Es interesante, pero, Kate, ¿no te parece absurdo? Pudiendo haberse llevado el teléfono, lo deja aquí, en una caja de zapatos, para que lo encontremos enseguida.

—Bueno, quizá pretenda justo eso. Que sepamos que no se la puede localizar. Ahora ya está claro.

—No tanto. Cristina podría tener más teléfonos. Mucha gente utiliza dos, tres y hasta cuatro móviles, no es raro verlo hoy día.

—Es cierto, pero según Travis, ella solo tenía ese número. O no nos quiere decir si conoce algún otro —contesta Kate.

—En cualquier caso, este hallazgo no nos ayuda demasiado. Seguimos igual que antes. Esperemos las pruebas de los compañeros, a ver qué sacamos en claro.

Dan está evitando mirar a los ojos a Kate. Le ha gustado que le llamase para darle las gracias, pero está muy preocupado por ella. Sabe que ahora, después de lo ocurrido en esa nave, su integridad está incluso más en riesgo que antes. Sin que ella lo sepa, ha pedido una patrulla para que vigilen por la noche el domicilio de la amiga donde se ha instalado. Kate, por su parte, se siente aliviada por el problema de Albert porque sabe que Dan siempre estará ahí, velando por su seguridad.

—¿Crees que Travis podría haber hecho esto del teléfono?

—Si ha sido él quien lo ha puesto aquí, es el máximo sospechoso de su desaparición, desde luego. Tenemos que volver a hablar con él —responde Dan con la mente fuera del caso. Está pensando en su amigo Gerard y su pronto traslado a la ciudad más famosa del mundo. Desde hace un tiempo, Dan se siente agobiado en Nueva Orleans, la ciudad se le viene encima. Por un lado, le gustaría irse de aquí para siempre, pero, por otro, en Nueva Orleans está la mujer más maravillosa que ha conocido. No puede marcharse. Kate le ha preguntado algo, pero ni siquiera la ha oído. Ve su cara de desconcierto y supone que le ha formulado alguna pregunta.

—Perdona, estaba pensando, no te he oído.

—Digo —repite Kate— que es mejor que tratemos de pillarlo por sorpresa. ¿Dónde crees que estará a estas horas?

—Probemos en primer lugar en su oficina.

Capítulo 18

Los detectives acuden a la oficina de Travis, pero no se encuentra allí. La secretaria les dice que ha estado trabajando toda la mañana, pero que después se ha ido, sin decir adónde iba.

Deciden visitarlo en su domicilio. Como última opción, si no lo encuentran allí, tendrán que llamarlo al teléfono. Han llevado el móvil destrozado de Cristina con ellos para mostrárselo a Travis y observar así su reacción. Él está en casa. Les abre la puerta. Se muestra amable y les pregunta si hay alguna pista sobre su novia. Ellos contestan negativamente. Se sientan en un gran diván, en el comedor. El interrogatorio lo inicia Dan.

—Señor Wells, queremos preguntarle, una vez más, sobre esa discusión que mantuvieron en el restaurante aquella noche. Es muy importante.

—No sé qué debo decir para que ustedes me crean, por favor. No tengo nada que ver con su desaparición; estoy destrozado, con los nervios a flor de piel. ¿Qué importa lo que hablásemos? Una pareja, en este país, al menos, creo, según dice nuestra Constitución, tiene derecho a hablar de lo que quiera y con intimidad. Es algo privado entre nosotros.

—Como se niega a colaborar, quizá esto le ayude a recordar mejor —dice Kate sacando el teléfono, que se supone que era de Cristina, que está dentro de una bolsa—. Es el teléfono de la señorita Wiggins. Lo hemos hallado en su casa, dentro de una caja de zapatos. Fíjese, está destrozado, con toda la pantalla rajada. Es como si se hubiera hecho en un arrebato de furia. ¿Fue usted el que le rompió el teléfono? Quizá al final de la cena, cuando salió a buscarla, durante el trayecto en coche. No estoy diciendo que lo hiciera, estoy preguntándole.

—Es su teléfono, en efecto. Pero jamás he tocado el teléfono de otra persona, y menos el de Cristina. ¿Por quién me toman? Yo respeto la intimidad del prójimo, al igual que pretendo que respeten la mía. Miren, no sé adónde pretenden llegar con todo esto. Está claro que alguien entró en la vivienda de Cris, le rompieron el teléfono para que no pudiera ser localizada y se la han llevado. O le han hecho algo que... Dios mío, ni siquiera puedo mencionarlo, es demasiado terrible lo que me estoy temiendo. Tienen que encontrarla, yo no sé dónde buscar, qué hacer. He recorrido todos los lugares de Nueva Orleans que sé que le gustan. He preguntado en algunos bares adonde íbamos a veces. Nadie sabe nada; si creyera en extraterrestres, diría que la han abducido, o algo así. Es imposible lo que está ocurriendo.

—Con su teléfono en este estado, comprenda que es de sumo interés que sepamos todo lo que hablaron ustedes en esa cena. No somos curiosos, ni cotillas, señor Wells. Pero para encontrarla, para ayudarla, necesitamos saber, y usted nos está ocultando algo —dice Dan.

—Les juro, por lo que quieran, por lo más sagrado, por una Biblia si me la ponen delante, que yo no he hecho eso con el teléfono de Cristina. No he sido yo. Yo la dejé cerca del portal, ella se bajó, con su móvil, por supuesto, no se le cayó en mi coche, pues lo habría notado esa noche o al día siguiente. Por lo tanto, o ella misma lo rompió, cosa improbable por cómo es Cristina, o lo ha hecho la persona que se la ha llevado.

—Yo le creo, señor Wells, de verdad —afirma, serio, Dan—; ahora responda a nuestra primera pregunta. El hecho de llegar unos minutos tarde a una cita, aunque sea casi una hora, tratándose de una mujer comprensiva, como parece, según su testimonio y el de otros, que era la señorita Wiggins, no nos parece motivo suficiente para una discusión en la que tuvo que mediar incluso el encargado del local.

Travis se lleva la mano a los labios, tapándose con ella toda la boca.

Mueve la cabeza de izquierda a derecha.

—Es difícil de contar esto. Es, realmente, cómo decirlo, estúpido. Hay un hombre, bueno, un travesti, un homosexual, supongo, que se pone ropa de mujer, aunque Cris dice siempre que él no es homosexual, pero eso me da igual. Verán, lo preocupante es que habla con él a diario, cerca de su oficina. No entiendo qué pinta Cris con un tipo con esa pinta, es un total desequilibrado. A veces, incluso, me habla de él, que si Sam esto, que si Sam lo otro, que si hoy ha dicho una cosa muy divertida... En fin, que yo ya estoy del tal Sam hasta la misma coronilla. Cuando me empezó a hablar de él en medio de la cena, simplemente salté. Le dije que ya estaba bien de hablar de ese maldito tipo, que si lo quiere ayudar, que le dé un billete de vez en cuando, pero nada más. No entiendo qué es lo que le atrae tanto de él, de verdad que me preocupa el tema.

Kate puede entender los celos del hombre, pero Dan no lo ve exactamente así.

—Hablar con una persona no creo que sea un problema, señor Wells. Sobre todo si lo hace para apoyarlo, para ayudar. Además de dinero, hemos sabido que ella siempre lo escucha. Es una buena persona, nada más. No creo que deba sentir celos por un hombre como ese, bastante estafalario, pero que no hace daño a nadie.

—¿Cómo ha llegado a saber que ella habla a menudo con él? —pregunta Kate.

—Uno de mis amigos me lo dijo hace ya algunas semanas, quizá un par de meses. Me dijo, pues trabaja al lado de su oficina, que suele verla parada, en una esquina, hablando con un travesti. A mí, al principio, me pareció una de las típicas extravagancias de Cris. Es muy buena persona, pero no sabe poner límites, y cualquier mendigo, pobre, drogadicto o lo que sea, se aprovecha de su buen corazón. Esa noche, no sé, es solo que me harté de escucharla hablar

de ese tipo. Le dije que lo dejara ya, o que si no, se fuera a buscarlo, ya que tan interesante es para ella. Supongo que pueden entender que la cena se estropeó del todo.

—Lo entendemos a la perfección, pero ¿por qué no nos contó justo esto cuando le preguntamos la primera vez acerca de la discusión?

—Me daba vergüenza, sé que son unos celos ridículos, lo sé. Y así se lo hice saber en el coche, cuando volvíamos. Le pedí perdón por ello, me excedí, pero ella se disgustó mucho y no quería hablar del tema. Entendí, por sus gestos, que prefería estar sola y por eso ni siquiera insistí en subir a su casa. En realidad, no les mentí acerca de que no hablamos. Solo le pedí disculpas, y no hablamos de nada más.

—¿Han tenido más discusiones por este asunto de los celos? —pregunta Kate.

—No, la verdad es que no. Cris es una mujer maravillosa y no da pie a que yo pueda sentirlos, pero lo de ese travesti... Me parecía muy sospechoso, no sé. Como si él quisiera algo de ella. No es tanto celos normales, o sea, de pensar que te está engañando sexualmente con él, eso no, pero sí un tipo especial de celos, de que comparte quizá con él cosas personales, confidencias, no sé. Es mi novia, y no me hace gracia que un tipo como ese le saque el dinero de esa forma. Además de que lo ayuda, ella tiene que escuchar sus peroratas, es el colmo.

—Es posible que sea un hombre interesante, a pesar de su apariencia, ¿no cree? —dice Dan.

La defensa que está haciendo del travesti llama la atención de Kate. Dan es un hombre, sin duda, justo, solo es brutal con asesinos, mafiosos y gente violenta. Ella lo mira ahora con otros ojos. Es, piensa con orgullo, un nato defensor de los débiles, de todos los que están en problemas, de los desesperados. Recuerda las palabras de John y no puede sino asentir. Es un

gran policía, no cabe duda.

—Al parecer lo es, pero le dije que me gustaría que lo sacara de nuestras vidas. Le dije que si a ella le parecería bien si yo hablase a diario con una puta de la calle, con la excusa de que tiene problemas, le falta dinero y que tiene una conversación de lo más interesante. Estoy seguro de que a ella no le habría gustado nada. Pues es lo mismo. Que la invitara a cenar, o a desayunar, pero no una vez, sino con frecuencia. Dígame, usted, señorita Donovan, como mujer, ¿qué opinaría?

—Reconozco que no me gustaría un pelo, sí, vale, lo entiendo, pero ese hombre no quiere nada con su novia, está solo agradecido, la ve como un ángel, hemos estado con él. Dan lo conoce bien.

—Ah, de manera que han estado con él. ¿Qué les ha dicho? ¿No podría haber sido él, o alguien a través de él, ya que sabe que Cristina tiene dinero? Es que siempre le digo que tiene que tener cuidado de con quién habla, que hay mucho lobo a la espera de la presa perfecta.

—No descartamos nada. Entonces, la discusión tuvo lugar por culpa de Sam. ¿Qué le dijo ella?

—Me dijo que ella es una mujer libre, que puede hablar con quien quiera, y más si se trata de ayudar a una persona, que no iba a permitirme que le controlara las conversaciones... Bueno, más o menos frases de este tipo, que fueron subiendo de tono a medida que yo me enfadaba más. Ella se indignó y me pidió que lo dejáramos, que disfrutásemos de la cena, que aún estábamos a tiempo, pero a mí, una vez que me enciendo, me cuesta apagarme, no sé si me entienden.

Dan asintió y Kate movió la cabeza de lado a lado, como queriendo decir que lo lamentaba. El hallazgo del teléfono móvil en ese estado no le beneficia, pero Dan piensa que hay que ser tonto integral para meterlo ahí, tras aplastarlo con algún objeto, siendo la persona que más entra en esa casa. No le cuadra;

sin embargo, en ese momento no hay otra persona a la que puedan considerar sospechosa, ya que la discusión, los celos, la salida en estampida de ella en la cena... Dan mira a Kate para ver qué piensa en ese momento. Una mirada significativa le basta a Dan para entender qué piensa, pero Kate no lo mira, está observando con atención a Travis.

—Entiendo que, tras esa discusión, y lo que les estoy contando ahora, puede parecer que miento y que... bueno, no sé, es solo que me parecía, como les he dicho, bastante vergonzoso el hecho de estar celoso de un travesti, tenga la tendencia sexual que sea, que no me incumbe. Jamás haría daño a Cristina, todo lo que estoy haciendo es por ella, trabajar como un mulo, intentar que valere que todo lo estoy haciendo por nuestro futuro juntos. Sé que ella me ama. El otro día quizá se decepcionara un poco conmigo en ese estúpido arrebato de celos, pero es que esa relación me parece de lo más rara; pero no hay, en absoluto, nada más. No les oculto nada. No he vuelto a la casa de Cristina. Como creía que estaba muy disgustada por la bronca del bar, preferí localizarla por teléfono, pero no era posible. No puedo decirles nada más, lo prometo. Ya lo saben todo, que hubo una bronca que empezó por mi retraso y que después, ante los ataques, se extendió al tema de ese tipo, con lo que todo se salió de madre. Pero, como comprenderán, no voy a hacer desaparecer a la mujer de mi vida porque ella tenga una extraña amistad con ese personaje de la calle. Es ridículo, absurdo. Nunca he hecho daño a nadie. No soy lo que se dice un orador, a veces me cuesta expresar lo que siento, y me ocurre a veces con Cristina, pero el otro día no sé qué me ocurrió, la discusión se me fue de las manos. Supongo que lo llevaba dentro demasiado tiempo y salió todo de golpe, como a presión.

—Yo creo, señor Wells, aunque usted intente hacernos creer lo contrario, que es celoso; eso no es malo, en principio, ni es un delito ni podemos culparle por ello. Otro asunto distinto es cómo sobrelleve usted esos celos —

dice Kate.

—Bien, sí, a lo mejor sí lo soy, pero no hasta el punto de cometer locuras por celos. Me pueden hacer sufrir, pero es algo interior, no lo exteriorizo. Fue una forma de defenderme. Empezó a reprocharme ciertas cosas de las últimas semanas, como que estoy distraído, que llego tarde, que el trabajo me está absorbiendo demasiado y cosas así. Entonces, para tener algo que reprocharle, saqué el tema de ese tal... Sam.

Dan entiende que no van a sacar más de ese hombre. Está muy nervioso, no entiende qué ocurre. De momento, prefiere dejarlo como está. Tienen que llevar el teléfono a comisaría, para que lo analicen. Gracias a él, han conseguido saber el motivo real de la pelea. Se despiden de Travis. Antes de ir a comisaría, Dan le dice a Kate que va a pasar por su casa para recoger unos informes que terminó de pasar a limpio por la noche y ha olvidado por la mañana. Dan aparca junto a la puerta, Kate decide esperarlo dentro del coche, pues le ha dicho que es cuestión de un segundo, pero ella ve cómo se ha quedado parado frente a la puerta y recoge algo del suelo. Entonces se baja, preocupada.

—¿Qué ocurre, Dan?

Kate ve que hay un gallo decapitado, cubierto de sangre. Clavado en la puerta hay un papel. Mira a Dan, que arde de rabia. Las amenazas lo ponen aún más furioso. Piensa que tendría que haber acabado con ese Albert, o al menos haberle dado una gran paliza, para que se le hubieran quitado las ganas de estas tonterías. «La historia de siempre, Daniel, el ser blando solo trae más problemas».

—¿Qué dice la nota, Dan?

—Nada, no te preocupes —responde él, guardándose el papel que solo ha leído por encima—. Vuelve al coche y ciérralo desde dentro, por si acaso.

—Ni hablar, Dan, voy a entrar contigo a la casa, es probable que te estén

esperando dentro.

—Por favor, Kate, solo voy a coger ese documento, es un minuto. Espérame en el coche. En la casa no hay nadie. Estoy seguro. No pasa nada, esto son chorradas de tíos que son, mentalmente, adolescentes inmaduros. Nada serio de lo que preocuparse.

Pero el tono de Dan no va acorde con las palabras que acaba de pronunciar. Sabe que van por él y que no pararán hasta que le hagan daño o acaben con su vida. Kate entra en el coche. Dan registra la casa con rapidez. No parece haber señales de que hayan entrado. Antes de coger el informe, lee con atención la nota que estaba pegada a la puerta con cinta adhesiva.

«Esta mañana la has cagado de mala manera, polizante. Te queda muy poco. Ándate con un millón de ojos. Estamos por todas partes. Hasta muy pronto, gusano».

Mueve la cabeza de lado a lado. Se dice que es una nota de lo más aburrida. Ya ni siquiera hay imaginación en los delincuentes. Los chorizos de antes tenían más gracia, al menos. Vuelve al coche y elude las preguntas de Kate acerca de la nota y el gallo, al que ha tirado al contenedor dentro de una bolsa. Intenta tranquilizarla, al tiempo que le dice que ella debe tener cuidado.

—Todo esto es por mi culpa, Dan. Si hubiera tomado medidas con él hace tiempo, nada de esto estaría sucediendo, pero pensaba que era algo temporal, que la culpa la tenían las cervezas. Me engañó; todo ese tiempo, al principio, cuando todo iba bien, parece que era una pose, una estrategia, ahora lo veo claro. Tenías razón, Dan, pronto las bofetadas se habrían convertido en golpes mayores, en palizas. No estoy dispuesta a soportarlo. Quiero darte las gracias otra vez. Tenemos que hacer algo con estas amenazas, parecen serias. Estás en peligro.

—Cálmate, Kate. Lo más importante ahora es tener la cabeza fría y actuar con inteligencia. Voy a estar alerta, no va a pasar nada. Intentarán algún acercamiento, pero estaré preparado.

—Haz como yo, vete a casa de algún amigo. Por el camino me has dicho algo de ese Gerard, quédate en su casa esta noche.

Dan, para tranquilizarla, le dice que sí, que si él tiene sitio, lo hará, pero no está pensando en hacer eso. Al contrario, está deseando que llegue la noche para ver si alguno de ellos, o todos en tropel, acuden a su casa a ajustarle las cuentas.

Capítulo 19

Esa noche, Dan acude a la fiesta de despedida de Nueva Orleans de su amigo. El evento tiene lugar en la discoteca Famous Door, en pleno centro de la ciudad, en el Barrio Francés. No ha podido llegar a las nueve, como el resto, pero solo se ha retrasado cuarenta minutos. El grupo acaba de empezar a beber, todavía no han pedido la comida. Hay un grupo de música *country* actuando en directo. El local está a rebosar, están todas las mesas ocupadas, la pista llena. Dan recibe una ovación al entrar, muchos pensaban que no vendría. No suele salir, pero justo hoy lo necesitaba, no podía faltar a esa cita. Además, quiere quitarse el nuevo problema de las amenazas en su puerta. Unas copas con los amigos de siempre le irán bien. Tiene un hambre lobuna. Entre risas, recuerdos, mucha cerveza y comida criolla tradicional, se van pasando las horas. Son las doce y Dan está borracho, no tanto como los demás, pero empieza a ver doble. A Gerard le ha dado llorona. Ahora empieza a decir que no quiere perder lo que tiene en Nueva Orleans y que se va a plantear lo del traslado. Todos le dicen que lo decida cuando esté sobrio, aunque Jim le anima a que se vaya a Nueva York esa misma noche, para que no cometa la estupidez de su vida. Un grupo de jóvenes militares está celebrando la graduación como capitán de uno de ellos. Están muy borrachos y tienen ganas de bronca. El grupo de Dan les parece adecuado. Parecen tipos de entre treinta y cuarenta años, se dicen.

—Eh, abueletes, no bebáis más, que os van a prohibir la entrada en el asilo —grita el más joven de todos, un enorme rubio de ojos azules y boca grande como un buzón.

Michael, el menos paciente de los seis amigos, se vuelve y se acerca a la

mesa de los militares. Dan, en ese instante, se encuentra en el servicio.

—Los niños de pecho deberían estar en su cunita, chupando de la teta de mamá. ¿Ya sabéis hablar, chiquitines?

La intervención es acogida con una gran ovación, ya que significa que habrá guerra, que es justo lo que buscaban los jóvenes. De repente, una gran jarra de cerveza es volcada sobre la cabeza medio calva de Michael.

—¡Me cago en vuestra puta madre, cabrones!

Michael, un hombre de treinta y ocho años, gordo como un hipopótamo, pero con gran fuerza en los brazos, vuelca la mesa de los militares, tirando toda la bebida y los restos de comida, haciendo que dos de los jóvenes caigan de sus sillas. Es el bocinazo de salida para la gresca que se venía venir. Gerard y Jim tratan de llevarse de allí a Michael, que ya tiene a un militar sacudiéndole puñetazos. Dan sale del servicio y ve el escándalo. No quiere que la última noche con su querido amigo termine en una clásica pelea de borrachos. Saca su arma y su placa y consigue calmar los ánimos. Michael aún tiene tiempo de embestir al que le estaba dando puñetazos. Como un toro, se precipita sobre él y caen ambos arrastrando mesas y sillas en un descomunal lío que solo entre Dan y el futuro capitán, que ha entendido que podría meterse en un buen problema, consiguen calmar. Por decisión unánime, dan por terminada la fiesta. Prometen ir todos juntos a Nueva York a visitar a Gerard. Dan vuelve a casa en taxi, no está en condiciones de conducir; el coche, aparcado cerca de la discoteca, lo recogerá al día siguiente. Cuando llega a su casa, le cuesta encontrar la cartera para pagar. Piensa que se la han robado durante la trifulca, rebusca en todos los bolsillos, pero no aparece. «¿Cómo es posible? Es la primera vez que pierdo la cartera».

—Lo siento, jefe, parece que he perdido la cartera, o me la han robado. Si espera unos minutos, entro en casa y busco dinero, creo que tengo algunos billetes en un cajón.

Dan se baja y el taxista ve que la cartera está entre el asiento y el respaldo del asiento del copiloto.

—Señor, está aquí, se le había caído del pantalón.

—Menos mal. Gracias. Ha sido una noche movidita. Ya no tengo edad para estas francachelas, pero un amigo es un amigo.

Dan vuelve a sentarse para contar el dinero, ya que ha notado que de pie se tambalea. Mientras entrega unos cuantos billetes de dólar al taxista, se percata de que un coche con las luces apagadas ronda el barrio.

—Disculpe, ¿podría quedarme aquí sentado cinco minutos? Estoy un poco mareado. Le pagaré su tiempo, no se preocupe.

—Claro, amigo, no hace falta pagar nada. Baje bien la ventanilla, hace una brisa magnífica esta noche, le sentará bien.

Dan pretende vigilar esa camioneta negra, que circula sin luces. Intenta grabar en la memoria la matrícula, pero han tenido la precaución de tapar con cinta blanca todos los números. Además, de noche y sin la luz, no podría haberla visto. Sin duda, están vigilando su casa, pero no se acercan demasiado, permanecen a unos treinta metros. El taxista ha apagado las luces y el motor, ya que no sabe cuánto tiempo va a estar ese hombre dentro. Como no está mi coche, piensa, creerán que no estoy en casa. Un tipo con capucha se baja del vehículo y coloca un objeto en la pared de la parte trasera de la casa. Otro animal decapitado, se dice, qué ridículos. La camioneta se va, Dan intenta dar cinco dólares más al taxista, pero este no los acepta. Se despide de él agradeciéndole el gesto y se dirige a esa pared para ver el regalito de sus nuevos amigos. Es un paquete marrón, de un tamaño de treinta por cuarenta centímetros. Dan lo coge, pesa poco, pero tiene un tacto sospechoso. Los efectos del alcohol parecen pasársele por segundos. Se acerca el paquete al oído y oye un claro tictac como de reloj despertador. Es una bomba con detonador. Lo lleva con rapidez al centro de la carretera, justo donde no hay

ningún coche aparcado; el taxi en el que ha venido ya está lejos. Seguro que detona dentro de unos segundos. La deposita con cuidado en el centro de la carretera y sale de allí dando un salto y rodando hacia su casa con las manos protegiéndose la nuca. Entonces, una gran explosión revienta los cristales de las casas vecinas. Dan ha quedado sordo por la onda expansiva. Un gran contenedor de escombros le ha salvado la vida. Ha conseguido llegar ahí en el último segundo. «Estos tipos van en serio. Parece que el cabrón “ama” de verdad a Kate». Se mete en casa con rapidez. Quiere darse una rápida ducha fría antes de que lleguen sus compañeros y lo vean en ese estado. Casi nunca bebe, y para una noche que lo hace en exceso, van a descubrirlo. Maldice su mala suerte.

Capítulo 20

Kate y Dan están en el domicilio de Mary Abbot. Quieren hablar de nuevo con ella ante la falta absoluta de indicios en el apartamento de Cristina. El móvil encontrado era, en efecto, de la novia de Travis. Estaba inutilizado, no solo por el golpe en la pantalla, sino que alguien lo había manipulado, pero solo había huellas en él de su propietaria. Los detectives pretenden coger a Mary por sorpresa. Son las siete de la mañana, esperan que aún no haya salido hacia el trabajo. Lllaman al timbre. Desde dentro se oye una voz preguntando quién llama a esas horas. Dan le contesta que es la policía. Ella abre precipitadamente. Tiene unas grandes ojeras grises, está despeinada, sin maquillaje y con pinta de tener resaca o de haber dormido muy mal. Desde el umbral, contempla a Kate y Dan y les pregunta si es necesario venir a esa hora.

—Mucho nos tememos que Cristina esté en graves dificultades, si es que está aún viva. El tiempo corre en nuestra contra —dice Dan, que espera que ella les deje pasar a la vivienda.

—Sí, claro, el tiempo corre y... Lo entiendo. Pero pasen, por favor, no se queden ahí.

Mary les ofrece café o té, pero ellos declinan la invitación alegando que tienen mucha prisa y que no van a molestarla mucho.

—Es muy probable que usted haya sido la última persona en ver a Cristina. El otro día tenía que irse y no pudimos hacerle todas las preguntas que nos habría gustado —comienza a explicar Kate—; por eso hemos venido a pedirle que trate de recordar todo, cada gesto de ella, sus palabras, si estaba más nerviosa de lo que sería esperable tras una discusión.

—El caso es que me llamó la atención lo enfadada que estaba para haber tenido ese tonto altercado por un retraso en una cita. Me pareció que podría haber algo más —apunta Mary.

—Algo más, ¿como qué?

—No sé, algo de más fuste, no me cuadra en Cristina enfadarse así porque una persona llegue tarde a una cena. Quizá...

Mary se queda abstraída, sin terminar de decir lo que piensa.

—¿Celos? —le termina la frase Kate.

La palabra tiene sobre Mary el efecto de un rayo. Da un respingo y cambia del todo su postura, poniéndose rígida y removiéndose en el sofá.

—No entiendo... ¿a qué se refiere? ¿Celos por parte de ella o de Travis?

—A eso hemos venido precisamente, a que usted nos lo aclare —contesta Dan.

Mary se atusa el pelo, intentando poner en orden unos mechones aplastados por la almohada que casi no le permiten ver. Tarda en contestar. Los detectives se miran entre sí, tomando nota.

—No creo que Cristina tenga motivos para sentirse celosa. La verdad es que me extraña mucho. Travis, por lo que me cuenta ella, solo trabaja, es casi un adicto al trabajo, así que, por ese lado, me temo que no habría motivos para...

—Quizá el celoso sea él, no ella —aclara Kate.

El rostro de Mary vuelve a cambiar; ahora lo que aprecian es sincera sorpresa, pero sin sombra de miedo, como ha ocurrido antes al mencionar la palabra celos. No puede evitar abrir la boca y dejarla así.

—Cristina... un amante. Vaya, reconozco que eso sí que me deja de una pieza, la verdad. La tenía por una mujer tan honrada, justa, siempre con sus principios por bandera que casi no puedo creerlo.

—¿Quién ha dicho que ella tuviera un amante? —pregunta Kate.

—Bueno, ustedes han venido aquí, parece ser, con información nueva que yo desconozco. Si solo me hacen insinuaciones... No quiero decir nada, mejor aclárenme ustedes qué es lo que saben.

—Al parecer, hay un tipo, un tal Sam, que es muy amigo de Cristina. Esta relación de amistad no parece gustarle mucho al señor Wells —explica Dan—. ¿Sabía usted algo de este hombre? Bueno, por fuera parece una mujer, es un travesti, en realidad.

La boca de Mary vuelve a abrirse, ahora del todo. A continuación, la cierra, siendo consciente de que no está controlando bien sus impulsos.

—Cristina, ¿con un travesti? Todo esto parece una gran locura. No entiendo nada. No, no sé nada de ese hombre, o mujer, o lo que sea. No tenía ni idea.

—¿Nunca le habló ella de esa persona? —pregunta Kate.

—Jamás. Entonces, Travis piensa que están juntos, o sea, que tienen algo más que amistad.

La idea parece haberle iluminado el rostro a Mary, que se muestra muy interesada, aunque trata de que no se note demasiado.

—Cuando vinimos la primera vez, usted no nos dijo una sola palabra acerca de que Travis estaba celoso de Sam. Supongo que ella, si la llamó a usted, querría contárselo. Solo nos habló de que habían discutido porque él llegó tarde —dice Kate.

—No me dijo una palabra de ese asunto, de verdad. Sí me habló de algunas cosas que empiezan a no gustarle de Travis, pero nada de nada acerca de los celos de él por ese travesti. Es la primera noticia que tengo de su existencia, ya les digo.

—Bien, cuéntenos, entonces —pide Dan—, qué son esas cosas que ya no le gustan tanto de él, si es tan amable.

Mary se aclara la garganta. La situación la incomoda mucho, pero esta vez

no ve salida. La han pillado en la cama. Podría decir que tiene que irse a la oficina, pero prefiere no arriesgarse. Siente que ellos podrían deducir que oculta algo.

—Antes de nada, díganme, ¿cómo está Travis? Estará de los nervios, supongo.

—Está muy preocupado, como es obvio —contesta Dan.

—Bien, pues dijo que ya no parecía tan atento como antes, no la miraba igual, no se quedaba mirándola a los ojos como al principio. Supongo que eso es normal, con el tiempo esa fase de enamoramiento más, digamos, platónica, va pasando. Ella me dijo que parecía, en los últimos dos o tres meses, como abstraído, reconcentrado en sus pensamientos. Ella lo achacó al trabajo. Dice que solo habla del trabajo, de los proyectos que tiene, de la casa adonde piensa trasladarse con Cristina. Todo eso a Cristina le aburre. Y es extraño, pues un hombre como Travis, tan atento y que solo quiere lo mejor para los dos... Yo quise defenderlo un poco a él, quitándole hierro al asunto, pero claro, desconocía que él está celoso.

—¿Diría usted que Cristina sería capaz de mantener una relación paralela con alguien? No me refiero en este caso a Sam, ya que es un caso especial, sino a si podría estar buscando alguna aventura, y esté ahora, en realidad, en brazos de algún hombre en cualquier otro estado del país —interroga Kate.

La pregunta sorprende tanto a Mary como a Dan, que gira la cabeza hacia ella. Como Mary no sabe, en un principio, qué contestar, Kate le reformula la pregunta, yendo más al grano.

—En resumen, si usted sabe algo, o ella le contó que está con algún hombre, su deber como ciudadana es decírnoslo inmediatamente, pues su vida podría estar en juego. Necesitamos saber si ha escapado sola o con alguien. ¿Se sinceró con usted la otra noche?

—No me dijo nada de eso, en absoluto, no. Ni siquiera lo insinuó. Que

tenga o no un amante es cosa suya, no digo que no pueda tenerlo, pero si lo tiene, desde luego, a mí no me contó nada. Y tampoco me dijo que pensara largarse así, de repente, desaparecer sin dejar rastro como ha hecho. Quizá tuviera pensado contármelo, pero no confía en mí hasta ese punto, por lo visto.

—Respecto a esos detalles sobre Travis, ¿qué más le comentó?

—Antes de seguir, díganme, ¿él está bien? Quiero decir, ¿no es sospechoso de nada?

Dan mira con calma a Mary. Sus cambios de tema repentinos le están llamando la atención, pero se cuida mucho de hacérselo saber.

—¿De qué habría de serlo, señorita Abbot? —pregunta Dan.

—O sea, que está libre, no está detenido. A eso me refería.

—Somos nosotros los que hemos venido a preguntarle a usted, no al contrario, entiéndalo —interviene Kate.

—Sí, claro, lo comprendo. Acerca de los detalles, déjenme recordar... También me dijo, quizá lo mencionase la otra vez, no me acuerdo, que ahora dudaba de que venir a Nueva Orleans hubiese sido la extraordinaria idea que le pareció en un principio.

—Sí, usted ya mencionó eso.

—También me confesó que Travis, en un principio, le pareció un hombre dulce, con carácter, pero de trato dulce. Y ahora le parece que eso fue una falsa impresión producto del enamoramiento. Más o menos esa era la idea principal.

—¿Piensa usted que quería abandonarlo? —pregunta Kate.

—No, no me dio esa impresión. Era solo un desahogo clásico.

—Pero es muy extraño que no le comentase el motivo principal de la discusión, que no fue otro que los celos de él —insiste Dan.

Mary no sabe qué decir y se encoge de hombros.

—Les repito que no me habló de ese asunto. Le parecería bochornoso, no

sé.

—Puede ser, claro, pero llamarla para hablar, para después decirle solo vaguedades, impresiones... No sé, es sorprendente, la verdad —corrobora Kate, tratando de hacer más presión y sacarle la verdad a una Mary de la que está empezando a desconfiar.

—Sobre ese particular, no puedo aportar más datos. En cambio, creo que es importante que les diga que justo ayer recordé que, esa noche, cuando fui a casa de Cristina, vi a un hombre merodear cerca de la verja donde están los de seguridad. Al salir también lo vi, estaba quieto, hablando por teléfono.

Dan mira a Kate. A él le parece que quiere cambiar de tema, pero si el hecho es cierto, podría ser clave. No pueden arriesgarse a perder esa información solo porque a él le parezca dudosa.

—Describanos a ese hombre —le ruega Kate.

—Era de noche y no pude verle la cara. Iba de negro. Parecía estar mirando hacia las ventanas del edificio. No me llamó mucho la atención, ya que hay seguridad y nunca le habrían dejado entrar. Era bastante alto, la ropa que llevaba creo que era deportiva, un chándal. Poco más puedo decir. Pero cuando me fui lo volví a ver. No en el mismo sitio, sino más cerca de la carretera, tenía una mano pegada a la oreja, por lo que supongo que hablaba por teléfono. Eso es todo.

—Bien, señorita Abbot, gracias. Investigaremos la presencia de ese hombre sospechoso. Si usted lo vio, es seguro que los hombres de seguridad del edificio lo vieron también, o habrá grabaciones que así lo confirmen. Recuerde bien todo, haga memoria, la vida de su amiga está en serio peligro. No hay ningún indicio de que haya salido de Nueva Orleans por voluntad propia —dice Dan.

—La verdad es que no. Si ni siquiera quiso contarme el verdadero motivo de la bronca que tuvieron, creo que no me quería contar lo que

verdaderamente pensaba. Eso me parece ahora, tras lo que ustedes me han dicho acerca de ese travesti.

Capítulo 21

Sin más preguntas, salen del domicilio y se dirigen a una cafetería. Quieren comentar con tranquilidad qué les ha parecido la declaración de esa mujer. Esa tarde, parece que todos los habitantes de Nueva Orleans han salido al mismo tiempo. No hay una sola mesa vacía en ningún lugar. Cuando ya pensaban abandonar y volver a la comisaría, un grupo grande de turistas se levanta de una terraza. Aprovechan para sentarse y pedir algo de beber.

—Kate, esta chica parece esconder algo. A mí me da que Cristina le contó algo importante, pero quizá le pidió discreción y ella no quiere traicionarla.

—Pues yo aún voy más lejos. Lo que me parece es que podría estar celosa de Cristina y está, en el fondo, contenta con la situación. ¿No te has fijado cuántas veces ha mencionado a Travis? Parece obsesionada con él, no sé, o en realidad ya se conocían y...

—Insinúas que Travis y ella han planeado la desaparición de Cristina — quiere saber Dan.

—Ambos... no sé, no lo creo. Él me parece preocupado de verdad, pero podría ser, como tantas veces ocurre, un gran actor que sabe fingir bien auténtico nerviosismo. Pero esta tía, no sé. El asunto ese del tipo por la noche. Me ha parecido que pretendía nada más cambiar de tema porque estábamos presionándola con el hecho de que nos parece muy anormal que no le hablara de los celos de Travis. Está claro que algo hay aquí, pero podría querer solo confundirnos. Aun así, no puedo quitarme la impresión de que nos oculta algo.

—Quizá sepa dónde está Cristina, sí, es posible, pero ya ves que no tiene intención de contárnoslo a nosotros. Solo podríamos presionarla haciendo que creyera que es la principal sospechosa.

—No es nada descabellado. Fue la última persona en estar en su casa, hablando con ella, justo la noche en que se le pierde el rastro. Voy a llamar a los tipos de seguridad del bloque de viviendas de Cristina. A ver si recuerdan a qué hora salió de allí Mary y si alguien vio a un tío de negro deambulando por allí.

—Buena idea.

Kate llama y está algunos minutos a la espera. Esa tarde están los dos hombres que estuvieron el martes por la noche. Sí recuerdan que una mujer, en su coche, llegó hacia las diez de la noche y se marchó una hora u hora y media después. Para confirmar los minutos, tendrán que mirar las cintas, pero ellos no están autorizados a mirarlas sin el visto bueno de su superior, al que tienen que llamar para obtener el pertinente permiso. La llamarán en cuanto les llegue. Acerca de ese hombre, nadie vio nada, pero al revisar las cintas, mirarán también por si apareciera esa figura. Mientras toman sus bebidas, ambos se miran. Kate tiene ganas de decirle algo. El asunto del artefacto explosivo le preocupa una barbaridad.

—Dan, tienes que mudarte por un tiempo. Yo no te escuché a ti, y tenías toda la razón, y me estoy quedando corta. Ahora escúchame tú a mí. Tuviste suerte anoche, pero no siempre será así. En una de estas te sorprenden y ya no habrá marcha atrás.

El jefe ha puesto una patrulla permanente para vigilar la casa de Dan. Él, de momento, no lo sabe, pero le importa un comino lo que pueda opinar al respecto su detective. Está en claro peligro y no va a permitir que vuelvan a acercarse a su casa.

—No forma parte de mi código rehuir los problemas, Kate; me conoces. Jamás haré eso. Por supuesto, voy a tomar mis precauciones, el asunto es más que serio, pero ahora no tengo ni tiempo ni ganas de pensar dónde podría esconderme de unos mierdas que tampoco creo que sean, ni de lejos, los tíos

más peligrosos del país.

—Es posible que sean, como dices, unos mierdas que quieren solo alardear, pero de momento parece que te la tienen jurada, y tú sabes que a veces esta gente es más peligrosa que los otros, en ciertas circunstancias. Prométeme que vas a estar vigilante y que no vas a volver a tu casa, al menos durante unos días.

—Sabes que eso de prometer no va conmigo. Te repito que voy a tener mucho cuidado, sé que van a volver a intentarlo, pero esta vez estaré preparado. Ayer, con esa maldita cena con los chicos, me descuidé demasiado. No ocurrirá otra vez. Esta vez me anticiparé a ellos. Ya me han tocado los cojones demasiado. Bueno, ahora no pensemos en eso, necesitamos concentrarnos en el caso. Por cierto, ese hombre que Mary dice haber visto, ¿podría tratarse de Sam? Sé que se disfraza de mujer por el día, sí, pero una vez, al menos, lo he visto con ropa normal de hombre, sin tacones, sin maquillaje. No siempre va así. No estaría de más que nos dijera qué hizo y dónde estaba esa noche entre las nueve y las doce.

—¿Crees que ese tipo es capaz de hacerle daño a una mujer, y máxime con una que le ayuda casi a diario?

—Hacerle daño, no sé, pero si esa noche él necesitaba, por algún motivo, dinero urgente, sí podría haber ido a pedirselo.

—A la mañana siguiente ella seguro que se lo habría dado.

—Es probable, pero a veces en las calles, para salvar el pellejo, hacen falta dólares. No sé, es solo una hipótesis, pero no pienso descartarla. Vamos a buscarlo.

* * *

Kate y Dan recorren las calles por donde se suele ver a Sam, pero no hay

ni rastro de él. Dan pregunta a un par de vagabundos que suelen pedir limosna por la zona. Ambos conocen bien a Sam. Los dos les dicen que no lo han visto en todo el día. Cuando el detective les pregunta si ese hecho les extraña, le dicen que no les extraña, aunque es cierto que suele estar por ahí a diario, pero que no es de su incumbencia. Sabiendo que lleva todo el día sin aparecer, les parece una pérdida de tiempo seguir buscándolo o esperar a que aparezca al fin.

Deciden volver a comisaría y, desde allí, informar a otros policías con el aviso de localizar a Sam por si hubiera sido él ese extraño merodeador del que habla Mary. Una vez de regreso, uno de los policías informa a los detectives de que Travis parece haber desaparecido. Su secretaria ha llamado varias veces. Hay unos importantes clientes que lo están esperando, pero él no aparece y tiene el móvil desconectado. La mujer pensaba que la policía podría haber vuelto a citarlo. Le han contestado que no, que en ningún momento ha entrado en la comisaría a lo largo del día.

—Bueno, Kate, ahora Travis. Un nuevo problema. ¿Qué puede significar esto?

—Todo apunta a que ha huido, a que era el culpable, pero también podría haberle sucedido algo malo. Es extraño.

Kate llama a Travis, pero su teléfono, en efecto, está apagado. Le deja un mensaje en el buzón de voz que sale a continuación, diciéndole que se ponga en contacto con ella lo antes posible.

—Ahora tenemos dos desaparecidos. ¿Qué está ocurriendo? —comenta Kate bastante sorprendida.

Dan está pensativo, no quiere dar una opinión de momento, pero una sospecha le barrunta.

Capítulo 22

Travis entra en su casa para darse una ducha rápida y volver a la oficina. Tiene una importante comida de negocios con un grupo de empresas con capital chino que quiere invertir en su servicio de excursiones por el Misisipi. Deja las llaves del coche en la entrada y se quita los mocasines nuevos, que aún le aprietan un poco. Está sofocado por el caluroso día y por la presión de poder dar el primer gran salto en su aún no bien asentado negocio. Se queda paralizado cuando ve a un enorme tipo calvo sentado en su sofá con las manos sobre las rodillas.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es usted? —pregunta, intentando no temblar de terror.

—Tranquilo, señor Wells, todo tiene su explicación. Soy yo el que va a hacer las preguntas aquí, no usted —dice el hombre, un gigantón de dos metros y cinco centímetros, con las manos como palas y una descomunal anchura de hombros. Lleva chaqueta a medida, pues no hay trajes para unos hombros como esos.

Travis intenta manipular su teléfono, que tiene en el bolsillo derecho de su americana, pero, de repente, una mano le agarra el codo del brazo derecho, inmovilizándolo. Otro hombre, no tan voluminoso como el que está sentado, pero muy musculoso también, le lleva casi en volandas hasta el sofá donde se encuentra su compañero y lo lanza con violencia contra la mesa. El golpe en las costillas es fuerte, Travis grita de dolor y de miedo. Se levanta a duras penas, mira a la pareja de hombres y busca a otros posibles huéspedes no deseados. De momento, no ve a nadie más.

—Señor Wells, como le he dicho, aquí las preguntas las vamos a hacer

nosotros, ¿de acuerdo? Primera pregunta, que espero responda rápido y sea la última: ¿Dónde está la señorita Wiggins?

—Eso quisiera saber yo. Al verlos he creído que eran ustedes los que la habían secuestrado. Entonces, ¿ustedes no tienen nada que ver con su desaparición?

El gigante mueve la cabeza con disgusto, chascando la lengua y levantándose del sofá con calma, todo a un tiempo. Agarra a Travis de la solapa de su chaqueta, lo levanta del suelo unos treinta centímetros y dice con voz cavernosa:

—Mal empezamos, marioneta, muy mal. No acostumbro a repetir mis preguntas, pero teniendo en cuenta que la vida de la señorita Wiggins está en juego, voy a hacértela por segunda vez.

Le repite la pregunta. Esta vez Travis queda en silencio. Volver a decir que no lo sabe le parece muy peligroso, pero no hay más opciones. Niega con la cabeza, incapaz de pronunciar una sílaba. El primer golpe ni siquiera lo ve venir. Un objeto que le parece de hierro impacta veloz contra su rostro, tirándolo hacia atrás y haciéndole caer al suelo. Era el puño del hombre inmenso. Sangra del labio inferior y ha quedado atontado, casi sin visión. Ahora entiende lo que tienen que sentir los boxeadores cuando caen sobre la lona tras un buen puñetazo que los derriba.

Travis empieza a temer por su vida. Mientras intenta recuperar la conciencia, baraja dos opciones sobre quiénes podrían ser los asaltantes. O son los que tienen a Cristina y ahora han venido por él quizá para matarlo, implicándolo en el secuestro, o son matones de la familia Wiggins, los petroleros de Texas, que piensan que él es el responsable de la desaparición de su amada. El más delgado, un hombre de unos treinta años, con pelo cortado al uno, moreno, con nariz aguileña y ojos que parecen de halcón, lo levanta como si fuera una pluma y lo lleva al cuarto de baño. Travis se

sorprende de ver la bañera a rebosar de agua. Está seguro de que él no la ha dejado así. Por lo tanto, ellos piensan utilizar esa agua contra él. ¡Van a ahogarlo!

—No mereces ni el tratamiento educado que damos a los señores, gilipollas. Has perdido tu oportunidad. Ya sabes lo que deseamos saber, no vamos a estar aquí con la misma cantinela como papagayos del Brasil. Si aprecias tu vida, cantarás como un tenor. Tú mismo —dice el grande, que habla muy despacio, a la velocidad de un hombre totalmente ebrio. Travis no sabe si habla así para amedrentarlo más o es su ritmo habitual.

Sin más preámbulos, le agarra la cabeza y se la introduce en la bañera. Le baja la cara casi hasta el fondo de la misma. Esta primera inmersión pilla a Travis desprevenido, no había cogido el suficiente aire. Además, el pánico que tiene a sumergir la cabeza en el agua, desde niño, hace que luche como un loco por salir. Pero la presa del calvo es fuerte. No consigue subir ni un solo centímetro. Patalea como un loco, intenta agarrar con su mano izquierda la cara de su agresor, pero no consigue llegar. Los brazos del hombre son largos como serpientes, además de gruesos como troncos de roble. Está tragando mucha agua, porque quiere gritar. No recuerda haber sentido tanto pánico en su vida. De repente, lo jala hacia arriba. Sale del agua tosiendo, con arcadas, a punto de vomitar. No lo hace porque necesita meter aire en sus pulmones. Lo hace con grandes estertores, como si fuera un fuelle humano. Los hombres ríen, divertidos.

—Respira, respira a gusto, gallinita. Pronto empieza la segunda tanda. Esto ha sido solo un calentamiento, para que veas lo que se siente. ¿Preparado?

—No, no, ¡esperen! Por favor, se lo ruego, un segundo, no lo hagan, no continúen con esto. Están cometiendo un gravísimo error conmigo.

—Una sola zambullida y ya quiere cantar. Ánimo, periquito, somos todo

oídos —dice el moreno.

—Cristina es mi novia, nos amamos de verdad. Estoy desolado por lo que ocurre. No tengo ni idea de dónde está ni de por qué se ha ido, o quién la tiene. Han de creerme, por el amor de Dios, se los suplico. Yo mismo fui a la policía a denunciar su desaparición y...

La cabeza de Travis vuelve al agua. Tiene la chaqueta y la camisa empapadas. El agua está muy fría y a está a punto de inventarse cualquier historia sobre Cristina con tal de descansar de ese suplicio, aunque sea solo un par de minutos. Esta segunda vez lo sumergen más tiempo. Diez segundos bajo el agua son para Travis como dos minutos para otra persona, se le hacen como diez años.

—¡Por favor, por favor, un segundo, se los suplico, voy a hablar, buff, agghh!

—Estamos escuchando.

—Solo quiero decirles que pueden pegarme un tiro si lo prefieren. No es que no quiera contar dónde está, es que no puedo porque lo ignoro. Sé que no me creen, por eso pienso que todo esto es una pérdida de tiempo. Mátenme, pero que sea rápido.

La respuesta no parece sorprender a la pareja de matones, que están acostumbrados a oír frases similares con tal de ganar un poco de tiempo. Ellos saben que esto forma parte del juego. Fingen mirarse como pensando qué decisión tomar, pero es todo una farsa. El gigante vuelve a agarrar a Travis, pero esta vez con los dedos, apretándole ambas mejillas. Lo mete de cara a los dos hombres, para poder ver su reacción bajo el agua. Lo tiene cuarenta segundos exactos. Cuando lo saca, Travis tose sin poder parar, intenta coger aire, se atraganta con el agua tragada, se derrumba en el suelo de su cuarto de baño. El moreno hace una seña con la cabeza al grande, diciéndole que ese hombre no sabe nada. Es lo que querían saber, pero tienen que asegurarse y

pasan al plan número dos. Ellos saben que hay personas que le temen mucho al agua, y el gran terror experimentado hace que no puedan hablar, no porque no quieran, sino porque su cerebro está en choque y no consiguen coordinar ideas. Es por ello por lo que empiezan a golpearlo sistemáticamente. Primero el moreno, con golpes en el estómago, puñetazos fuertes, con intervalos de cinco segundos. Cuando el grande pide su turno para trabajarle el rostro, se oye el timbre de la puerta. El moreno se acerca al oído de Travis y le pregunta que a quién espera a esa hora. Él le dice, a duras penas, casi sin aire en los pulmones, que a nadie, ya que debería estar en su oficina con unos clientes. No sabe quién puede ser. Le exigen que guarde silencio. Si es algún vendedor o un testigo de Jehová de los que van predicando puerta por puerta, se cansará de llamar. Vuelven a llamar. Los tres hombres esperan en silencio. Travis no sabe qué podría hacer para llamar la atención de esa persona que está llamando a su puerta. Si intenta cualquier cosa, esa pareja de bueyes lo acribilla a balazos o le rompen el cuello. Apenas puede moverse, por lo que tampoco tiene posibilidades. Se hace el silencio. Han dejado de llamar. El grande saca un alicate del bolsillo interior de su anchísima chaqueta y se lo muestra a Travis.

—Es la hora de la manicura, señor Wells —dice en voz muy baja, con una sonrisa de psicópata que aterroriza a Travis.

Cuando Travis está a punto de gritar de terror, un pañuelo se introduce en su boca. El hombre moreno acaba de ponérselo y, con violencia, lo aprieta dentro de su boca. Al instante, él solo le esposa las manos por delante. Mientras, el grande blande el alicate delante de los ojos de Travis. Este suda copiosamente, él mismo cree que no es sudor, sino sangre lo que está saliendo de sus poros. Lo conducen hasta el salón, lo sientan y hacen que coloque sus manos sobre la mesa grande de madera de Travis. Se está recuperando de las inmersiones en la bañera, respira mejor y casi ha dejado de toser, pero el pánico ante lo que se le avecina hace que ya ni se acuerde del agua.

El grande, de repente, se lleva los dedos a los labios, pidiendo a su compañero el máximo silencio. Le ha parecido oír un leve ruido, quizá un vecino, cerca de la puerta. Decide volverse para verificar si todo está en orden, cuando oye una voz masculina alta y clara, bronca, dura.

—Policía de Nueva Orleans, ¡tirad las armas al suelo de inmediato y levantad las manos! Ahora, o comenzaré a disparar. No voy a repetirlo. Coged las pistolas, ambos, con la mano izquierda, hacedlo muy despacio, pero sin pausa, y lanzadlas lejos de vosotros, hacia mí.

El grande deja caer al suelo alfombrado su alicate. A continuación, introduce su mano izquierda en la chaqueta, agarra su PK380 y la lanza a ras del suelo hacia el lugar de donde procede la voz. El moreno hace lo mismo, pero después de la primera pistola, saca una segunda de la cintura, más pequeña, y la lanza también. Después levantan las manos. Kate se acerca a ambos y los cachea rápida y concienzudamente. Con un gesto de la cabeza, informa a Dan de que están limpios. Los matones todavía no han podido ver el rostro del policía, pero arden en deseos. Kate ha cacheado a los hombres sujetando con la mano derecha su pistola reglamentaria. Dan se acerca a Travis para quitarle el trapo de la boca.

—Tiradme la llave de estas esposas, ya —ordena Dan.

El gigante se lleva la mano derecha al bolsillo del pantalón, con la mano izquierda sobre la cabeza, y la lanza con fuerza, pero lejos del alcance de Dan, justo a la otra esquina. Dan lo mira con fuego en los ojos.

—Vaya, de manera que tenemos aquí al listillo de la clase. Goliat, coge la llave que has tirado y entrégamela en la mano —dice Dan, apuntando al hombre a la frente con su pistola.

—Con mucho gusto, joder —dice entre risas.

Esa risa activa las alarmas de Kate, que ha entendido que esos dos hombres están muy preparados y maquinando algo. Se aleja del moreno un

metro, apuntándolo con su arma. El grande ha recogido la llave de debajo de una silla, se acerca a Dan y la deja en la mesa despacio. Dan, sin más avisos, lo golpea con la culata de su pistola en la sien, con un movimiento eléctrico que sorprende del todo al gorila. Se tambalea, pero no cae al suelo. Mira con odio a Dan, está a punto de saltar contra él, pero el tacón de un zapato se incrusta en su garganta. La patada consigue no solo derribarlo, sino enviarlo a tres metros de distancia, llevándose consigo cuatro sillas, papeles, libros y algunos adornos de la estantería cercana. Kate no da crédito a lo que está viendo. Conoce a Dan, pero jamás le había visto golpear así a un hombre. Entonces, el moreno, que no ha perdido ripo de lo que está sucediendo, viendo la momentánea distracción de la policía sobre su persona, que era justo lo planeado, la ataca abalanzándose sobre ella de un salto. La derriba y, con una fina navaja que ha sacado de su antebrazo, donde estaba oculta bajo falsa piel, intenta clavársela en la yugular. Kate, de una rápida voltereta hacia atrás, se zafa del ataque, esquivando la hoja pequeña pero muy afilada y mortal. Dan tiene el dedo índice en el gatillo. Ha esperado a que el hombre estuviera lo suficientemente alejado de Kate. Ahora lo tiene a tiro.

—¡No, Dan, no dispaes, no! —le grita Kate.

El grande está inconsciente en el suelo. El moreno se vuelve para mirar a Dan. Le sonrío. Dan sabe que ese hombre está entrenado para no ser capturado vivo. Está seguro de que tendrá alguna otra trampa con la que herirá de gravedad o de muerte a su compañera. No está dispuesto a arriesgarse. Le dispara. La bala se aloja en la frente, justo entre los ojos. Seguidamente libera a Travis de las esposas.

—Gracias, gracias, señor Connors, señorita Donovan. Acaban de salvarme la vida, no sé cómo agradeceréelo, Dios mío, esto ha sido...

Se desmaya, sin poder decir una palabra más.

Kate no puede evitar que una lágrima se precipite mejilla abajo hasta la

comisura de sus labios. Cuando le ha gritado a Dan que no disparase, ya que quería, quizá por ego personal, por simple rabia, tratar de darle una lección a base de golpes al tipo, ha visto que tenía una pistola minúscula con la que le apuntaba. Solo la rápida reacción de Dan ha impedido que llegara a dispararla contra ella. Una vez más, Dan ha salvado de la muerte a un compañero. Kate corre a abrazarlo.

Capítulo 23

Ninguno de los hombres lleva documentación encima. Cotejan sus huellas dactilares y se desvela el misterio de uno de ellos, el que está muerto. Su nombre es Michael Schwarz. Fue agente de la CIA, expulsado de la agencia por violencia desmesurada contra testigos y gente desarmada a la que detenía. Estaba buscado en dieciséis países por crímenes cometidos contra ciudadanos de esas naciones. Dan sospecha que ambos estaban trabajando para el padre de Cristina. La brutal patada de Dan había dejado sin habla al grande, que al fin, gracias a los servicios médicos, ha podido volver en sí. Su voz es apenas audible, pero Dan pide, y nadie se atreve a negárselo ante la gravedad de lo que ha sucedido, un interrogatorio a solas con el enorme matón. Kate, con los ojos, le ruega prudencia. Dan no está ni para miradas ni para concesiones de ninguna clase. Solo quiere estar cara a cara con ese hombre, al que ha visto disfrutar ante la perspectiva de torturar a un hombre inocente, pues sabe, ahora sí, que Travis es inocente de la desaparición de Cristina. Habría cantado de haber sido culpable, a las primeras de cambio, ante torturadores experimentados. No han conseguido saber quién es el grande. Sus huellas digitales no están registradas. Podría no ser norteamericano. Dan se dice que va a averiguarlo en pocos minutos. Ha pedido que le quiten las esposas. Sus compañeros se niegan, pero una mirada de Dan basta para que todos obedezcan la orden. Cuando Dan está encendido, lleno de justa ira, nadie es capaz de oponerse a sus métodos. Jamás hace daño a inocentes, jamás es brutal con hombres débiles, pero los matones son su debilidad, le gusta pagarles con su misma moneda. Además, en este caso, nadie podrá decir que abusa de su fuerza, pues el hombre ha de ser, según el tamaño, veinte veces

más fuerte que Dan, a la vista de su descomunal físico.

Dan entra en la sala, cierra la puerta con suavidad y echa la llave desde dentro. El gesto no pasa desapercibido para el gigantón, que amaga una fugaz risa sardónica que no engaña a Dan, pese a que sabe que ese tipo está bien entrenado para superar muchos interrogatorios convencionales. Dan no se sienta. Se planta ante el gigante, que está sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, altanero.

—No me interesa ni tu nombre ni tus andanzas, me la suda el currículo de asesino que puedas tener, eso es cosa de tu conciencia. Solo me interesa saber quién os ha dado el encargo de torturar a Travis Wells acerca de la señorita Wiggins. Con que digas su nombre es suficiente. Se acabará todo, ni siquiera será un interrogatorio. En realidad, no lo es. He venido por ese nombre y no voy a irme de aquí sin él.

—Te crees un tipo muy duro, tío mierda, ¿no es eso? —dice con una voz muy ronca, pero apenas audible, pues las cuerdas vocales han quedado afectadas por la eficaz patada de Dan.

Una bofetada que el grande no ve venir estalla en el enorme rostro del tipo, que cae hacia atrás. El chasquido de la palma de la mano de Dan contra la mejilla de la dura piel de Goliat se habría oído incluso en la calle si la sala no estuviera insonorizada. A duras penas consigue levantarse. Mide quince centímetros menos y pesa cuarenta o cincuenta kilos menos que él, pero la potencia de Dan es comparable a la del gigante.

—Esto ha sido un aviso. Cada insulto que reciba de tu parte tendrá su justa respuesta. No he venido aquí a machacarte, sino a obtener un nombre. No saldré de aquí sin él, como te he dicho, así que tengo tiempo; dispongo, en verdad, de todo el tiempo del mundo, grandullón.

—Ni siquiera sabes a quién te enfrentas, imbécil. Esto te supera. No creo que veas la luz del sol mañana tras lo que has hecho con Mike.

Como le ha llamado imbécil, está esperando el siguiente golpe del policía, pero parece no llegar. Cuando va a sentarse, un afilado codo está a punto de incrustarse en su nariz, pero el grande esquiva el golpe, después bloquea dos puñetazos de Dan con sus enormes brazos, pero tiene que ir retrocediendo ante el empuje imparable del policía, que no le deja un resquicio para meter una mano. Intenta un barrido rápido, pero Dan salta hacia atrás; en el salto, su pierna izquierda, en giro, impacta brutalmente contra la barbilla del adversario. La potencia de la patada derriba al hombre de nuevo, que choca contra la pared. Goliat arde de ira, pues nadie lo había humillado de aquella manera. No ha conseguido devolverle ni un golpe. Decide jugarse el todo por el todo. Apoyando un pie en la pared, se da impulso y se lanza como una bala, a pesar de su gran peso, contra Dan. Este lo recibe, dejándose caer hacia atrás. Ambos cuerpos caen, el pie de Dan, sosteniendo la barriga de Goliat, lo levanta y lo lanza hacia atrás. Esa clásica llave la conoce bien el matón y consigue rodar sin sufrir ningún daño. Al segundo, ambos están de pie. Goliat comienza a respetar a ese rival, valiente y fuerte como un tigre de Siberia, ágil como una cobra y terco como un toro de lidia español, esos toros pequeños que no retroceden jamás ante los ataques.

—Tienes cojones, poli, lo reconozco, pero voy a tener que matarte, me he cansado de jugar. Una cosa es soportar una bofetada en una sala como estas y otra dejarme dar por un tío fuerte como tú. Ni lo sueñes.

—Última oportunidad. ¿Quién te contrató para torturar a Wells?

Goliat, con guardia de boxeo tailandés, *muay thai*, palmas levantadas y hacia abajo, se lanza por Dan. Con sus larguísimas piernas, le acierta con una patada baja en la espinilla. Dan ni acusa el golpe, aunque habría derribado a un mulo, pues ha sonado como un trueno. Dan entiende que se ha dejado dar esos golpes. Es muy rápido y ha estado jugando con él, aunque ya no puede parar algo que él mismo empezó. Dan baila al lado del gran gorila, esquivando

la mayoría de sus golpes, de perfecta ejecución. Un par de codazos en la nuca le han dejado algo mareado al detective, pero los ignora.

En la sala contigua, están todos contemplando la espectacular y brutal lucha de esos dos hombres, fuertes como búfalos y rápidos como leopardos africanos. Kate grita que va a entrar, que tienen que pararlo.

—Espera un poco, Kate. Quizá tengamos que entrar a salvar a Dan, pero de momento aguanta —dice el jefe, preocupado, pero sin perder detalle de la pelea.

—¿Os habéis vuelto todos locos?

—Dime, Kate, ¿tú has podido impedirselo? —pregunta uno de los policías que ha intentado pasar con Dan al interrogatorio.

La conversación termina en ese instante.

Goliath agarra a Dan y lo levanta en el aire, va a lanzarlo con fuerza contra el suelo, pero Dan le da en las sienes con un golpe doble de sus muñecas. Durante un segundo, el gigante se tambalea, lo que aprovecha Dan para soltarse y hacer presa con el brazo alrededor del cuello. Está ahogando al gorila. La tensión crece en la sala vecina. El gigante aguanta, bufando, pero se le acaba el aire, la presa es perfecta, no puede soltarse, la fuerza en los brazos de Dan es demasiado para él. Dan le susurra que diga el nombre porque no va a aflojar. Al final, entre estertores, a punto de morir, sabiendo que ese policía va a matarlo allí mismo, pronuncia un nombre. Albert Wiggins, el padre de Cristina. Dan afloja un poco la presa, pero solo lo suficiente como para que coja algo de aire y diga más cosas.

—Nos contrató para intentar averiguar qué han hecho con su hija y dónde está.

Eso es todo lo que quería saber Dan. Suelta al hombre y sale de la sala, muy enfadado. Cuatro policías se precipitan a la sala de interrogatorios para esposar al gigante y llevarlo a un calabozo, ya que es culpable de tortura,

intento de asesinato de un civil y resistencia a la autoridad, como mínimo.

Dan entra en el despacho del jefe. Le dice que le da igual quién sea ese Wiggins. Que no puede decir a sus matones que vayan a Nueva Orleans y torturen al novio de su hija porque él sospecha que es responsable de su desaparición. Si no llegan a aparecer él y Kate a tiempo, Travis estaría muerto, pues es evidente que no sabe dónde está su chica y no habría podido dar ninguna información. Exige su detención inmediata tras la declaración del gorila. Dan está empapado de sudor por la brutal lucha que ha tenido lugar. El jefe le pide que se tranquilice, que van a citar a Albert, por supuesto, y que, si es culpable de esto, se le exigirán las responsabilidades correspondientes.

—Ya, lo de siempre. El pez gordo se irá de rositas mientras que estos matones, bueno, ya solo uno de ellos, por suerte, saldrá de la trena en pocos meses gracias a influencias, favores... No hace falta que me cuentes más. ¿Quién va a compensar a Travis por lo que ha tenido que pasar en su casa? No podemos permitir este matonismo de magnates del petróleo, de las finanzas, grandes banqueros. Se ríen de todo y de todos, ya está bien.

—Dan, estamos atados por la ley, lo sabes.

—Sus leyes, que a ellos no solo no les atan, sino que los salvan, ya ves qué leve diferencia. En fin, voy a casa a adecentarme un poco, apesto a sudor mío y del hipopótamo ese.

El jefe no se atreve a abrir la boca. Dan está haciendo el trabajo, él solo, de varios hombres, y se sienten todos avergonzados por su valor y por la verdad de sus juicios. Kate sale al pasillo, para interesarse por su estado de salud.

—Dan, un segundo, por favor, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, Kate, un poco hasta los cojones de que no se quiera limpiar la mierda con más rapidez, pero sé dónde vivo y cómo funcionan las cosas.

—Te has arriesgado mucho teniendo a ese orangután suelto, sin esposas.

Podría haberte hecho mucho daño.

—Podría, sí, pero no lo ha hecho. Era la única manera de sacarle la información. Ha sido rápido y efectivo, quizá estúpido, lo sé, soy estúpido a veces, como todos, pero lo he conseguido, que es, en un caso urgente como este, lo que cuenta, me parece. El tamaño no lo es todo, como habéis podido comprobar. Nos vemos luego, Kate, tengo que ducharme y cambiarme de ropa.

Capítulo 24

Travis ha estado un par de horas en el hospital. Está bien, le han curado los golpes de la cara. Tiene dos grandes hematomas a la altura del estómago, por los sucesivos puñetazos del asaltante moreno, pero no le han roto nada. Le han mirado los pulmones, por si le hubiera quedado agua, pero la expulsó toda a base de toses. Ya más calmado, se dispone a ir a su casa en taxi. Los policías que lo han acompañado le proponen llevarlo, pero dice que se siente bien y que prefiere ir solo. Dan le hace una llamada. Travis le está tremendamente agradecido, dice que jamás olvidará esa deuda con él.

—Cualquier cosa que necesite usted, señor Connors, la que sea, cuando sea, pídamela. Si está en mi mano poder ayudarlo, lo haré con placer.

—Ahora descanse, señor Wells, por favor. Lo que le ha sucedido es muy duro para cualquier persona. Además, se une la desaparición de su novia. Vamos a encontrarla, seguro. Tenga confianza.

—En usted la tengo, al mil por mil, desde luego. Si alguien puede encontrar a Cristina, es usted. Y su compañera Kate, por supuesto, una mujer muy valiente también.

—No salga de su casa ni hoy ni mañana. No abra a nadie —le aconseja Dan.

—Así lo haré, señor Connors. Un millón de gracias. Espero que no tenga problemas por mi culpa, por lo que ha sucedido en mi casa.

—Ninguno en absoluto. Ha sido cuestión de vida o muerte. Usted lo ha podido ver.

—Sin ninguna duda, declararé lo que he visto, la verdad tiene que triunfar.

—Lo he llamado, además de para animarlo y decirle que no tenga miedo,

para informarle de que ha sido el padre de Cristina quien contrató a esa pareja de matones para sonsacarle el paradero de Cristina. Por supuesto, ella no tiene la culpa de tener un padre así, pero quiero que sepa el tipo de suegro al que se enfrenta.

—Claro, me lo imaginaba. ¿Quién iba a ser si no? Al principio pensé que eran los mismos que habían secuestrado a Cristina, pero al preguntarme por ella, carecía de sentido. Pero con tantas zambullidas, mi cerebro, de repente, ha dejado de funcionar. Solo ahora empiezo a recobrar un poco. Gracias, señor Connors, por esta información que seguramente otro policía no me habría dado.

Se despiden con un «hasta pronto» y Dan entra en la ducha.

* * *

Cuando está en casa, tratando de no pensar en los momentos que ha vivido bajo el agua, cuando creía que iba a morir, suena el móvil. Es Mary. Pensaba que sería su secretaria, pero como la policía se ha ocupado de explicarle lo sucedido, ella no se atreve a llamar aún. Necesita saber qué ha pasado con los chinos, pero la llamada de Mary podría ser más importante. Desliza el dedo por la pantalla para contestar.

—Hola, Travis, ¿cómo estás?

Él queda sorprendido. No entiende cómo ha podido enterarse de lo sucedido. Pero quizá se refiera solo al asunto de Cristina.

—No muy bien, Mary, en realidad. No me encuentro bien, creo que voy a tumbarme un poco. Mañana, con más tiempo, te llamo.

—Me preguntaba si podía ir a tu casa para charlar un poco. Estoy muy preocupada por ti, lo que estás pasando no se lo deseo a nadie, es horrible, pobre Cristina. ¿No hay novedades?

—Sobre Cristina, no.

Mary queda en silencio al otro lado de la línea. Ha percibido, por el tono, además de por el sentido de la frase, que algo malo ocurre.

—¿Significa que contigo sí, entonces?

—Digamos que no he tenido el mejor día de mi vida, pero no importa. Como te digo, Mary, necesito descansar hoy. Hablamos otro día, ¿de acuerdo?

—En realidad, quería hablarte justo de Cristina. Se oyen rumores, he oído alguna historia, pero no sé qué creer, Travis.

—¿De qué hablas, Mary? ¿Qué tipo de historias son esas? Si sabes algo, debes comunicárselo a la policía de inmediato. Cristina podría estar muerta a estas alturas.

—Mejor lo hablamos en persona. Voy para allá.

—Ya te he dicho que no, Mary, es mejor que... ¿Mary? Me ha colgado.

Travis la llama. Necesita saber si ya está yendo hacia su casa. Lo último que necesita es la presencia de una mujer con rumores o teorías que no van a conducir a parte alguna. Pero Mary no contesta. Decide escribirle un mensaje de texto en el que le dice que está agotado y que necesita descansar, que no está en condiciones de hablar con nadie. Tampoco obtiene respuesta. Se tumba en la cama sin quitarse la ropa, creyendo que se quedaría dormido de inmediato, pero no es eso lo que sucede. Las imágenes de su cabeza metida en la bañera, el indescriptible agobio de esa tortura lo martillea una y otra vez. Es como si no pudiese ordenarle a su cerebro estarse tranquilo, quieto, sin recordarle lo que preferiría no haber vivido jamás. Entra en un estado de semiinconsciencia, en un duermevela similar al que se produce con la fiebre. Su cuerpo está relajado, pero la mente no. Le parece oír el timbre de la puerta, pero no puede distinguir si forma parte de la pesadilla o el timbre es la pesadilla misma. Al final se queda dormido.

* * *

Kate sale de la comisaría. La tensión en la casa de Travis, y después la lucha de Dan con el gigante, le han afectado los nervios. Va a tomarse un granizado de limón en una cafetería cercana. Cuando está dentro, ya con la bebida sobre la mesa, advierte, muy inquieta, que Albert está fuera. La ha estado esperando fuera de la comisaría. Desesperada, trata de pensar en la mejor solución para todos, pero no la encuentra. Cómo echa de menos a Dan en ese instante. Con él allí, el cobarde de Albert no se atrevería ni a acercarse a la puerta, pero no está. Y no quiere llamarlo. Esta vez uno de los dos podría resultar muerto. Kate entiende ahora que Albert no está bien psicológicamente. Se le ha ido la cabeza del todo. Ya no parará hasta que alguien salga muy mal herido. Decide avisar a comisaría. Es preferible que salga cualquiera de sus compañeros y que traten de reducir a Albert. Este entra en la cafetería. Va directo por Kate mientras ella da el aviso, dice que es urgente, que ya está casi a su lado.

—Solo he venido a decirte, zorra de mierda, puta asquerosa, traidora desgraciada, serpiente rastrera, que tu amiguito pronto pasará a mejor vida. Recuérdalo. El petardo del otro día fue un simple aviso, nada más. Dile que era la cuenta atrás del reloj.

Entonces, con un manotazo, derriba la copa de granizado, que va a estrellarse contra la espalda de un musculoso, aunque tripón, camionero que estaba comiendo tranquilo un bocadillo. Se vuelve despacio y le dice a Albert:

—Mira, cabrón, no me meto en asuntos personales, pero acabas de lanzarme una copa a la espalda, me has echado a perder la camisa, y esto no va a quedar así.

—Cierra la boca, gordo seboso, si no quieres que te la saque por la nuca

—ruge Albert.

Kate, en ese momento, piensa cómo ha podido estar tantos meses con un desequilibrado mental como este, que es carne de presidio o, aún peor, de inyección letal. El camionero se acerca a Albert, creyendo que su gran tamaño amedrentará al loco y le hará huir del local, pero ocurre todo lo contrario. Albert saca una pistola, con la que amenaza al hombre, que retrocede, asustado.

—Ponte de rodillas, guarra —le grita a Kate, apuntándole con el arma. Entonces, con el rabillo del ojo, Albert ve que tres policías acuden a la carrera hacia la cafetería. Corre hacia el fondo del bar, entra en el cuarto de baño, cierra por dentro y se encarama a una ventana que está dos metros por encima del suelo. Es un ventanuco estrecho, pero consigue introducirse por él y saltar a un callejón, por donde desaparece. Cuando los policías derriban la puerta del baño, ven un zapato que se precipita hacia abajo. Tratan de cogerlo saliendo del bar, cada uno por un lado, pero lo estaban esperando con una moto y se esfuma de la zona en segundos.

* * *

Dan llega a la comisaría media hora después. Kate está en el vestíbulo, nerviosa, sin saber si contarle a su compañero lo que acaba de ocurrir. Después del día que ha tenido, si ahora escucha el incidente de la cafetería, es probable que se vaya directamente a buscar a Albert, aunque solo sea para encarcelarlo de una vez. Pero no le da tiempo a contarle nada, pues el aviso de emergencia en el llamador que le han proporcionado a Travis suena con insistencia. Vuelve a estar en peligro. Dan llama a su móvil, pero está apagado. Una vez más. El moreno ha muerto, el grande está detenido y en uno de los calabozos de la comisaría. ¿Cuántos hombres más ha enviado Albert

Wiggins? Dan, con Kate a su lado, cruza Nueva Orleans a gran velocidad, con la sirena conectada, para ir abriéndose paso. Piden una llave maestra a los de seguridad, diciéndoles que el señor Wells está en peligro de muerte. Ellos se la dan de inmediato. Cuando Dan abre la puerta, con Kate cubriéndole y con su pistola en la mano derecha, ve una escena que no esperaba. Mary apunta con un revólver a Travis, que está sentado en el sofá. Ella de pie, está a punto de disparar, pero la acción de Dan salva, una vez más, la vida de Travis. Grita a Mary que arroje el arma al suelo y levante las manos. Eso hace que el disparo se desvíe y la bala roce el hombro del dueño de la casa, que, con un aullido de dolor, se derrumba sobre el sofá, llevándose la mano a la herida. Dan está a punto de disparar, pero Mary no parece tener intención de volver a tirar, y cree que si la mata, no encontrarán a Cristina jamás. En ese momento entiende quién ha hecho desaparecer a la joven. Mary tira el revólver al suelo y comienza a llorar, de manera histérica, poniéndose de rodillas. Kate hace una seña a Dan para que le permita a ella acercarse a la mujer. Sin enfundar su arma, le pide que se tranquilice y que arroje cualquier otra arma que porte. Mary contesta, entre hipidos, que no lleva ninguna, solo ese revólver que había cogido de casa de su padre, un gran aficionado a las armas. Kate procede a esposarla. Han sido testigos de cómo intentó matar a un hombre. Le lee sus derechos y le dice que será denunciada ante la justicia por intento de asesinato.

—¿Por qué no podía amarme a mí como lo hacía con Cristina? ¿Por qué? Maldita sea, ¿por qué?

Dan y Kate se miran. El detective está haciendo un torniquete en la herida. Los servicios médicos ya están en camino.

—Una vez más, señor Connors, Dios mío, ¿es usted mi ángel de la guarda, quizá? Me siento mal, ¿sabe?

—No hable mucho, señor Wells, tranquilo, la bala no está dentro, es una

rozadura, dolorosa, pero con unos puntos y unos días de reposo, se le curará bien, ha tenido suerte.

—No, no me ha entendido, me siento mal no por esta herida, que comparada con lo de este mediodía es del todo baladí. Verá, cuando lo conocí, me dije que era usted odioso, creía que me consideraba culpable de la desaparición de la pobre Cristina, y ya veo quién y cómo es usted. Por eso, acepte mis disculpas.

—No tiene por qué, señor Wells, de verdad. Ahora no piense en esto. Ya hablaremos. Dígame, ¿la señorita Abbot le ha comentado dónde está Cristina? ¿Ha sido ella quien la ha hecho desaparecer?

—Ha venido aquí con esa excusa, sí, me ha llamado para decirme que quería hablar, pero yo me he negado. Estaba agotado y necesitaba descanso, pero ella insistía. Aun así, le he escrito un mensaje para decirle que hablaríamos mañana. Me he tumbado en la cama y me he quedado dormido. Después, no sé cómo, de repente, ella estaba ahí, frente a mi cama, mirándome con una cara extraña de cordero degollado. He creído que estaba soñando, pero cuando la he visto acercarse a mí y sentarse en la cama, mientras me acariciaba el pelo, he pegado un salto. No daba crédito. No sé cómo ha logrado entrar, cómo ha abierto la puerta. Con lo asustado que estaba por lo que me han hecho, me he asegurado de cerrar bien la puerta con la llave, dando las cinco vueltas máximas. Es una puerta de seguridad. Voy a demandar a la compañía. Aquí se cuela cualquiera.

La última frase hace sonreír a Dan, a su pesar. Siendo un hombre normal, con todo lo que le ha pasado, aún tiene humor para ciertos chistes, aunque sean malos. Tiene su mérito, se dice Dan.

—Pero no —continúa Travis—, en ningún momento ha mencionado la desaparición de Cristina. Me ha dicho que ahora era libre, que podíamos soñar juntos, que nos espera no sé qué vida maravillosa y mil cosas absurdas

más. Está para encerrarla, en serio. Que la vea un psiquiatra, pero antes que diga dónde está Cristina. Creo que podría haber sido ella la responsable, no sé cómo, pero después de esto, ¿qué pensar?

Kate se ha llevado a Mary al coche patrulla. No ha podido escuchar lo que contaba Travis. Sigue llorando, histérica. La médica de la ambulancia le inyecta un calmante a través de una larga aguja. Ella ni se da cuenta. Otro coche patrulla se la lleva a comisaría, donde será interrogada. Kate sube para estar con Dan y Travis. Siente mucha lástima por ese hombre. Y pensar que ella creía que él podría ser el responsable de todo...

Capítulo 25

Dan y Kate están en la sala de interrogatorios. Aunque empiezan a estar agotados por tanta tensión, es imperativo tratar de que Mary confiese la verdad. Cuando la mujer se encuentra algo más calmada, el médico dice que está lista para declarar. Sentada, esposada con las manos a la espalda, mira a Dan a los ojos. Ha sido él quien ha salvado a Travis de morir de un disparo suyo. También la ha salvado a ella de cadena perpetua o de algo peor. Luisiana es uno de los estados de la Unión que castiga algunos delitos con pena de muerte, en este caso, a través de la inyección letal. Aun así, siente odio por ese hombre fuerte que se ha atrevido a amenazarla con una pistola, cuando no entiende que lo único que ha ocurrido ha sido un ataque de celos desmesurado.

—Señorita Abbot, no hace falta que le digamos de qué se le acusa, ya que tres personas hemos sido testigos de ello, no vamos a hablar, de momento, de este asunto. El señor Wells se encuentra bien, en el hospital, pronto volverá a casa. Por suerte, no ha conseguido usted lo que se proponía.

—¿Qué insinúa? ¿Cree que deseaba matarlo? Amo a Travis, lo he querido siempre, desde el primer día en que lo vi. No hay hombre más atractivo en todo el planeta. Es mi ideal de hombre, de eso no cabe duda. No, no pretendía matarlo, y eso nunca podrá juzgarlo un tribunal. Solo quería amedrentarlo un poco para que me escuchara, pues estaba como ido, harto, no sé, no quería escuchar. Solo quería disparar, pero nunca pensé que la bala pudiera acertarle, de eso me arrepiento, por supuesto.

—No tengo el día ni para mentiras ni para circos, así que déjelo; lo que sí nos importa es la vida de una mujer, de la que dudo mucho que sea usted la amiga que decía ser. ¿Qué ha hecho con la señorita Wiggins? Conteste.

—Ahora resulta que soy culpable también de la desaparición de Cristina; esto es el colmo, señor.

—No ha dudado usted en entrar en una casa por la fuerza, cometiendo el delito de allanamiento de morada, ha amenazado con un arma al dueño y ha disparado sobre él. Me puedo creer a la perfección que usted haya cometido el crimen de secuestrar o asesinar a esa mujer.

—Que venga Travis, solo estoy dispuesta a hablar con él.

—El señor Wells se encuentra en este momento en el hospital. Necesita puntos de sutura en esa herida que usted le ha infligido —dice Kate.

—Sin Travis aquí, no voy a decir una sola palabra. No pienso contestar a más preguntas.

—Si la señorita Wiggins está aún viva y todo depende de usted, le recuerdo que en Luisiana existe todavía la pena de muerte. Está usted jugando con dos vidas, señorita Abbot, piénselo, la suya y la de Wiggins.

—Ya les he dicho con quién voy a hablar. Con él y con nadie más — reitera, con terquedad, Mary.

Kate y Dan salen del cuarto para valorar si merece la pena traer a Travis al interrogatorio.

—Está tan obsesionada con él —dice Kate— que creo que si no aparece, no le sacamos nada ni con pinzas. Quizá quiera hacerle sufrir contándole cómo la ha matado; sé que es terrible, pero algunas mujeres, cuando pierden la decencia y la humanidad por los celos, pueden ser capaces de hacer barbaridades inimaginables.

—No sé, podría funcionar, pero tengo la sensación de que solo nos toma el pelo. Soy partidario de meterla en la celda de aislamiento. Ahí se curan muchas bobadas y terquedades y las afonías sufren mejorías prodigiosas, pero no perdemos nada por traer a Travis hasta aquí.

Kate llama al hospital. Le dicen que ya lo han curado y que está bien,

aunque han tenido que sacar diversas hebras de tejido que han entrado con la punta de la bala, pues podrían infectarse. Le han dado siete puntos de sutura, pero la herida no reviste mayor gravedad. Puede irse a casa. Los policías que están con Travis en el hospital reciben la orden de llevarlo con urgencia a la comisaría. Veinte minutos después, Travis aparece; está demacrado, agotado y cabizbajo. Dan trata de animarlo con un café y una leve palmada en el hombro sano. Le explica la situación con Mary en medio minuto.

—¿Cree usted que a mí me dirá dónde está Cristina?

—No quiero darle esperanzas, señor Wells, pero si sabe algo, el indicado para recibir esa información parece ser usted, de momento. Es la última oportunidad que le doy. Si a usted tampoco le cuenta nada, me la llevo de inmediato a la celda.

—De acuerdo. ¿Tengo que estar solo con ella?

—De ninguna manera; Kate y yo estaremos con usted en todo momento, no se preocupe. Esa loca no volverá a tocarlo nunca, pero la vida de Cristina está en juego, creo que merece la pena este intento. Adelante.

Mary no esperaba que trajeran a Travis ante su presencia después de lo que había pasado. Intenta fingir indiferencia, pero no lo consigue del todo. Tanto Kate como Dan notan un leve respingo de su barbilla.

—Me han dicho los detectives que querías hablar conmigo, una vez más. La primera vez era un truco para matarme, o hacerme qué sé yo. Ahora te será más difícil, pero aquí estoy. Necesito descansar, así que, te lo ruego, sé breve.

—Travis, querido, mi pobre Travis, cómo lo siento. Se ha disparado la pistola, no soy ninguna experta en el manejo de esos aparatos, me dan miedo.

—¿Para qué llevabas un arma si solo querías hablar?

—Es un revólver que llevo como defensa personal. El mundo está muy enfermo, en cualquier esquina puede ocurrirte lo inesperado. Pero no hablemos de eso ahora, Travis. Tenemos un futuro por delante. Quizá tenga que

pasar una temporada en la cárcel, no será larga, a fin de cuentas, no te ha ocurrido nada y ha sido todo un desgraciado accidente, pero cuando salga, construiremos nuestra vida juntos, Travis, como siempre hemos soñado.

La cara de sorpresa y asco de Travis hace saber a los detectives que esa mujer delira, está loca, pero no osan intervenir, están ahí solo por la seguridad de Travis.

—¿Qué estupideces dices?, ¿qué sueños? Serán los tuyos, estás enferma, no sabía que estuvieras mal de la cabeza. A mí no me metas en tus delirios, Mary. Amo a Cristina como el primer día, siempre la he amado y no la he traicionado jamás, con nadie, y mucho menos con una histérica como tú. Si me has hecho venir hasta aquí, a toda prisa, para decirme estas chorradas, creo que mejor me voy a mi casa, estoy agotado.

Travis mira de reojo a Dan, en busca de ayuda. El detective, que se esperaba eso, tenía preparada una tarjeta blanca con el nombre de Cristina escrito en letras rojas grandes. Travis asiente y finge escuchar lo que tiene que decir Mary.

—Tengo grandes planes para ambos, Travis, amado, ni te los imaginas. Nos iremos de esta apestosa ciudad. Tú podrás seguir con tu negocio de los barcos, si te gusta, pero no tendrás que estar aquí. Puedes dejar un representante, un socio, lo que quieras. Nos iremos a Bahamas, a Cuba, a Jamaica. Adoro el Caribe. Viajaremos después por toda Europa, esa vieja y decrepita dama que tanto nos atrae a los americanos. Allí podríamos vivir una temporada, por ejemplo en Italia, el país eterno. ¿Te imaginas, Travis? Tú y yo por las estrechas callejuelas de Florencia, paseando por Roma, viendo el Coliseo, besándonos en las góndolas venecianas... Podríamos instalarnos en Italia... Es tan bella. Te amo tanto, Travis, ni siquiera puedes hacerte una idea de cuánto es. Sé que tú me amas también, aunque te lo tengas callado.

En ese punto, Travis la interrumpe.

—Todo eso es muy bonito y está muy bien, Mary, pero te olvidas de un detalle, me temo.

Mary lo mira y deja caer una mano hacia abajo.

—¿Te refieres a Cristina? Pero, Travis, asume la realidad. Cristina se ha ido, te ha dejado. Sí, para eso te he hecho venir. Mi amor por ti lo conoces desde hace tiempo, pero lo de Cristina parece ser que aún no. Quería habértelo dicho antes, pero te has puesto tan agresivo y tan pesado que he tenido que amenazarte para que me escucharas. Cristina se ha ido lejos, nunca volverás a verla. Te ha abandonado. Sí, a ti, a Travis Wells. Sé que está loca, pero eso solo nos beneficia. No ha sabido valorar lo que tenía. En cualquier caso, no es asunto mío. Si se ha ido, que le vaya bien, por mí, como si estuviera en la Antártida.

Dan y Kate se miran. ¿Es posible que ahora no esté mintiendo y no haya sido ella la culpable de la desaparición? No lo ven probable, pero como policías, saben que la realidad, muchas veces, supera cualquier fantasiosa teoría imaginable. Deciden dejarla explayarse. Travis está a punto de estallar, pero Kate le recomienda calma con un gesto de la mano que Mary no ve. Decide que no va a escuchar más estupideces, y le da igual lo que digan los policías. Hay que parar el absurdo discurso de esa demente.

—Tú has hecho desaparecer a Cristina, desgraciada, asesina. ¡Dinos dónde la tienes, qué has hecho con ella! —grita Travis, poniéndose de pie de repente, sorprendiendo a los detectives, pero, sobre todo, a Mary.

—Travis, tú... ¿Cómo te atreves a acusarme a mí de...? Cristina es mi amiga.

—Cállate, loca, estás desquiciada. No sé cómo lo lograste, pero te has llevado a Cristina, o la has engañado para que vaya a algún lugar y la has matado. Confiesa, hija del diablo.

—Es el amor, Travis, el amor que al fin brota en ti, el que te provoca

decirme esas injustas palabras. Nos queremos, no sé dónde está Cristina, pero eso no nos ha de importar, nosotros...

—¡Basta, chiflada! Tienen que llevarte a un manicomio de inmediato, estás muy mal. Pero antes confiesa qué has hecho con Cristina. Vamos, habla.

Mary se levanta también de su silla. Dan está atento; aunque está esposada, podría tratar de acercarse a él y morderlo con rabia en la cara, no sería la primera vez que viese algo así.

—Yo no estoy loca, imbécil. Tú eres solo un pobre gilipollas, un paleta que vino del pueblo con sueños de grandeza, creyéndose un as de los negocios, cuando lo cierto es que eres mediocre y tienes una inteligencia muy limitada. No llegarás a nada, Travis, me das asco. Pero vas a recibir un castigo adecuado a tu estupidez. Escúchame bien, Cristina va a morir justo delante de tus narices. Sí, lo has oído bien, delante de ti.

Mientras Mary sigue con su retahíla de insultos y ofensas contra Travis, Kate y Dan analizan la situación. Creen que es ahora cuando ella ha dicho la verdad, ha estallado. Pero han revisado las tres casas, las de Dan, Cristina y también, aunque no a fondo, la de Mary, pero ella dice que va a morir delante de las narices de él, por lo tanto, muy cerca de su casa. ¿Dónde? Deciden esperar un poco y seguir escuchando la filípica de Mary contra Travis, que podría ayudar a encontrar a Cristina.

—Todo este tiempo he estado esperando, todos estos largos meses he estado preparando rutas, mirando casas bellas en distintos lugares del mundo, preparando nuestro nido de amor, pero tú me vienes ahora con que soy una chiflada, una tarada, creo que has dicho. No tienes ni la menor idea de quién soy, de lo que podría hacer por ti, de la fuerza que tiene mi amor, que es infinito. Jamás podrías ni soñar con que una mujer te amase como yo te amo a ti, Travis, nunca. Cristina solo estaba contigo por rutina, porque se trasladó hasta aquí en un enamoramiento extraño. Quería salir de su Dallas natal, donde

se aburría como una ostra. Te conoció, Nueva Orleans le pareció un sitio exótico donde pasar algunos años, pero ya ves. El amor se le agotó, no era tan fuerte como el mío. En su interior no hay ese fuego necesario para que la llama dure y se perpetúe, ¿comprendes, querido?

—Lo único que comprendo es que eres una cursi sin remedio, además de estar como un cencerro. Pero di, pues hay poco tiempo, ¿qué significa eso de que morirá en mis narices? ¿Acaso vas a esperar a que estemos juntos para dispararle como has hecho conmigo? ¡Contesta! —grita Travis al borde de la histeria, pues esa mujer le ha sacado de sus casillas.

—Va a morir, Travis, escucha bien, que la ira te ciega, ese es uno de tus defectos. No sabes escuchar. No he dicho que la vaya a matar, yo no he matado ni voy a matar nunca a nadie. He dicho algo muy diferente, que va a morir.

—Maldita desgraciada, hija de puta cruel, cobarde. ¿Qué le has hecho?

Dan se ve obligado a agarrar a Travis, que se abalanza contra Mary en un estallido de cólera. Son ellos los que le han traído hasta aquí para que viva una escena difícil, no pueden culparlo ahora de nada, bastante ha tenido que soportar.

—Tranquilícese, señor Wells, lo ha hecho usted muy bien. Creo que es hora de que se vaya a su casa y descanse de verdad. Yo mismo lo llevo, venga, vámonos. Nosotros nos ocuparemos de ella.

Kate, de repente, se golpea la frente con la palma de la mano, sorprendiendo a Dan y a Travis, y sale corriendo, sin dar una sola explicación. Dan la sigue, no sin antes dejar a Mary a cargo de dos policías. Les ruega que la encierren en la celda de abajo. También le pide a Travis que los acompañe. Este no se lo hace repetir y se va corriendo escaleras abajo, aunque con mucha dificultad, tras los detectives, sin saber adónde se dirigen ni qué ha pasado por la mente de la detective, pero intuye que podría ser una pista que los conduzca hasta Cristina.

—¡Kate, un segundo! —grita Dan—, solo dime adónde diantres vamos.

—El coche, Dan, el coche. No lo registramos por dentro. El coche de Cristina.

Dan piensa. Es cierto. Cuando iba hacia el coche, el primer día, solo miró a través de los cristales. Cuando quiso hacer una inspección más minuciosa, recibió una importante llamada que los distrajo y tuvieron que salir de allí. Había olvidado totalmente que no llegó a mirar en el maletero. Habrían tenido que abrirlo y todo eso, pero aquella llamada lo distrajo por completo. Craso error.

Kate conduce como una loca, esquivando coches, bordillos, motos, peatones...

—Dentro del coche no había nada, Kate. ¿Crees que ha podido meterla en el maletero?

—Es solo una corazonada, pero me ha dado tan fuerte... No perdemos nada por intentarlo.

—Tiene sentido, pero si al final no está ahí, habremos perdido una gran oportunidad. Ella había comenzado a hablar al fin —apunta Dan muy preocupado—. Aunque en verdad se halle dentro de su propio maletero, han pasado algunos días. No es muy probable que esté viva si la ha metido ahí. Lo siento, señor Wells, estamos solo analizando los hechos, pero... no quiero mentirle, hay muchas posibilidades de que su prometida...

—Lo sé, agente Connors, no se preocupe. Yo mismo pienso en esto cada día. Solo espero que no, pero entiendo que el tiempo corre en su contra.

Kate ha tenido la idea de coger el bolso de Mary. Le pide a Dan que lo vacíe. Es posible que allí esté la llave del Mercedes de Cristina.

—Aquí no está, Kate —dice Dan, que sabe que no va a ser tan fácil abrir ese maletero.

—Señor Wells, ¿usted tiene copia de esa llave?

—No, jamás he tenido una llave de ese coche, por desgracia.

—¿Sabe, por casualidad, si Cristina guardaba una segunda llave en algún lugar de la casa? Piense, es vital el tiempo —le insiste Kate.

Circulan a gran velocidad, se están acercando a la casa.

—Creo que sí. Ahora que lo pienso, hay una bandeja en la cómoda de la entrada. Ahí guarda algunas copias de llaves. No sé si la del coche también, pero podría ser. No cuesta nada comprobarlo. Será más rápido que forzarlo.

Cuando llegan a la casa, Dan consigue que uno de los vigilantes se preste a intentar abrir el coche con una barra de uña. Mientras, Travis y Kate suben al piso para buscar la llave.

—Señorita Wiggins, ¿está usted ahí? —grita Dan, golpeando el maletero del coche, pero con golpes no demasiado fuertes, para no asustarla—. Soy policía, me llamo Daniel Connors. Si usted puede, dé algún golpe para que sepamos que está viva.

No se oye nada. La decepción se apodera del vigilante de seguridad, que ha conseguido, con sus manipulaciones, que salte la alarma del coche. Dan pega la oreja a la chapa del maletero, tratando de distinguir algún sonido en medio de los agudos aullidos de la alarma. No se oye nada. Piensa que se han equivocado. A continuación, piensa que no, que Kate ha acertado, pero que han llegado demasiado tarde.

Travis y Kate buscan por toda la casa, pero no encuentran la llave. Travis está tan nervioso que Kate le pide que baje con Dan, pues no podría encontrar, en ese estado, ni una pelota de tenis dentro de una pecera pequeña.

Al fin, el vigilante logra forzar el maletero, que salta de repente hacia arriba. Y allí está Cristina, en posición fetal, con cinta en la boca, con las manos atadas a la espalda y los pies esposados. No se mueve.

—¡Cristina! ¡Amor mío! Dios mío, nooo, está muerta, no.

Dan logra apartarlo, diciéndole que le deje escuchar su pulso. El olor a

heces y orín que emana del maletero golpea las fosas nasales de Dan. Podría estar viva. Le toma el pulso. No lo nota. Pero está viva, tiene que estarlo, pues la piel no está fría, sino templada, ha de estar viva por fuerza.

—Está viva, señor Wells, quizá en las últimas, pero aún viva —dice Dan, sonriendo.

Dan pide al vigilante que le ayude a sacarla con cuidado mientras él avisa a la ambulancia. Les dice que vuelen hasta allí. Dan le quita el esparadrapo de la boca. Es una mujer bellísima, mucho más aún que en las fotografías. Sigue en estado inconsciente, pero está viva.

—Tiene que tener todos los músculos entumecidos, pobrecilla. Señor Wells, ánimo, su Cristina está, de momento, viva. Parece fuerte, se ha aferrado a la vida, ha resistido como una verdadera superviviente. Parece increíble. Ayúdeme a darle masajes por piernas y brazos. La sangre no le corre por las manos debido a las cuerdas tan apretadas. Esa maldita loca...

Los servicios de urgencia llegan tres minutos después. Dan se alegra de verlos. En ese momento baja Kate, que no ha logrado encontrar esa dichosa segunda llave que quizá ni exista. Está feliz de ver a Cristina viva. Se abraza a Dan. Travis los abraza a ambos. Les da las gracias una y otra vez, entre lágrimas. Cristina sigue sin despertar. El médico de la ambulancia cree que está gravemente deshidratada. También podría haber sufrido algún tipo de coma debido al enorme sufrimiento psicológico. Hay que llevarla con urgencia al hospital, podría morir de un momento a otro. Su cuerpo ha pasado todos los límites. Los detectives y Travis quedan muy preocupados y siguen en coche a la ambulancia. Tanto Kate como Dan están agotados. Travis decide quedarse en el hospital. Ellos están con él media hora, pero al final tienen que irse, pues los asuntos se les acumulan. Quedan en pasarse a primera hora de la mañana, deseando que Cristina despierte al fin.

—Si ha aguantado toda esta tortura, no va a dejarte solo ahora, Travis —

dice Kate, tuteándolo por primera vez.

—Va a salir de esto, sí, yo también lo sé, estoy convencido. No rezo a Dios desde que tenía siete años, pero esta noche lo haré. Sí, sí, por ella lo haré.

Kate piensa lo bonito que sería conocer alguna vez a un hombre como Travis, que sepa amar de verdad. Después mira a Dan y se dice que lo ha tenido al lado siempre, pero sus ojos no lo veían.

Capítulo 26

A primera hora de la mañana, Kate y Dan se acercan hasta el hospital donde está ingresada Cristina. Los médicos han logrado estabilizarla. Su organismo ha sufrido mucho por la falta de agua, pero lo fresco del garaje y el hecho de que el sol no hubiera calentado el maletero le ha salvado la vida. Si el coche hubiera estado aparcado en la calle, no habría aguantado tantos días. Se ha despertado y puede hablar. Piden permiso a los médicos para hablar un poco con ella. Quieren saber si fue Mary la autora del secuestro o utilizó a otros.

Está tumbada en una habitación individual, muy limpia, pero en penumbra, pues sus ojos aún tienen dificultades para soportar la luz del día de un lugar tan soleado como Nueva Orleans. Allí está Travis, el pobre Travis, golpeado, torturado y disparado, pero feliz de poder abrazar de nuevo a la mujer de su vida.

—Nos alegramos muchísimo de no haber llegado demasiado tarde, señorita Wiggins —dice Kate, entregándole un bonito ramo de rosas, que Travis coloca en un jarrón junto a la cama.

—Gracias a ustedes por salvarnos, a ambos. Travis me estaba contando todo. Incluso le han disparado. Pero esa Mary... no sabía que estuviera tan enferma, está loca perdida.

—¿Fue ella quien la metió en el maletero? —pregunta Dan.

—No puedo decir quién lo hizo. De repente, aparecí ahí. Ni siquiera sabía que era mi coche. En ningún momento he sabido dónde me encontraba. Oía coches a veces, claro, pero no sabía que me habían metido en el mío. Supongo que Mary me introdujo algún somnífero o algo en la bebida cuando vino a mi

casa. Es lo último que recuerdo, estar hablando con ella. Ahora, solo ahora, recuerdo vagamente que salimos de casa, creo que ella me acompañaba, o me abrazaba, recuerdo que esperamos al ascensor, pero nada más, ahí se acaba todo. Después todo es oscuridad y confusión. Creí que jamás me encontrarían. Pensé que me iba a volver loca, pero después me desmayaba con frecuencia. Al principio intentaba desatarme, golpear, pero no había forma, eso solo me perjudicaba, perdía fuerzas. Así que decidí estar quieta, como en hibernación, y esperar hasta que quisieran soltarme o alguien me encontrara.

—Entonces, usted no puede probar que haya sido la misma Mary la que la llevase hasta el garaje. Me extraña que una mujer sola haya podido llevar a otra en brazos sin que nadie notara nada. Es extraño, pero la señorita Abbot nos responderá a todo. Si no a nosotros, al juez. Se juega muchos años de cárcel. Ahora descanse, por favor, sentimos haberla molestado. Que se restablezca muy pronto —dice Dan.

* * *

Dan y Kate sacan a Mary de la celda para interrogarla. Ella, en principio, se niega a decir nada. Pero cuando Dan le dice que Cristina recuerda cómo ella la llevaba medio dormida hasta el maletero del coche, se derrumba. Dan ha acertado. Así fue como lo hizo. No esperó a que estuviera totalmente dormida, sino cuando apenas podía andar. Agarrándola de los hombros, consiguió bajarla en el ascensor antes de que se desmayara del todo, diciéndole que iban fuera, al garaje, que la iba a llevar al hospital. Los últimos metros ya estaba dormida del todo, pero Mary es fuerte y pudo llevarla. Abrió el coche con la llave, que había cogido previamente mientras Cristina preparaba las bebidas. Ya en el maletero fue donde la ató, amordazó y esposó.

—¿Por qué ha hecho usted algo tan cruel, señorita Abbot? —pregunta Kate, que está indignada con el comportamiento de una mujer que se dice amiga de otra y es capaz de llevarla a un sufrimiento físico, pero sobre todo mental, indescriptible. ¿Solo por celos?

—¿Por qué no podía amarme a mí, por qué? Soy yo la que pregunta por qué. No podía soportar verlos juntos, no lo resistí más. Cuando me llamó para decirme que quería hablar, pensé que era mi oportunidad. La odiaba, la odio con toda mi alma, como nadie ha odiado nunca. Lo habría hecho una y mil veces. Pero no, si pudiera volver atrás, no la metería otra vez en el maletero, pues podría haber sobrevivido. Me habría asegurado. Por otro lado, también quería que sufriera, como he sufrido yo todo este tiempo viendo que el hombre de mi vida ama a otra, una pija rica que pretende saberlo todo, que se cree altruista, que piensa que puede conseguir todo lo que se propone. Una mujer así es un gran peligro para todas nosotras, no nos deja espacio.

Lo dice todo con los ojos muy abiertos, con tal convencimiento que Kate no puede hacerle más preguntas, ya que no acierta a comprender tanta crueldad e hipocresía. Está a punto de salir, pero Dan le hace una pregunta.

—¿Cuándo pensaba usted avisarnos de lo que había hecho?

Mary lo mira, con una sonrisa muy extraña en su bello rostro. Tarda en responder, pero al fin lo hace.

—Jamás.

Los detectives no le han dicho aún que Cristina está viva. Piensan que si la cree muerta, podrá contar más cosas, aunque eso ya da igual, pues acaba de reconocer su autoría. No participó nadie más.

—Me pondrán la inyección, quizá; ya estoy muerta, en realidad, así lo siento, pero ella también, y eso me consuela un poco. Travis tendrá que amarla a través de la tumba, supongo. Un final malo para todos, sí.

Kate no es capaz de aguantar más tiempo y le da la buena noticia, pésima

para Mary.

—Señorita Abbot, aunque lo de señorita le queda a usted muy grande, Cristina está viva. Llegamos a tiempo. Es cierto que casi lo consigue, un día más y estaría muerta, pero le han salvado la vida en el hospital. Pronto saldrá de ahí y seguirá con su vida. En cambio, usted...

—¡No puede ser! Es imposible, son demasiadas horas para resistir. Me están tomando el pelo, quieren torturarme con esa noticia. Claro, es mentira, un infundio policial más.

Mary ríe como una loca, pero Dan sabe que no lo es, digan lo que digan los psiquiatras. Es, simplemente, una mujer malvada. Dan va un paso más allá que Kate. Quiere que Mary oiga la voz de Cristina. Sale de la sala, llama a Travis y le pide que le ponga el teléfono a Cristina para que salude, solo eso, que diga hola a Mary. Travis dice que él no quiere hablar con ella y que hará lo que le pide Dan. Haría cualquier cosa que él le pidiera. Entonces, con Cristina al otro lado de la línea en el móvil de Dan, este le pone el teléfono en la oreja a Mary, ya que está esposada.

—Alguien quiere saludarla, señorita Abbot.

Mary escucha, con la cara desencajada. Ha entendido lo que pretende el policía. No puede taparse las orejas por culpa de las esposas. Intenta mover la cabeza, pero Dan se la sujeta.

—Buenos días, Mary.

—Cristina...

—Dime que no fuiste tú la que me metió ahí. Prefiero pensar que no lo hiciste tú. Somos amigas; ¿por qué, Mary? ¿Qué te he hecho yo? Te he ayudado siempre que he podido. Solo deseo lo mejor para ti, como se lo deseo a todo el mundo. ¿Por qué me has hecho algo tan horrible? A pesar de todo, Mary, no te odio ni te deseo ningún mal, ojalá no estés mucho tiempo en la cárcel. Te perdono, aunque no entiendo que una amiga pueda hacer esto a otra. Adiós,

Mary, cuídate.

La bondad innata de Cristina rompe del todo a Mary, que no es capaz de contestar a esas frases dichas sin maldad, sin pizca de ironía. Cristina ni siquiera la odia, solo no entiende ese comportamiento. Mary empieza a llorar, pero no de manera histérica, como por la noche, sino en silencio, con grandes lágrimas. Dan considera que es suficiente. Incluso a él le ha sorprendido el temple de Cristina y lo que le ha dicho a Mary, pues había activado el altavoz para ser testigo del diálogo. Le viene a la mente un pasaje de la Biblia donde Jesús explica a los apóstoles que no paguen al mal con mal, sino con amor. Pagar al odio con amor. Y que ese pago será la losa más pesada para el que os ha herido. Él lo recuerda más o menos así. Y ha comprobado que es cierto. Mary se ha derrumbado del todo. Se la llevan de vuelta a la celda como si fuera una marioneta con las cuerdas rotas, desmadejada del todo, hundida. Mientras intentan conducirla a través del largo pasillo, Dan dice en voz alta:

—No hubo nunca ningún hombre sospechoso aquella noche, ¿verdad?

Mary no contesta, ni siquiera se vuelve. La respuesta es innecesaria. El jefe llama a los detectives a su despacho. Los felicita por el gran trabajo realizado, ya que han logrado encontrar a la mujer viva. Además, les pide que se tomen unos días de descanso ante la gran tensión sufrida el día anterior. Dan no se conforma, no quiere descanso e insiste en saber cómo evoluciona el asunto del padre de Cristina, el magnate del petróleo. Le contesta que todo sigue los trámites de rigor, pero Dan no cree ni una palabra. Sabe que ante un hombre tan poderoso, uno de los que financia a los candidatos a la presidencia, nunca habrá pruebas para inculparlo, pero a Dan le vale la declaración de un hombre duro que, justo antes de morir, solo puede decir la verdad para salvar la vida.

Capítulo 27

Fuera del despacho, Kate le propone almorzar en algún sitio bonito, alejado de la comisaría. Dan dice estar agotado y le pide que lo pospongan para mañana por la tarde. Una cena. Las ojeras de Dan hacen que Kate no dude y se despide de él hasta el día siguiente. Ella, por su parte, pasará el día en casa de su tía, que está en un pueblo a unas horas de allí.

El verdadero plan de Dan es otro. Sabe que la banda de Albert lo está acechando. No se acercan a la casa porque han detectado la patrulla de vigilancia de sus compañeros, que, pese a estar en un coche camuflado, se la puede reconocer a distancia, pero están ahí. Por la mañana ha notado que lo seguían en auto. Deja el coche patrulla en el aparcamiento de la comisaría y vuelve a casa en taxi. Allí, coge su vehículo y empieza a dar vueltas por el barrio, a baja velocidad. En un semáforo, una furgoneta negra, muy similar a la que vio la noche del artefacto explosivo, se pone a su costado en el carril de al lado. Tiene las lunas tintadas. El semáforo está en rojo. La ventanilla derecha de la furgoneta empieza a descender. Dan lleva la suya siempre bajada, pues prefiere la brisa al artificial del aire acondicionado. El hombre que le abrió el portón del peculiar gimnasio sonríe mientras saca la mano con el pulgar levantado y el índice extendido, apuntando a la cara de Dan. Este ni se inmuta, los está esperando. No creyó que se hicieran ver tan deprisa. Dan conduce hasta una zona de las afueras, cerca del río; se trata de un área deshabitada donde hubo una vez un barrio de obreros que el huracán Katrina destruyó por completo. Todavía quedan los restos de las casas arrasadas. Hasta allí se acercan a veces vendedores de droga a cerrar tratos, pero suele estar desierto. Le siguen dos coches, la furgoneta y un viejo sedán familiar con

la suspensión bajada. El coche, más que circular, parece que se arrastra por el asfalto cual babosa. De repente, ambos vehículos desaparecen de su vista. Al cruzar una esquina, ellos han debido de pararse, analizando la situación. Dan comprueba sus armas. Lleva dos pistolas cargadas y munición suficiente como para resistir un asalto. Sale del coche y finge buscar una casa en concreto. A continuación, entra abriéndose paso con dificultad por entre las ruinas de ladrillo y madera podrida. Los vehículos no se acercan. Dan espera, paciente. Sabe que no tardarán en venir por él. No se equivoca.

—Eh, madero, gilipollas, capullo, ¿estás ahí? —grita una voz que puede estar a menos de cincuenta metros.

Dan no responde.

—Solo queremos hablar contigo, macho, sal de tu agujero. Cara a cara. Somos legales, joder.

Al tiempo que uno habla, tres más están rodeando la casa, tomando posiciones. Dan ya tiene una pistola en cada mano, presto a defender su vida a un alto coste. Le sorprende que nadie entre, ni empiecen a disparar, para obligarlo a salir. Nada de nada. Ha elegido una casa aislada, muy separada de todas las demás, para dificultar la tarea a los buenos tiradores que se estarán apostando, piensa, en edificios cercanos. Pasa el tiempo, pero parecen haberse ido; ni un paso, ni una voz. Solo se oye el viento moviendo las hojas de algunos sauces. El plan no ha salido como esperaba. De repente, siente un leve pinchazo en el cuello. Cree que es un mosquito, pero en realidad es un minidardo que le hace caer al suelo a los pocos segundos. Antes de perder la conciencia del todo, se dice: «La has jodido bien esta vez, Dan, se acabó».

* * *

Se despierta dos horas después. No sabe dónde está, tiene los ojos

vendados, está atado de pies y manos y lo han sentado en una especie de taburete.

—Mirad, ya vuelve en sí el hijoputa.

—Eh, cabrón, jodido chulo con placa, ¿qué se siente ahora? El cazador cazado, ja, ja.

Albert hace callar a todos con un gesto imperioso de la mano. Quiere hablar él cuando Dan esté consciente del todo. Le quita la venda. No le han tapado la boca. Dan tiene un fuerte dolor de cabeza, está muy mareado, siente ganas de vomitar, pero se contiene. No piensa darles ese gustazo a esa panda de mindundis.

—Bueno, bueno, señor Connors, qué placer tenerlo hoy entre nosotros. Parece que nos estaba buscando; pues nos ha encontrado, sí, señor. Habrá que continuar lo que dejamos pendiente el otro día. Sus amiguitos de uniforme, esos muñecos con pistola y porra, nos estropearon la fiesta. Tú me has jodido la vida, me has quitado a la persona más importante que tenía. Ahora yo, en contraprestación, te voy a quitar lo máspreciado para ti. ¿Qué es lo que más aprecias, Daniel?

—Tu silencio lo apreciaría como agua helada en el desierto —contesta Dan, manteniendo la mirada a Albert.

El exnovio de Kate acusa el golpe, pero finge reír.

—Tienes chispa, madero, no está mal. Vamos a ver si sigues con las frasecitas ingeniosas dentro de unos minutos. ¡Traed la mesa!

Uno de los matones de Albert, un colombiano de ojos achinados, trae una tabla que colocan inclinada. Ponen a Dan sobre ella, con la cabeza más baja que los pies, y lo atan a la mesa con unas correas. Después le colocan una toalla pequeña roja sobre el rostro. Dan conoce a la perfección el método de tortura. Se utiliza en la actualidad por servicios de inteligencia, policías, mafias, carteles de droga... Sobre la toalla se va vertiendo agua para que se

produzca en la víctima una asfixia momentánea que muy pocas personas en el mundo son capaces de aguantar. Suele ser un método para obtener confesiones de gente dura que se niega a hablar. No le arrojan agua de inmediato, sino que le dejan que piense qué es lo que le espera.

—¿Tienes sed, Dan? —pregunta Albert.

Sus acompañantes le ríen la gracia con unas carcajadas que crisan a Dan, que no soporta las risas falsas para pelotear al macho alfa de turno.

—Hoy hace un día caluroso. A nosotros nos parece que sí tienes, por eso vamos a darte de beber. Vamos a darte, tío, agua por un tubo, más agua de la que serás capaz de beberte. Ten cuidado, no te atragantes, hombre.

Las carcajadas estallan de nuevo por toda la habitación. Albert agarra una garrafa blanca de tres litros y va vertiendo agua con lentitud sobre la toalla que cubre la cara de Dan. Todos esperan la asfixia del policía, sus gritos, su angustia, toses... Pero no ocurre nada de eso. Permanece en silencio. Albert echa toda el agua. Dan sigue sin moverse ni emitir un solo sonido. Nadie lo entiende. Piensan que se ha desmayado o que el anestésico del dardo aún le está haciendo efecto. Le descubren la cara y lo ven ahí, tumbado, con los ojos bien abiertos.

—Empecemos de nuevo, traed la garrafa grande, la de diez litros —exige Albert.

Le someten al mismo tratamiento, pero esta vez con mucha más agua, con chorro continuo, sin pausas. La sensación de ahogo es muy fuerte, pero Dan resiste. Sabe que es un método psicológico, que se trata más del miedo del cerebro. Si lo controlas, puedes resistir. Lo que no sabe la banda de Albert es que Dan, antes de entrar en la Policía, estuvo en las fuerzas especiales cinco años. Allí aprendió todas las técnicas de lucha imaginables y, con un compañero, se sometió de manera voluntaria, a cambio de permisos, mejor comida y sobres con buenos fajos de dólares, a unas brutales sesiones

especiales, de las que solo los más altos mandos tenían conocimiento, para aprender a resistir la tortura. El método de la toalla mojada era la debilidad de Dan. No resistía más de un minuto. El dolor físico lo soportaba mucho mejor que Oliver, su compañero, pero el psicológico no. Entonces, se dijo que tenía que aprender a controlar el terror y obligó a Oliver a practicarle esta tortura durante medio año, cada noche sin fallar una sola, hasta que aprendió a no sentir el pánico brutal que siente todo ser humano ante la sensación muy real de estar ahogándose. Le costó mucho esfuerzo y siempre se decía que estaba haciendo el imbécil por unos cuantos dólares, pero ahora aquel entrenamiento le estaba salvando la vida. Estaba disfrutando con las caras de incompreensión de esos macarras. No les estaba otorgando el placer de verlo sufrir. Cuando Albert vacía la garrafa de diez litros, le quitan la toalla. Tiene los ojos enrojecidos y casi no respira, pero está vivo. Le gustaría chillar por la angustia, pero ha podido controlarlo y no va a estropearlo en el último momento. Tendrán que pensar otra cosa si quieren quebrarlo.

—Soltadlo —ordena Albert, frustrado, ya que no se esperaba esto. No tiene un plan B de tortura. Le dijeron que era un método infalible que no resiste nadie y que, por ende, no deja marcas en el cuerpo, con lo que es imposible probar que te lo han hecho.

Dan está muy débil aún por culpa del anestésico, junto al hecho de haber tenido que aguantar la respiración para soportar la toalla mojada. Por supuesto, le han despojado de sus armas. Está en una de las casas del barrio donde ha aparcado, se dice al mirar por una de las ventanas. Por lo tanto, la tabla la llevarían dentro de la furgoneta. Lo tenían todo calculado. «Veremos qué hacéis ahora, peleles».

—Gracias por el agua, sí que tenía sed, pero ni siquiera lo sabía —dice Dan.

La frase saca de quicio a Albert, que no soporta más la altanería de ese

policía duro como el pedernal. Saca su navaja, aprieta el resorte para que salga la larga y afilada hoja y se dirige hacia el detective para ensartarlo, pero cuatro brazos lo frenan.

—Calma, Albert, hay muchas cosas que podemos hacer aún, no te precipites —le aconseja un negro flaco, pero con unos antebrazos de culturista.

Dan entiende en ese instante que no tiene nada que hacer. Se van a dedicar a golpearlo a placer, probablemente hasta matarlo. Su única salida es escapar en ese instante; tiene la ventana cerca, es solo un primer piso, el salto puede salir bien, pero desarmado no tiene posibilidades de resistir hasta llegar al coche, del que ni siquiera sabe si está cerca o no. Uno de los matones se lo pone fácil, ya que se aproxima a él blandiendo una fenomenal Armscor 45. Dan, sin pensarlo más, agarra de improviso la muñeca del hombre, retorciéndola y cogiendo la pistola, cuando caía, con la otra mano, al tiempo que propina un doloroso rodillazo en los genitales que deja al tipo revolcándose. Una bala pasa muy cerca de su oreja izquierda mientras se encamina raudo hacia la ventana. No tiene tiempo de mirar qué hay abajo. Salta. Por suerte, aterriza sobre unas tablas finas que amortiguan bien el golpe. Mira hacia arriba. Una pistola se dispone a acabar con su vida. Dan dispara y el aullido posterior le dice que ha acertado de pleno, aunque ignora dónde le ha alcanzado. Corre en zigzag, tratando de ofrecer el menor blanco posible. Llega hasta la esquina de la casa. Desde ahí intenta orientarse. Reconoce esas casas. Su coche está a unos doscientos metros en línea recta, si es que no se lo han robado, claro. Toca correr. El salto le ha permitido obtener una sustancial ventaja. Le persiguen siete hombres, todos armados. Le disparan, pero aún están demasiado lejos para alcanzarlo. Lo piensan mejor; dan la vuelta y suben a los coches, distintos a los que han utilizado para seguirlo por la ciudad. Son dos vehículos potentes, deportivos. Dan llega hasta el suyo. No tiene llave, se

lo han quitado todo, armas, teléfono móvil... Pero, como había dejado la ventanilla medio abierta, consigue entrar con facilidad. Bajo la alfombrilla trasera guarda una llave para situaciones como esa. Arranca y mira por el retrovisor. Ya los tiene encima, están disparándole. Le rompen la luna de atrás; por suerte, la bala se incrusta en la guantera. Sale a toda velocidad, con los dos coches pisándole los talones. Dan conduce haciendo eses, intentando ofrecer un blanco más difícil, pero no puede evitar que algunas balas impacten contra el coche. Se dirige hacia un camino de tierra, donde la potencia de los coches que lo persiguen no es tan importante como la habilidad en ese firme deslizante. El río Misisipi corre paralelo al camino, por abajo. El camino es estrecho, solo cabe un vehículo. La polvareda del primer coche, que es el de Dan, impide la visión a los de atrás. Han dejado de disparar. Llega un tramo de camino con más hierba y menos gravilla y la polvareda se hace mucho menos densa. Ahora lo ven perfectamente. Vuelven a disparar contra él. Una bala destroza el espejo exterior del lado del copiloto. Dan está guardando las balas. Saca una Beretta de la guantera, su pistola favorita. Le han acertado en un neumático. El coche pierde tracción y se desvía peligrosamente hacia la derecha. Va a caer por el terraplén al río si no logra enderezarlo. Está perdido. Solo se le ocurre una cosa. Se sale del camino hacia la izquierda, donde solo hay arbustos y piedras. Los perseguidores han pasado de largo, pues la polvareda les ha impedido ver que Dan se salía de la vía. Para el coche, se incorpora al camino y se dirige de frente contra sus perseguidores, que ya han dado, ambos, la vuelta. «Vamos a ver quién se quita», grita Dan. Nadie dispara. El primer coche lo conduce Albert. Están a pocos metros uno de otro. Ninguno de los dos se aparta. El choque es fuerte, pero no hubo tiempo de alcanzar gran velocidad, así que quedan ahí, con los motores destrozados, de los que sale un espeso humo blanco, pero con todos los ocupantes vivos. Dan salta del coche y se deja caer, con las dos pistolas, una en cada mano, por el

terraplén, que lo lleva directo hasta el agua del Misisipi. Una bala le acierta, le ha rozado el gemelo, desgarrándoselo. Se vuelve y dispara contra los tres hombres que están en lo alto del terraplén. Uno de los disparos da en el blanco. Los otros dos se lanzan hacia abajo por Dan. Albert ya está rodando. No quedan balas en la Armscor, y no tiene balas para ella. Con su Beretta dispara contra Albert, al que acierta en el cuello. Cuando los dos que rodaban por el terraplén se levantan, reciben una bala cada uno en el pecho. La pistola, de nueve milímetros, tiene un cargador de once balas. Le quedan ocho. Se queda ahí, esperando a que vayan apareciendo más, pero nadie quiere arriesgarse. Dan tiene una buena posición, pues está entre juncos y otras hierbas altas del río, y asomarse al terraplén es ofrecer un blanco demasiado bueno para el policía. Los cuatro hombres que siguen vivos, uno de ellos herido de gravedad, abandonan el lugar con el coche que no ha sufrido golpe. Dan piensa que es posible que, tras este episodio, estando Albert fuera de combate, se olviden de él con el tiempo. De todas formas, no sabe si se han ido todos o ha quedado alguno para cortarle la retirada, por lo que decide sumergirse en el río y dejarse llevar por la corriente. La herida de la pierna le arde, le duele mucho y está perdiendo mucha sangre. Medio kilómetro río abajo llega a la pequeña localidad de Violet. Con el coche habían recorrido más de diez kilómetros. Desde ahí, unos pescadores lo ayudan a salir del río y llaman a una ambulancia.

Capítulo 28

Desde el hospital, cuando le curan la herida de la pierna, Dan llama a Kate para contarle lo ocurrido. Ella no puede evitar llorar. Se siente culpable. ¿Cuántas veces le había avisado Dan de que esa relación acabaría mal? Pero ella se negaba a escucharlo. Y ahora es Dan el que ha terminado con un tiro en la pierna y con Albert muerto a la orilla del río. Los médicos le recomiendan pasar la noche en observación, ya que ha perdido muchísima sangre, si bien la herida no reviste complejidad. Dan no quería quedarse, pero siente una fatiga tan extraordinaria que no acierta a inventar una excusa buena. Se quedará a pasar la noche. Kate llega tres horas más tarde, ya que se encontraba en el pueblo de la tía. Le dice que no va a separarse de él nunca, que no volverá a dejarlo solo.

—Mañana tenemos una cena pendiente, Kate —dice Dan, reclinado en el sofá de su habitación.

—No me la perdería por nada del mundo, Dan.

Ella se acerca, le coge las manos y acerca sus labios a los de él. Dan no puede creer lo que le está sucediendo. Katherine está besándolo. Lleva años soñando con un momento como ese y tiene que producirse en la habitación de un hospital, con la pierna destrozada, agotado y ojeroso. Dan se deja arrastrar por el placer del beso y sus últimos años de soledad y amargura se disuelven como un azucarillo en un vaso de agua.

—Kate, estás preciosa hoy, radiante. Siempre lo estás. No me canso de mirarte.

—Dan, ¿por qué hemos tardado tanto en hacer esto?

—Es posible que nos guste complicar las cosas más de lo debido, querida

—dice él, sonriendo, apartándole un mechón que le tapa los labios que no quiere parar de besar.

Nota de los autores

Esperamos que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como nosotros disfrutamos escribiéndolo. Estaríamos muy agradecidos si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

Conéctate con Adrián y Miguel Aragón

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto con nosotros por favor escríbenos directamente a adrian@autoresaragon.com. También nos puedes encontrar en:

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Instagram](#)

Adrián y Miguel Aragón

Otras obras de Adrián y Miguel Aragón

Infiltrado

Crímenes Cantados

Persecución Mortal

Venganza de Sangre

El Asesino de las Cruces

Supremacía (Max Cornell thrillers de acción nº 2)

Secuestro (Max Cornell thrillers de acción nº 3)

Amenaza (Max Cornell thrillers de acción nº 4)

Encubierto (Max Cornell thrillers de acción nº 5)

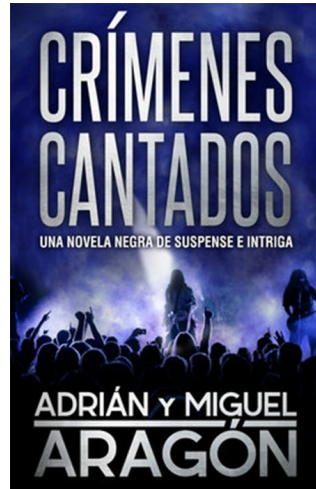
Infiltrado



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Crímenes Cantados



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Persecución Mortal



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

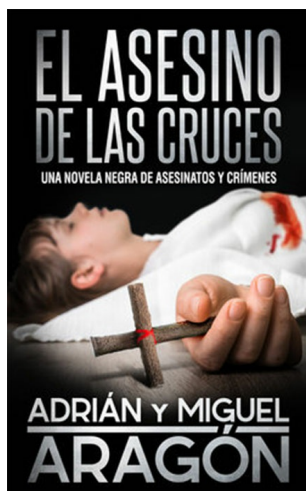
Venganza de Sangre



Versión Kindle – Adquiere-la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere-la [AQUÍ](#)

El Asesino de las Cruces



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Supremacía (Max Cornell thrillers de acción nº 2)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Secuestro (Max Cornell thrillers de acción nº 3)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Amenaza (Max Cornell thrillers de acción nº 4)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)

Encubierto (Max Cornell thrillers de acción nº 5)



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

Versión Tapa Blanda – Adquiere la [AQUÍ](#)